

100

J. CHNET

LES
SENORAS
DE
PROIX MORI

PQ2378

.03

S48

1892



1020026735



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LAS SEÑORAS

DE

CROIX-MORT

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas.
Núm. Autor Ob 38122
Núm. Adg. 30638
Procedencia - 8 -
Precio
Fecha
Clasificó

LAS BATALLAS DE LA VIDA

JORGE OHNET

LAS SEÑORAS

DE CROIX-MORT

VERSIÓN ESPAÑOLA

TERCERA EDICIÓN



Inde. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID

Sáenz de Jubera, Hermanos, Editores

10—CAMPOMANES—10

1892

85956

30638

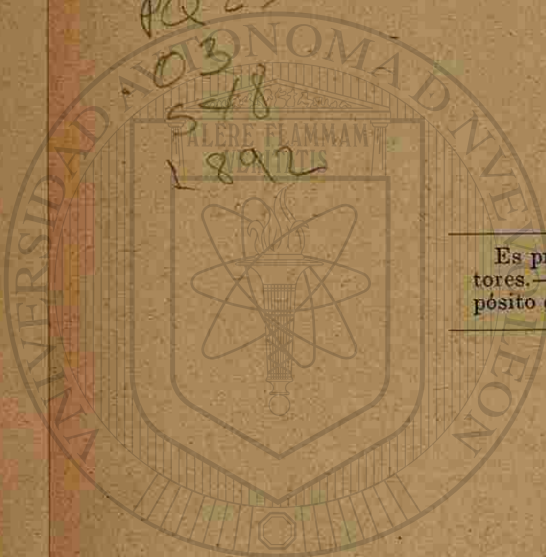


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

843
a

PQ 2378



Es propiedad de los Editores.—Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE

Tipografía Franco-Española.—26 Bailén, 26.—Madrid.

ESTADO DE VERACRUZ
SECRETARÍA DE CULTURA
"ALFONSO REYES"
Año. 1935 MONTEREY, MEXICO

LAS SEÑORAS DE CROIX-MORT

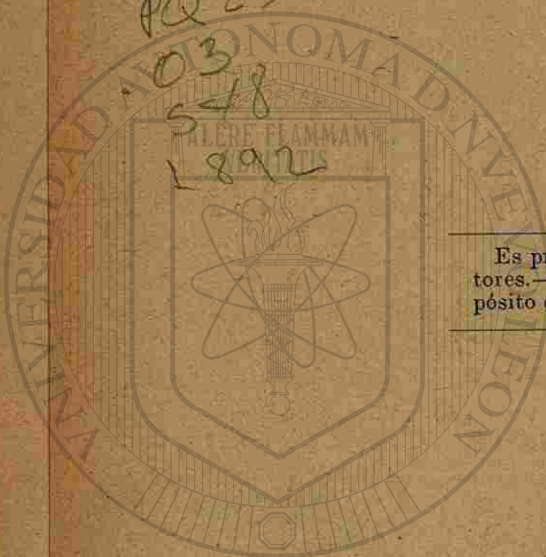
I

Á tres kilómetros de Clairefont, en la linde del bosque de la Vieuville, sobre un gran ribazo, se levanta el castillo de Croix-Mort, rodeado de un parque de cincuenta hectáreas, que atraviesa la Divonnette. Es una hermosa construcción de estilo Luis XIII, coronada por una torre, cuya campana da melancólicamente las horas. Una gradería conduce al vestíbulo, amueblado con banquetas y arcas de cedro talladas, y adornado de cabezas de ciervos y de jabalíes, recuerdos cinegéticos que el conde de Croix-Mort tenía gusto en conservar. En el techo, en óvalos de piedra, están pintadas las armas parlantes de la familia. Una calavera sobre campo de plata, con esta divisa:—Por la Cruz.

En esta vasta residencia se instaló la condesa Regina, el día siguiente de la muerte de su marido, con su hija Edmea, deseando recobrar su fortuna, gravemente comprometida por

843
a

PQ 2378



Es propiedad de los Editores.—Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE

Tipografía Franco-Española.—26 Bailén, 26.—Madrid.

ESTADO DE VERACRUZ
SECRETARÍA DE CULTURA
"ALFONSO REYES"
Año. 1935 MONTEREY, MEXICO

LAS SEÑORAS DE CROIX-MORT

I

Á tres kilómetros de Clairefont, en la linde del bosque de la Vieuville, sobre un gran ribazo, se levanta el castillo de Croix-Mort, rodeado de un parque de cincuenta hectáreas, que atraviesa la Divonnette. Es una hermosa construcción de estilo Luis XIII, coronada por una torre, cuya campana da melancólicamente las horas. Una gradería conduce al vestíbulo, amueblado con banquetas y arcas de cedro talladas, y adornado de cabezas de ciervos y de jabalíes, recuerdos cinegéticos que el conde de Croix-Mort tenía gusto en conservar. En el techo, en óvalos de piedra, están pintadas las armas parlantes de la familia. Una calavera sobre campo de plata, con esta divisa:—Por la Cruz.

En esta vasta residencia se instaló la condesa Regina, el día siguiente de la muerte de su marido, con su hija Edmea, deseando recobrar su fortuna, gravemente comprometida por

las locuras del difunto. El Conde, hombre muy seductor, de sociedad, elegante y gentil, había hecho muy desgraciada á su mujer. Calavera incorregible, era uno de esos maridos que, frios en el hogar, son brillantes y ardorosos en el mundo: todos los tesoros de su talento los reservaba para los extraños, y su corazón solamente era tierno y afectuoso para las mujeres ajenas.

Regina, educada por una tía muy religiosa en el rigor de la vida claustral, había aceptado la proposición de ser esposa del Conde, como un prisionero adopta un proyecto de evasión. Para ella, el matrimonio fué la libertad. Su imaginación soñó todo un porvenir de fiestas y placeres, en compañía de aquel hombre encantador, cuya gracia seductora y distinguida jovialidad tenían para ella, sencilla é ignorante, una soberana seducción. La vida le pareció que sería un delicioso conjunto de fáciles deberes y maravillosos placeres. Pero bien pronto hubo de persuadirse de que su marido, en uso de su autoridad particular, había resuelto dejar á su mujer todos los deberes, reservándose para él todos los placeres. Al cabo de algunos meses, la Condesa sintió que estaba en cinta, y se confinó en su retiro. El Conde, tan ligero de corazón como de cabeza, creyó que ya había satisfecho las exigencias conyugales, y se consideró

cumplido con su mujer, volviendo á mariposear como antes de casarse. Esta existencia de marido soltero, le pareció muy agradable, y se acostumbró á dejar sola en su casa á su mujer.

—Es una mujer formal—pensaba,—y es seguro que no puede transigir con las frivolidades del mundo. Vale más dejarla libre en la entera dignidad de su retiro, que tanto la satisface. Y dándose á sí mismo tan buenas razones, el Conde creyó que no había necesidad de exponérselas á su mujer. Él cada vez la respetaba más, pero también aumentaban cada vez más sus calaveradas. Tuvo aventuras de gran resonancia, saltó de noche por las ventanas, se batió en duelo por una amazona del Circo, perdió doscientos mil francos al *besigue chino* en una tarde, y, en fin, dió el ejemplo de una vida completamente desordenada, hasta el día que en una carrera, en la Marche, habiéndose producido cierto desacuerdo entre él y su caballo delante de la valla de la pista, fué recogido en una camilla con la columna vertebral rota, y destrozado su pobre cerebro loco. Su mujer lloró amargamente, y lo sintió tanto más, cuanto menos le había conocido. Sus funerales fueron magníficos, y por la primera vez su familia empleó utilmente el dinero en su obsequio.

La señora de Croix-Mort, encerrada en su

castillo patrimonial, no se aburrió más que en su residencia del barrio de Saint-Germain. Estaba acostumbrada á la soledad. Su melancolía habitual fué más dulce y suave, y perdió aquella aspereza de los celos que en su ánimo producía la animación y la alegría de las demás mujeres. Se apoderó de ella la tranquilidad soñolienta de la naturaleza, y se calmaron los rencores de su alma. Se consagró exclusivamente á la educación de su hija, de quien se propuso hacer una mujer de talento cultivado y de corazón sencillo. Pero la niña, no solamente sentía en sus venas la sangre dulce y reposada de su madre, sino que también sentía con más intensidad hervir la sangre impetuosa de su padre. Desde el principio, la Condesa comprendió que su hija era una legítima Croix-Mort, y que las dificultades de su vida conyugal iban á continuar en su vida maternal.

Era un diablo con enaguas la niña, un chico equivocado, como decía el abate Levasseur, cura de Clairefont, que pronto había adquirido en la casa cierta familiaridad, y dado, por una intuición, en cierto modo sacerdotal, con el mismísimo sillón en que su antecesor había digerido todos los domingos, durante muchos años, junto á la bien provista chimenea del gabinete, las excelentes comidas de la Condesa

precedente. Era un santo aquel clérigo, de cabellos blancos, que corría los caminos, después de la misa, para llevar consuelos á los que sufrían y socorros á los pobres. Vivía en su modesto curato con su padre, antiguo pintor en cristal y porcelana, demasiado artista para haber sabido hacer fortuna, y que con sus temblorosos dedos de nonagenario restauraba las vidrieras de la iglesia, que era muy vieja, destruída por los aires del invierno, como un viejo curando las heridas de una vieja. El Cura, que no podía hacer carrera de la niña cuando le daba sus lecciones en la casa de su madre, había exigido que se la llevasen á Clairefont. Y en la sala baja del presbiterio se esforzaba porque penetrasen en la cabeza de la criatura algunas reglas de sintaxis; pero ella, distraída, miraba por la ventana, rodeada de verdura, en pequeño espacio del ancho cielo, el caprichoso y estridente vuelo de las golondrinas.

—Vamos, niña; ¿no me escuchas lo que digo?

—le decía el profesor.

—Sí, sí, señor Cura... Ha dicho Ud. que el participio pasado cuando está precedido del verbo ser...

Y el Cura, con una tierna mirada, murmuraba:

—¡Qué lástima que no puedas concentrar un

poco más tu atención!... ¡Eres una naturaleza tan bien organizada!... Veamos, veamos ahora un poco estos verbos irregulares.

Pero en la habitación inmediata se oía el ruido del diamante del nonagenario cortando los pedazos de cristal, y la imaginación de la niña se divertía en los espacios luminosos, poblados de santos y de vírgenes con nimbos de oro, pintados en las vidrieras que recomponía el viejo artista. Entonces, el Cura, suspirando, cerraba su libro, renunciaba á sus análisis gramaticales, y devolvía la libertad á su discípula, que corría al taller, donde, sobre una especie de mostrador, el pintor se ocupaba en reunir los trozos de un rosetón, soldándolos con plomo, y guiñando el ojo para juzgar el efecto del trabajo. La niña, inmóvil, sin respirar siquiera, le miraba trabajar, y el viejo, muy contento, cogía un pincel y colores, y la enseñaba á copiar arabescos. Allí estabase las horas, silenciosa, manchándose horriblemente las manos, pero apasionada, feliz, y haciendo admirables progresos. Había en el taller, puesto en la pared blanqueada, un pequeño cristal del renacimiento italiano, que representaba la cabeza de San Miguel, con sus ojos azules, sus largos cabellos rubios que caían por bajo de una especie de toca de terciopelo granate, y con su collar de oro sobre una túnica

plateada. Ante esta bonita figura se extasiaba la hija de la Condesa. El viejo dijo un día jovialmente al Cura que su discípula estaba enamorada de San Miguel, á lo que el clérigo contestó como avergonzado:

—Padre, ni en broma diga Ud. esas cosas.

—Ese San Miguel—repuso el viejo—es muy bello, y no es extraño que le produzca impresión; es una de las raras obras que pintó sobre cristal Aníbal Carraccio... Fué cogido en el palacio Doria por nuestro tío durante el sitio de Génova, dirigido por Massena... No es más grande que las dos manos juntas, y vale mucho dinero...

—Bien: pues para que no se rompa, guárdelo Ud. en un armario... Así no le verá más la hija de la Condesa.

El día siguiente, la niña, no encontrando en su sitio á San Miguel, interrogó con la mirada al Cura y á su padre, y como no la respondían, se mordió los labios y calló; pero, de memoria, hizo una exacta copia del santo.

En todo se manifestaba su naturaleza ardiente y apasionada. Gustábale ver galopar los potros en las praderas, y para estimularles en la carrera, les gritaba: "¡Oh! ¡oh!", dando palmadas. Un día se la sorprendió, con su falda recogida como un pantalón turco, cabalgando

sobre un potrillo, sin silla, sin brida, y asida únicamente á la crin. Al saber tan singular proeza, la Condesa se puso pálida, juntó las manos, y murmuró:

—¡Como su padre!

—Nuestra querida niña no es de su siglo, señora Condesa—dijo el cura Levasseur;—hubiera sido una soberbia guerrera con Clorinda, ó una admirable matrona de la Fronda con la señora de Longueville. Pero hoy, para las mujeres, no hay ya ocasión de romper lanzas ni intrigas políticas que enmarañar... La aguja, los útiles de bordado y el *Telémaco*; esto es lo que conviene á las jóvenes.

Lo que conviene no es, generalmente, lo que agrada. Y Edmea, cuando no se ocupaba en pintar arcángeles, salíase de casa y se iba á correr el monte y el llano con el guarda Juan Billet, hombre de confianza, que habia hecho la guerra con el Conde, y reunía en su persona, maciza y coloradota, todos los defectos y todas las cualidades de la raza de la Picardía. Era desconfiado, regañón, honrado y leal. Los Billet habian servido á los condes de Croix-Mort en tres generaciones, y poco á poco los dominios de éstos habian venido á ser su propiedad. La habian prescrito por su adhesión. Decían: nuestros montes, nuestros campos, nuestras eras. Caza-

dores intrépidos de padres á hijos, eran el terror de los furtivos. Billet el abuelo, un hombrón de una fuerza hercúlea, habia inventado, para espantar á los merodeadores del cantón y quitarles la afición de ir á cogerle sus liebres, un procedimiento más sencillo y expedito que el proceso verbal. Dejaba su escopeta en una zanja, caía á puñadas sobre el delincuente, y cuando se separaba de éste, le dejaba medio muerto. Estas tradiciones de justicia sumaria se habian perpetuado en la familia, y en todas las cercanías de Croix-Mort, cuando se veía que alguno llevaba en la cara y en la cabeza señales de golpes, decíase jovialmente:

—Se conoce que ese ha encontrado á Billet.

El último de esta raza autoritaria no se habia casado. Tenia aún peor genio que sus ascendientes, y vivia solitario en una casita blanca, cubierta de tejas coloradas, á la entrada del soto, sin otra compañía que sus dos gatos y su perro de caza. Desde la mañana á la noche recorría la finca, siempre entre los árboles ó la maleza, para ver mejor y no ser visto, eligiendo las piezas que le convenia matar, y no teniendo nunca necesidad, tal era su puntería, de disparar por segunda vez su escopeta.

Este salvaje no se habia dejado domesticar más que por la niña Edmea. Habia consagrado

un ferviente culto á esta criatura. Tenía ésta una manera de decirle "mi querido Billet", que al hombre le llegaba al corazón el acento de la muchacha. Una tarde en que nevaba mucho, la oyó quejarse de sentir frío, y se pasó veinte noches en espera, cerca de un agujero hecho en el hielo del estanque, para matarle nutrias. Y al fin, una mañana se presentó orgulloso con las preciosas pieles para forrar un abrigo. Cuando la niña se escapaba por la puertecilla del bosque, al llegar al monte hacía sonar tres veces el silbato que en otro tiempo había servido á su padre, y se sentaba al pie de un árbol. Al cabo de poco tiempo oía el rechinar de las ramas en la maleza, como si pasara por allí un cervatillo, y desliziéndose por entre la hojarasca, aparecía Juan Billet, acudiendo solícito al llamamiento de la niña. Y entonces iban los dos juntos, pero no recatándose como Billet tenía por costumbre, introduciéndose por los senderos estrechos entre la espesura, sino á la luz del día y por medio del campo, alegre y hermoso con sus brillantes y variados matices. Visitaban los lazos puestos para las garduñas y las raposas, vigilaban la salida de los conejos, se divertían con la desenfrenada carrera de las liebres en celo, y contaban los huevos que había en los nidos de perdices. Y luego, á la hora de comer,

Edmea volvía al castillo, rendida de fatiga, oliendo á tomillo, escoltada por el salvaje Billet, que se inclinaba humildemente oyendo las reprensiones de la Condesa, irritada de ver á su hija, niña de catorce años, aficionada á tales correrías por el campo y el monte, en vez de estar-se en el salón, con su madre, en la actitud que convenía á una señorita de su clase y sus circunstancias.

La Condesa había visto á su hija crecer sin experimentar esa alegría profunda de las madres que, en la hija ya formada, encuentran la más dulce y encantadora de las amigas. Entre ella y su hija no había de existir jamás esa intimidad. Separábalas una completa diferencia de caracteres y de gustos. La señora de Croix-Mort, carácter sentimental y soñador, no podía tener ningún punto de contacto con Edmea, carácter positivista, franco y expansivo. La madre, lánguida y nerviosa, pasaba el tiempo tendida sobre una *chaiselongue*, leyendo novelas, ó haciendo la recapitulación de todas las decepciones que la vida le había ofrecido. La hija, activa, enérgica, de sangre ardorosa, no tenía afición á la lectura, que le parecía una ocupación enojosa, abominaba toda poesía, y sólo admiraba la naturaleza en toda su sencilla riqueza. Faltaba á esta hija un padre que la hubiera lle-

vado consigo á la ciudad, que la hubiera acompañado á caballo, que hubiese sido, en fin, tierno y cariñoso, para hacerse amar, y severo y enérgico para hacerse respetar. Edmea, en aquel desierto de Croix-Mort, entre su madre, fría y lánguida, el bueno del Cura, sencillo y preocupado de su digestión, y Juan Billet, especie de lobo doméstico, pero rudo y grosero, no había hallado empleo para sus tiernos afectos. Se había concentrado en sí misma, viviendo materialmente más que moralmente, y merecía el epíteto de *salvaje*, que la Condesa le aplicaba desdeñosamente cuando la veía volver con los cabellos despeinados y el vestido hecho girones. Sin embargo, Edmea experimentaba frecuentes explosiones de ternura, que la arrojaban en brazos de su madre con violentos besos y caricias casi brutales, que sorprendían á Regina mucho más que la indiferencia habitual de su hija.

—¡Qué detestables maneras!—exclamaba con desdén, arreglando su tocado, descompuesto por la impetuosa efusión de su hija.—Bien se ve, hija, que pasas la mayor parte del tiempo en los montes con los animales.

Edmea quedaba confundida, con las mejillas rojas y los ojos llorosos, sintiendo profunda tristeza y dolor agudo en su corazón. A los catorce

años hizo su primera comunión, y desde aquel momento se operó una revolución en su carácter. La fe se apoderó de ella, y se consagró á la devoción con el ardor y el entusiasmo que eran en ella característicos. Fué aquella una verdadera crisis de misticismo. La jovencita no pensaba más que en Dios, en la Virgen y Jesús. Pidió como una gracia que nuevamente se habilitase el oratorio del castillo, y durante horas enteras se la vió de rodillas, ante una estatua de yeso con colores que representaba á la Santa Virgen con el divino Niño en sus brazos. Devoró los Evangelios, aprendió de memoria el Catecismo, y fué tan aplicada y juiciosa como antes había sido indolente y alocada, asombrando á cuantas personas conocían sus actos de devoción, por la persistencia y la intensidad de su fervoroso celo. La niña rebelde, “el muchacho equivocado,” se hizo un modelo de juicio, de formalidad y de sumisión. La Condesa no volvía de su sorpresa, y el Cura exclamaba, fijando en el cielo la mirada:

—Positivamente, Edmea ha sido favorecida con la gracia divina. Dios ha hecho este milagro.

Billet, que no era muy observante que se diga, pensaba que un buen guarda no debe ir ni á la iglesia ni á la taberna, porque mientras estuviera en una parte ó en otra, los bribones ten-

drian tiempo para poner lazos á fin de llevarse la caza. Y gruñía, malhumorado, porque ya no veía con tanta frecuencia como antes á la señorita.

—La obligan—decíase—á estar todo el día con los libros en las manos, y más convendría á su salud correr el monte y el llano conmigo, que entretenerse en cánticos y rezos con el *negrito*.

Así, muy irrespetuosamente, calificaba Billet al señor Cura, aludiendo á su sotana. Pero no había que extrañarlo. Edmea le había abandonado, y cada vez, con este motivo, iba echando peor humor el bueno del guarda. Ya no usaba la más mínima tolerancia con las gentes del país, y habiendo sorprendido á un infeliz de la Vieuville despojando los álamos blancos para confeccionar escobillas, le tuvo atado á un árbol ocho horas, amenazándole con dejarle allí morir de hambre.

El día de la primera comunión, Billet, sin embargo, cedió á la tentación de ir á Clairefont á ver á la jovencita con su vestido de muselina y su velo blanco. Se puso una blusa nueva, se quitó las polainas de cuero, colgó la escopeta por la primera vez desde que era guarda, y, con gran asombro de la población, se le vió atravesar el pueblo y entrar en la iglesia.

Allí se estuvo, durante toda la primera parte de la ceremonia, derecho, cuadrado como un recluta, delante de uno de los pilares. Pero cuando oyó, en medio del solemne silencio del templo, la voz de Edmea, comenzó á temblar, se levantó su endurecido pecho á impulso de los violentos latidos de su corazón, y con un mugido como el de un toro, se dejó caer de rodillas sobre el pavimento, y las lágrimas humedecían su barba enmarañada. Así estuvo hasta el fin de la misa, no atreviéndose á mirar á nadie, y como avergonzado de si mismo. Cuando todo el mundo se alejó, y vió la iglesia vacía y silenciosa, dió una vuelta por el templo, examinó con torpe curiosidad los objetos del culto, los cuadros de santos, y luego salió con la cabeza baja, y volvió á tomar el camino del monte.

Desde aquel día, Edmea no volvió á subirse á los árboles para coger la fruta verde. Ya no se la vió más correr por las avenidas del parque, como persiguiendo un ser imaginario, hasta caer sin aliento. Se compuso y acicaló, si no con coquetería, á lo menos con regularidad; cuidó sus manos, que las tenía un poquito callosas; se cortó las uñas, que parecían las de un gato montés; modificó su modo de andar, que antes parecía como de muchacho, y con esta transfor-

mación fué Edmea una verdadera señorita de su rango. La señora de Croix-Mort contempló con estupefacción la hermosa mariposa que salía de aquella fea crisálida, y debió pensar que su hija no era desagradable, y que, aunque un poco torpe todavía, prometía adquirir gracia y encanto. Esto le produjo un secreto despecho. Se había acostumbrado á ser la única señora en el castillo. Y aunque no contase más que con el señor Cura para que le rindiera el homenaje de su admiración, sin embargo, era muy celosa de su soberanía. La triunfante metamorfosis de la niña lo alteraba todo. Y la madre y la hija iban á ser allí un poder contra otro poder. El *negri-lló*, como Billet llamaba al Cura, sería la imagen del pueblo, y en medio de los dos partidos, debía sufrir de rechazo todas las contingencias y consecuencias de la lucha entre madre é hija, entre la señora y la señorita de Croix-Mort.

II

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO GARCÍA"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Á los treinta y cinco años, la condesa Regina era todavía hermosa. Su belleza de blanca y rubia se había conservado un poco descolorida en la soledad, como una flor entre las páginas de un libro. Sus largas horas de abandono en sus divanes la habían engruesado algo más de lo conveniente; pero su talle no había dejado de ser esbelto, y sus hombros tenían una amplitud y una redondez soberbias. Era un admirable fruto maduro aquella viuda, que no había sido esposa más que el tiempo preciso para ser madre. Durante las largas conferencias nocturnas con el Cura, amenizadas con interminables monólogos que el sacerdote no interrumpía de otro modo que diciendo respetuosamente: "S, señora Condesa,," como decía *Amén* cuando celebraba el Santo Sacrificio de la Misa, la señora de Croix-Mort filosofaba extensamente sobre la condición de la mujer en la sociedad, sobre el

mación fué Edmea una verdadera señorita de su rango. La señora de Croix-Mort contempló con estupefacción la hermosa mariposa que salía de aquella fea crisálida, y debió pensar que su hija no era desagradable, y que, aunque un poco torpe todavía, prometía adquirir gracia y encanto. Esto le produjo un secreto despecho. Se había acostumbrado á ser la única señora en el castillo. Y aunque no contase más que con el señor Cura para que le rindiera el homenaje de su admiración, sin embargo, era muy celosa de su soberanía. La triunfante metamorfosis de la niña lo alteraba todo. Y la madre y la hija iban á ser allí un poder contra otro poder. El *negri-lló*, como Billet llamaba al Cura, sería la imagen del pueblo, y en medio de los dos partidos, debía sufrir de rechazo todas las contingencias y consecuencias de la lucha entre madre é hija, entre la señora y la señorita de Croix-Mort.

II

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO GARCÍA"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Á los treinta y cinco años, la condesa Regina era todavía hermosa. Su belleza de blanca y rubia se había conservado un poco descolorida en la soledad, como una flor entre las páginas de un libro. Sus largas horas de abandono en sus divanes la habían engruesado algo más de lo conveniente; pero su talle no había dejado de ser esbelto, y sus hombros tenían una amplitud y una redondez soberbias. Era un admirable fruto maduro aquella viuda, que no había sido esposa más que el tiempo preciso para ser madre. Durante las largas conferencias nocturnas con el Cura, amenizadas con interminables monólogos que el sacerdote no interrumpía de otro modo que diciendo respetuosamente: "S, señora Condesa,," como decía *Amén* cuando celebraba el Santo Sacrificio de la Misa, la señora de Croix-Mort filosofaba extensamente sobre la condición de la mujer en la sociedad, sobre el

matrimonio y sobre el amor. El bueno del Cura bajaba algunas veces los ojos con un rubor púdico cuando la Condesa comenzaba á exponer consideraciones sentimentales un poco vivas. Para estas ocasiones usaba una tosecilla discreta, á manera de llamamiento al orden. Oyendo esta señal de alarma, la hermosa Regina, con un suspiro, volvía á engolfarse en doctrinas puramente idealistas, y en este terreno neutro, el clérigo, más tranquilo, manifestábase en comunidad de opiniones con la Condesa.

Un talento más perspicaz que el del buen hombre hubiera pronto comprendido qué secretas amarguras y qué violentos recuerdos contenían las ampliaciones filosóficas de Regina. Negar la pasión, ¿no era confesar que jamás la había conocido, y que esto la desesperaba? Llegada á su edad, sintiendo que la juventud se le iba, la señora de Croix-Mort hacía de necesidad virtud. Inmóvil, condenaba el movimiento; pero vagas aspiraciones la perturbaban, y tenía horas febriles en que todas las ternezas que enteras conservaba en sí misma se rebelaban, y después de violentas agitaciones, la dejaban como si fuera á morir, en un estado moral y físico muy doloroso.

La tensión de sus nervios era tal, que parecía se le iban á romper, y la pobre mujer se ahoga-

ba. Permanecía entonces uno ó dos días encerrada, sin bajar de su cuarto; luego reaparecía con los ojos nublados, las mejillas pálidas, el cuerpo lánguido y perezoso, y lo explicaba todo diciendo que había tenido una terrible jaqueca.

Edmea presenciaba sin comprenderlas absolutamente las crisis de su madre. Robusta y sanguínea, se asombraba de que tanto hicieran sufrir los nervios, y de que su madre se retorciese, suspirando horas enteras, tendida en un canapé. Pasaba silenciosa y grave á la habitación de su madre, y le preguntaba por su salud; la Condesa le contestaba con un quejumbroso "Déjame, déjame," y adivinando que era más importuna que agradable, retirábase á un reducido cuarto del piso bajo, donde había establecido su taller de pintura. Muchas veces, bajo la ventana del taller, oía ruido de pesados pasos sobre la grava. Era Juan Billet, que, á pretexto de traer caza al castillo, venía en demanda de una mirada de su señorita. Allí se paraba, y retorciendo entre sus enormes dedos un pedazo de su capotón, decía á la joven, que se asomaba á la ventana:

—¿No damos hoy una vuelta por el campo, señorita? Hay unos faisanes polluelos allá abajo, que acaban de nacer, y que son muy bonitos...

¿Vamos á verlos?... El tiempo no puede ser mejor.

—Otro día, querido Billet... Hoy, ya lo ves, estoy muy ocupada.

Y le saludaba con una sonrisa para consolarle.

—Siempre dice lo mismo la señorita. No sé lo que le han dado en la primera comunión, que desde entonces la señorita ya no es la misma; ya no le gustan los campos, ni los montes, y se pasa el día entero sentada en una silla... Así tiene ese color tan... descolorido en las mejillas y acabará por ponerse mala.

—No, no, estoy muy buena. Mira, Billet, si me quieres complacer, márame unos grajos, que con las plumas azules que tienen en la cola, quiero hacer una pantalla para la chimenea del salón.

—Mañana estarán aquí los grajos, señorita.

Entonces el guarda, más tranquilo, porque se veía unido por los lazos íntimos de la obediencia á la que adoraba, alejábase presuroso. Y de lejos oía Edmea cómo iba el hombre fusilando grajos.

Hacia cuatro años que la señorita de Croix-Mort era ya una persona muy discreta y juiciosa, y su madre, con sus vapores y desvanecimientos, era una persona caprichosa, antojadi-

za y extravagante. El tiempo había pasado por los habitantes del castillo sin modificar su estado físico y moral. Solamente el Cura había cambiado. Se adormilaba ahora á todas horas, sin perjuicio de sus sueñecitos después de comer. La Condesa acababa de entrar en el trigésimo-sexto año de su existencia, y la que antes era la sencillez misma, había cobrado una afición desmedida, en un exceso increíble de coquetería, á los vestidos escotados, á las mangas de tul, que dejaban ver los brazos redondos y mórvidos, y zapatitos abiertos y bajos, que enseñaban el menudo pie. Y todo esto, ¿por quién y para quién? Para un santo varón que era insertible, para Edmea á quien no podía interesar nada de eso. A no ser que fuera para los pajaritos del cielo, ó para el ser ideal que se deslizaba misterioso en los sueños de la hermosa Regina.

En todo el año no se veía en Croix-Mort persona extraña. La Condesa, en los primeros tiempos de su viudez, no había querido visitar á sus vecinos. Éstos eran, por lo demás, personas de edad, muy ceremoniosas y fastidiosas, cuyo trato no hubiera sido agradable. Para los rancios habitantes de La Vieuville y Clairefont, las señoras de Croix-Mort no tenían ninguna importancia. Allá se estaban la madre y la hi-

ja, como dos bellas en el bosque durmiente, no teniendo otro príncipe encantado que el Cura, que no las despertaba, cuando una tarde apareció un carruaje en la larga avenida de tilos que conducía á la verja de la posesión. Al momento se asomó todo el mundo á las ventanas, con el apresuramiento curioso de salvajes que ven venir á lo lejos un buque.

El carruaje era un elegante faetón tirado por un soberbio alazán, guiado por un joven. Éste le hizo describir una curva perfecta sobre la arena del patio, entregó las bridas á su criado, que se había precipitado desde su asiento para sujetar la cabeza del caballo, y avanzando lentamente con aire indeciso, como si tuviese más prisa en salir que en entrar, subió la escalinata y penetró en el vestibulo monumental. Un criado salió á su encuentro; él sacó una tarjeta de su cartera de tafilete, y con voz sonora, le dijo:

—Pregunte Ud. á la señora Condesa si quiere dispensarme la honra de recibirme.

Fué introducido en un pequeño salón de recibimiento, que estaba muy bien decorado, con los muros cubiertos de cordobán, y muebles de peral tallado. Colocado en un marco negro, se veía el retrato de un hombre, todavía joven y elegante, pintado por Salabert. Sobre el marco

estaba esculpido el escudo de los Croix-Mort. El recién venido lo miró todo con indiferencia, y paseándose con impertinente impaciencia, pensaba:

—Me parece que esta buena señora me va á despedir con pocos cumplimientos.

Suspiró, como quien se fastidia, y yendo á la ventana, miró indiferente la terraza. Era un joven muy guapo, rubio, con ojos azules, barba en forma de abanico, vestido con mucha pulcritud, calzado y enguantado como un parisiense. Á primera vista parecía tener treinta años, pero mirándole con alguna atención, se le veían pequeñas arrugas en las sienes, y éstas y las que cuando se sonreía se le notaban junto á la boca, acusaban siete ú ocho años más, disimulados por artificios de *toilette*.

Abriose la puerta, y cesó el joven en su contemplación. Volviose, y se encontró en presencia de la señora de Croix-Mort. Saludó cortemente, con una sonrisa de satisfacción y de sorpresa, al descubrir que la buena señora, como él decía, no era ninguna vieja hoesca.

—¿El señor de Ayères?...—preguntó Regina, mirando la tarjeta que tenía en la mano.

—Sí, señora Condesa; vecino de Ud. Vivo á cuatro kilómetros de aquí, en el castillo de *La Vignerie*. Ud. sale poco, y yo, por mi parte,

paso en París las tres cuartas partes del año; por esto no he podido tener hasta ahora la fortuna de hacerme presentar á Ud.

La señora de Croix-Mort miró al guapo Fernando de Ayères con cierta altivez. Aquella frase "la fortuna de hacerme presentar," no había sonado bien en sus oídos. Recordó en aquel momento su educación aristocrática, y se presentó tal cual era diez años antes de haberse retirado á una residencia de provincia. Y con todo el mal humor de una dama á quien se estorba, le dijo:

—¿Tendrá Ud. la bondad de explicarme qué motivo me proporciona esta ocasión de ver á Ud.?

El señor de Ayères no se turbó, y alisándose con la mano su bonita barba rubia, que brillaba como el oro, contestó:

—¡Oh, señora! El motivo es bien insignificante; y crea Ud. que solamente obligado por fuerza mayor—y acentuó jovialmente la frase,—me permito importunar á Ud. con mi presencia. He aquí el hecho. Yo soy muy aficionado á la caza, y mis tierras lindan con las de Ud. Esta mañana me ha ocurrido traspasar involuntariamente los límites de mi propiedad, y he entrado donde realmente no debía entrar. He tirado á un faisán... Al ir á recogerlo, un guarda de us-

ted, emboscado entre la maleza, se ha arrojado sobre mí, me ha arrancado de las manos la caza, y me ha querido formar el correspondiente proceso verbal... Este guarda, que es el ser más grosero que he encontrado en mi vida, no ha querido oír disculpas, y me ha mandado imperiosamente que saliera más que á paso, asegurándome que, si me volvía á encontrar, vería yo lo que era bueno, y de lo que él es capaz... Puede Ud. suponer que no insistí en discutir con semejante bruto... Pero suponiendo yo que las órdenes que da Ud. á ese hombre no son tan severas como lo podrían hacer creer sus maneras de proceder, he tomado la resolución de venir yo mismo á ofrecer á Ud. mi cabeza, y á suplicar que, por esta vez á lo menos, no me haga Ud. ejecutar en la plaza pública.

Reía, hablando así, y enseñaba sus blanquísimos dientes. Un ligero perfume se desprendía de su traje y llegaba hasta Regina, envolviéndola en una atmósfera embriagadora. Sentía cierta dificultad de respirar, como si aquel perfume dulce y sutil la sofocase. Hizo un esfuerzo, y se repuso.

—Sé—dijo—que Billet es intratable, y que vale más no discutir ni reñir con él. Pero crea usted, caballero, que de ninguna manera apruebo que sea brutal é insolente... No se preocu-

pe Ud. del suceso de esta mañana, que no tendrá la menor consecuencia, y sírvase usted excusar las malas formas de un servidor de esta casa, que peca por exceso de adhesión y lealtad.

El bello Fernando saludó graciosamente.

—Doy á Ud. las más sentidas gracias, señora, por la bondad con que me trata. No por eso dejo de confesar que esta mañana he cometido un delito... Permita Ud. que yo mismo me imponga una multa en beneficio de los pobres á quienes Ud. tendrá costumbre de socorrer.

Tomó de su cartera un billete de quinientos francos, y le puso sobre la chimenea con cierta indiferencia, y luego, saludando á Regina, añadió:

—Debo, señora, celebrar la casualidad que me ha hecho cometer la falta, puesto que la consecuencia ha sido la satisfacción y el placer de conocer á Ud.

Esta vez la Condesa no protestó; Fernando la miró fijamente, y dió un paso para salir. Pero en el mismo instante se abrió la puerta, y Edmea entró apresurada, diciendo:

—Madre mía, ahí está Billet, que quiere que le oiga Ud.

Al ver un extraño, quedó confusa un mo-

mento, y ruborosa, é hizo un movimiento como para excusar su aturdimiento.

—La señorita de Croix-Mort, mi hija,—dijo la Condesa ceremoniosamente á Fernando.

Y luego, cambiando de tono, añadió:

—Es el guarda, que viene sin duda á pedir mi venia para procesar á Ud.

—Pues á tiempo he venido; si él hubiese llegado antes, la hubiera prevenido á Ud. contra mí.

Salieron los tres, y en el vestibulo encontraron á Juan, que esperaba con su escopeta colgada á la espalda, y el perro echado delante de la puerta. Quedó estupefacto y con los ojos fijos, viendo al delincuente en compañía de las señoras y dándose aires de confianza. Dejó oír un sordo gruñido, y levantando los hombros, hizo un movimiento como de jabalí cogido en el lazo.

—Ya veo, señora Condesa, que sabe usted á lo que vengo—dijo con el tono más desabrido que usaba el hombre.—Esta mañana cogí á este señor en los Bosques-quemados...

—Sí, y parece que estuvo Ud. muy grosero—interrumpió Regina...—Abusa Ud. de una manera singular de las facultades que le he dado, y espero que en lo sucesivo tendrá Ud. mejores maneras... Y este caballero cazará donde y cuan-

do quiera en nuestra propiedad, y espero que nadie se atreva á impedirselo.

—Señora Condesa, estoy confundido, y no sé cómo expresar á Ud. mi agradecimiento,— se apresuró á decir el hermoso Fernando.

—No es un gran favor el que hago á Ud., caballero. Aquí somos mujeres solas, y nadie disfruta el placer de la caza... Ud. nos enviará alguna cuando quiera.

El elegante se deshizo en nuevos cumplimientos, y, despidiéndose, montó en su faetón, puso el caballo al trote, y partió:

Juan Billet, inmóvil en el mismo sitio, le seguía con la vista. Fué preciso que Edmea le hablase para que volviera de su asombro y recordase dónde se hallaba. Dirigió á la Condesa una mirada de reconvención, hizo un movimiento de hombros, silbó llamando al perro, y sin decir una palabra se alejó.

—Madre mía—dijo Edmea,—me parece que el pobre Billet se va muy enojado...

—¡Es una desgracia!—exclamó la Condesa con ironía.—Es un abominable animal. Tenía necesidad de una lección, y no me pesa habérsela dado.

Y, separándose de su hija, fué á encerrarse en su habitación, de la que no salió más que para bajar al comedor. ¿Por qué Billet, cuyos

actos nunca había discutido ni censurado, tenía necesidad de una lección? ¿Por qué no le pesaba habérsela dado, cuando antes de que se presentara el apuesto Fernando no tenía ningún motivo de queja del guarda? ¿Por qué, después de haber recibido al señor de Ayères con un tono un poco agresivo, le despedía con frases tan amistosas? ¿Por qué, aburriéndose la víspera tan grandemente, estaba en aquel momento tan deliciosamente ocupada en soñar, lánguidamente tendida en su *chaiselongue*? Estos eran otros tantos problemas, cuyos términos había propuesto el capricho y la fantasía y que no podían ser resueltos más que por el carácter frívolo y complicado de una mujer.

Edmea, corriendo detrás del guarda Billet, le había alcanzado en el Parque, en el puente de la Divonnette. Le obligó á detenerse, y, disculpando á su madre, procuró calmar al hosco servidor... Pero este no se pudo contener ya, y estalló. Ya no era él quien mandaba en el monte. Cualquiera podía matarle los conejos y las liebres y toda la caza que tan fielmente había sabido defender de los intrusos y de los animales dañinos.

—¡Oh!—decía.—¡Ese sujeto es mi desgracia! Permaneció silencioso y sombrío unos minutos, apoyado en el parapeto de piedra del

puente, y luego exclamó con un gesto violento

—Nada, nada bueno hay que esperar de semejante hombre... Es uno de esos mozuelos almiarados que vuelven locas á las mujeres...

Edmea miró severamente á su amigo.

—Billet, olvidas que aquí no hay más que dos mujeres, mi madre y yo..., y yo—añadió sonriéndose involuntariamente—lo soy tan poco...

En pie, con su vestido claro, destacándose sobre el fondo sombrío de la arboleda, iluminada por un rayo de sol que hacía resaltar la blancura de su frente bajo sus cabellos negros, frescos y sonrosados los labios, y los ojos azules y cándidos, tenía Edmea el encanto incomparable de la juventud en flor. El salvaje de Juan la contempló con religiosa admiración. La miró como la divinidad de aquellos campos, de aquellos bosques, en los que amaba el silencio y la espesura. Fuera de ellos, y sin ella, comprendió que no había para él más en el mundo. Y bajando la cabeza, quedó mudo, con el vago temor de que aquel hombre extraño, que aparecía de improviso y adquiría tal ascendiente en la casa de sus señores, llegase al fin á ser el dueño de Edmea y de sus propiedades.

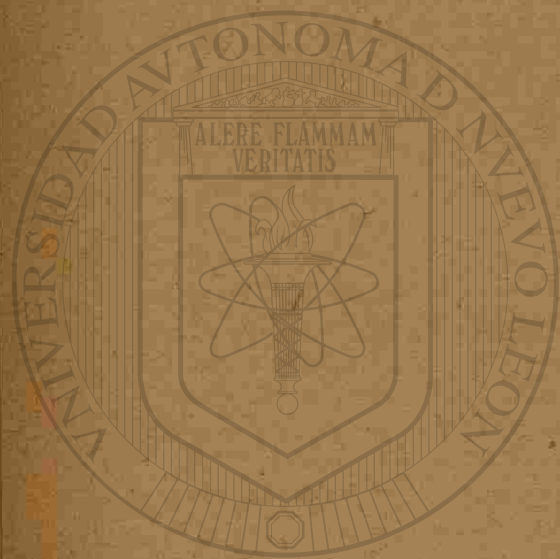
—Vamos, consuélate—dijo Edmea con más suavidad;—no tendrás muchas pesadumbres

como las de hoy. Nuestro vecino cazará más en su propiedad que en la nuestra.

—Y hará bien;—contestó lacónicamente el guarda.

Y con aire resuelto, poniéndose la escopeta bajo el brazo, atravesó el río y se internó en el soto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO



III

El domingo siguiente, en misa, en el momento del ofertorio, en el silencio y el recogimiento del templo, un paso ligero, seco, aristocrático, hirió el oído de la señora de Croix-Mort. Instintivamente su corazón latió más presuroso, sintió zumbido en sus oídos, y le pareció que se movían las letras del Oficio divino en que estaba leyendo devotamente. Dijo: "Es él.". Pero no se atrevió á mirar. Bajando la cabeza, procuró fijarse con más atención en las oraciones del libro. Pero, en vez de santas plegarias, eran pensamientos profanos los que ocupaban su imaginación. Y toda aturdida, la mirada vaga, quería no ver más que al señor Cura Levasseur, que, revestido con su casulla color lila, bordada de plata, su robusto cuello amoratado rebasando por el cuello de su sobrepelliz, pasaba de derecha á izquierda, hojeando su misal lleno de cintas multicolores. Pero in-

voluntariamente, ante sus ojos aparecía el apuesto Fernando, con su buen talle, su elegancia y su barba rubia, casi dorada. Y preguntábase: "¿Cómo será esto? ¿Cómo habrá venido á la iglesia?... Porque antes no venía..." Y una voz secreta le respondía: "Eres tú quien le atrae. Ha venido sólo por verte."

Edmea, que había estado de rodillas, se levantó después de la bendición, y mirando indiferente á su alrededor, vió cerca de la escalerilla del púlpito á su vecino, en pie, con los brazos cruzados, y aparentando poner una gran atención en la sagrada ceremonia.

Cerca de él, los cantores entonaban su canto llano, y el oboe dejaba oír sus ásperas notas. Parecía no oír nada. Su fisonomía expresaba un grave recogimiento. Edmea tocó suavemente con el codo á su madre, y casi sin mover los labios, le dijo:

—Mamá, ahí está el señor de Ayères.

La Condesa miró con severidad á su hija, y no contestó, como escandalizada por la ligereza de Edmea.

El Cura extendió las manos, y pronunció:

—*Ite missa est...* Y la concurrencia, con un ligero rumor, se dirigió hacia la salida del templo.

La señora de Croix-Mort hizo un gesto á su

hija, y, en lugar de dirigirse á la puerta, se dirigieron ambas á la sacristía. Quería evitar el encuentro con Fernando de Ayères. Preocupábalas un temor vago. Se sentía contrariada, porque pensaba demasiado en aquel hombre. La pesada puerta de la sacristía se abrió, y las dos mujeres se hallaron en una salita, cuyas paredes estaban cubiertas hasta la mitad de nogal, donde el Cura, ayudado del Sacristán, revestía su traje de sacerdote. Había en la atmósfera un olor á incienso y á velas recién apagadas, y sobre una mesa, al lado de la estola, se veía un ancho pañuelo de cuadros.

—¡Oh, señoras mías!... ¿Uds. aquí?...—exclamó el Cura, acabando más que de prisa de abotonarse la sotana.—El tiempo no ha dejado á ustedes salir de la iglesia.

Y señalaba á la alta y ancha ventana de la sacristía, que la lluvia azotaba con violencia, lavando perfectamente los cristales.

—Pero siéntese Ud., señora Condesa, y usted también, mi querida Edmea.

Y ofrecía sillas de paja á sus protectoras y amigas.

—Señor Cura—dijo la Condesa,—vengo á recordarle que contamos con Ud. esta tarde.

—Sí, sí, señora, como todos los domingos.

La Condesa conoció que había elegido tor-

pemente el pretexto. El Cura abrió los ojos desmesuradamente. Los tres callaron algunos minutos. El agua seguía cayendo sobre los cristales, movida por el viento, que era muy fuerte.

Edmea se puso en pie, y dando vueltas por la sacristía, dijo al Cura:

—Señor Cura, ¿cómo está su padre de usted? Hace mucho tiempo que no le veo.

—¡Ah, mi amada señorita! El pobre ya no se levanta de la cama. Ya no le llevan las piernas. Tiene noventa y dos años. Pero su cabeza aún está firme... Muchas veces me habla de usted... Y todavía pinta. Verdad es que ya está muy temblón, y muchas veces mezcla los colores sin querer... Pero el pobre se entretiene, y está contento. Ayer me decía muy satisfecho: "Hijo, me parece que aún sirvo para algo..."

—Tengo que venir á verle, y le traeré alguna obrilla mía...

—¡Ah! Tendrá mucho gusto—el pobre viejo.

Abriose la puerta de la sacristía, el Cura calló, y, con gran sorpresa y profunda emoción de la Condesa, entró el barón de Ayères. Saludó á las señoras con la amable sonrisa que siempre tenía en los labios, y estrechó las manos del sacerdote con afectuosa familiaridad.

—Perdone Ud., señor Cura—dijo,—si invado este santo recinto. Pero hace algunos minutos que estoy esperando á estas señoras... Es imposible que vuelvan á su casa cayendo un aguacero que no lleva trazas de cesar, y venía á poner mi coche á su disposición.

El Cura no dejó á la Condesa tiempo de responder; y mirando al Barón con satisfactoria emoción, le dijo:

—Tengo mucho gusto en ver á Ud. aquí... Hacia ya tiempo que me tenía Ud. olvidado.

—Ya sabe Ud., padre, que casi siempre estoy en París... Pero ahora haré á Ud. una visita, si Ud. lo permite, mientras estas señoras van á su casa en mi coche, que luego volverá á buscarme aquí.

Y como la Condesa hacía un ademán de confusa protesta, continuó:

—¡Oh! Señora mía, suplico á Ud. que acepte este pequeño servicio. Habiéndome Ud. colmado ayer de bondades, no sería justo negarme hoy este insignificante desquite.

La Condesa no resistió más. Murmuró algunas frases de gratitud, saludó friamente con la cabeza, y seguida del Cura y de su hija, entró en la iglesia, que atravesó lentamente. Al llegar á la puerta de salida, se detuvo un momento, y sin mirar al Cura, le preguntó:

—¿Conoce Ud. mucho al barón de Ayères?

—Desde que nació. Su abuela, la señora de Freteval, fué la que me proporcionó este curato. Es una excelente persona, que tuvo la desgracia de perder á sus padres cuando era muy joven. Á los veinticinco años se halló dueño de una buena fortuna, y entonces... se comprende... vivió un poco de prisa...

—¿Qué edad tiene?

—Debe tener... si, sí, muy cerca de los cuarenta años.

—¡Ah! Mire Ud.; no lo hubiera creído, porque parece mucho más joven.

—Es que los rubios, señora, disimulan muy bien la edad... Pero si no tiene ya los cuarenta años, lo que es los treinta y nueve debe haberlos cumplido... Y lo podemos saber con toda exactitud, consultando el libro de bautismo... porque él fué bautizado en esta iglesia.

—¡Oh! No hay necesidad,—observó vivamente la Condesa.

Delante del pórtico se hallaba la berlina del Barón. El cochero, inmóvil en su pescante, en la rígida y correcta actitud de un cochero de buena casa, no volvió siquiera la cabeza. La Condesa y su hija montaron en el coche. Sonó la portezuela cerrada de golpe por el Cura, que, sin detenerse á ver marchar el carruaje al trote

rápido de la hermosa yegua, volvió apresurado á la sacristía, donde le esperaba el Barón. Éste estaba entretenido en leer en un cuadro colgado en la pared, y al través de un alambrado, la lista de las amonestaciones de matrimonio.

—¿Cuándo veremos en ese papelito el nombre de Ud., mi querido Barón?—le preguntó jovialmente el Cura.

—Señor Cura—le contestó en el mismo tono, —para casarse es preciso ser dos, una mujer y un hombre. Y yo soy sólo hasta ahora. No he encontrado todavía mi media naranja... ¿Conoce Ud. alguna proporción para mí? Siendo elegida por Ud., la aceptaría á ojos cerrados.

El Cura movió gravemente la cabeza, y mirando con fijeza al Barón, contestó:

—Sería aceptar una grave responsabilidad empeñarse en casar á Ud. ¿No lo cree Ud. así? Ha sido Ud. un calaverón empedernido, y no sería yo quien jurase que ya se ha enmendado usted.

El Barón se echó á reír.

—¿Quién sabe si el celo de Ud. podría lograr mi meritoria conversión?

—¡Bah! Creo que mis esfuerzos serían como predicar en desierto.

—Pruebe Ud., si quiere.—¿No ha dicho el Señor: "Habrá más alegría en el cielo por un

pecador arrepentido que por cien justos, ...?

—Vamos, mala cabeza; confiese Ud., y dígame qué ha venido Ud. á hacer en este país ahora.

—Pues he venido á hacer economías.

—¿Piensa Ud. permanecer en *La Vignerie*?

—Todo el invierno.

—¿Y en qué va Ud. á pasar aquí el tiempo?

—En cazar, en fumar, y, si Ud. quiere, en meditar, en compañía de Ud., sobre la vida eterna. No dirá Ud., que no estoy en buen camino. Quizás entable relaciones de vecindad con las señoras de Croix-Mort. Pero no lo aseguro, porque estas señoras me parecen un poco retraídas y hoscas.

—Son mucho mas jóvenes que Ud., y su reputación pedría sufrir algo, si le recibiesen á usted con demasiada frecuencia.

—¿Aquí? ¿En este país de lobos? ¿Y quién se había de preocupar de eso?... Pero, veamos: ¿qué edad tiene la Condesa?

—Pues tendrá treinta y siete años, ó algo menos.

Aunque el Cura, como ya sabe el lector, era un hombre sencillo, no dejó de estrañarle la coincidencia de las preguntas de la condesa Reginay del barón de Ayères.

—Quieren saber los dos la edad que tienen

respectivamente— se dijo:— es cosa singular.

Si hubiera podido leer en la mente del uno y del otro, se hubiera asombrado aún más.

En su imaginación se fijó la idea de que comenzaba á formarse un proyecto imprevisto, extraño, ciertamente; pero, sin embargo, realizable, á su juicio: el del matrimonio de Fernando y la señorita de Croix-Mort. Y pensaba el Cura; ella tiene dieciseis años; pero, criada al aire libre y en la vida activa del campo, es ya tan mujer como si tuviera veinte.—El joven Barón—un joven bastante maduro, eso sí—tiene cuarenta; pondremos treinta y ocho, que es muy diferente. La cifra *cuarenta* suena muy mal en la edad de un novio... Pero, por su aspecto, por sus cualidades, por su jovialidad, nadie diría que tiene más de treinta. Y un nombre ilustre, y consideración en la sociedad. Lo que es por aquí, no hay partido mejor que el Barón... Y la Condesa no parece resuelta á volver á París... Luego no sería ningún disparate...

Y aquí llegaba en sus reflexiones el bueno del Cura, cuando le volvió á la realidad la voz del Barón, de cuya suerte disponía con tanta facilidad.

—Señor Cura —le dijo—mi coche habrá vuelto ya, y voy á dejar á Ud. Ya son las doce y

30638

media; Ud. está en ayunas, y es una imprudencia privarle de almorzar.

—Si mi almuerzo no fuera tan frugal, que, por serlo, es indigno de Ud., con mucho gusto le invitaría á mi mesa, —dijo el Cura.

—Gracias de todo corazón... Ud. es quien pronto me hará el favor de acompañarme á comer... Ahora no se mueva Ud., que yo sé salir, y no quiero que vuelva Ud. á atravesar la iglesia, que está fría. Hasta muy pronto, mi querido señor Cura.

Apretó afectuosamente las manos del buen sacerdote, y rápidamente, para que no le siguiera, salió de la sacristía.

Maldito si pensaba en casarse Fernando de Ayères. Edmea, con sus brazos largos, su talle delgado y su rostro todavía de niña en plena transformación, le había parecido medianamente agradable. La Condesa le había gustado mucho más. Reducido por locuras de todo género á una situación precaria, habiendo perdido con los caballos lo que las mujeres no le habían gastado, se resignó, siguiendo el consejo de su Administrador, á vivir un año ó dos en el campo para que en tanto volviera el agua al molino. Estaba en París tan comprometido como puede estarlo un hombre que durante quince años ha recorrido todos los pal-

cos proscenios de los teatros en compañía de todas las *vengadoras* y *horizontales* más renombradas, y dejado sobre las mesas de los círculos el dinero jugado al *treinta y cuarenta* y al *baccarrat*. Para llegar á esta situación, había devorado ochenta mil francos de renta. Y estaba realmente mucho más fatigado que si hubiese trabajado asidua y utilmente para ganarlos. Con los restos de su fortuna, un hombre habil y experto, que, rareza providencial, era al mismo tiempo un hombre de bien, se había empeñado en la empresa de reconstituirle un capital muy presentable, pero con la expresa condición de ausentarse de París, para que sus acreedores perdieran la esperanza de verle acudir á ellos con una de esas necesidades inmediatas de dinero que dan á los billetes de cien francos un valor de cuatrocientos. Había, pues, consentido en eclipsarse, pero no lo había hecho de buena gana. No tenía ninguna afición á la vida retirada y contemplativa, y causábale horror la soledad. La finca donde su abuela, la señora de Freteval, había vivido hasta su muerte, estaba, por fortuna, en perfecto estado de conservación. La humedad no había hecho demasiado estrago en el mobiliario, y puestas las alfombras y colgados los *portières*, la residencia no dejaba de ser comfortable. Allí vivía, seis se-

manas hacia, entre sus dos criados, sus perros y sus caballos, aburrido ya de los unos y los otros, y meditando, no sobre la vida eterna, como había dicho al Cura, sino sobre la vida humana y sus muchas vicisitudes.

La aparición de la señora de Croix-Mort en aquel desierto le pareció encantadora. Una figura animada, una figura femenina, ante los ojos de un desheredado reducido al abandono y al silencio, era un desquite que, compadecido, le ofrecía su contrario destino. Este naufrago de la fortuna, que se agitaba desesperado en su islote desierto, no esperando ningún auxilio ni del cielo ni de los hombres, lanzó un grito de feroz alegría descubriendo aquella mujer. Una viuda de treinta y seis años, elegante, bella, bien conservada, ligeramente afectada, era en aquel rincón ignorado de provincia un precioso recurso inesperado. ¡Qué mejor entretenimiento para aquel hombre hastiado, que se dormía leyendo las novelas nuevas, y bostezaba desde las nueve de la noche, acostumbrado, como estaba, á pasar las noches enteras en el círculo! Con su natural fatuidad, no le pasó por la imaginación la idea de que la Condesa pudiera resistirle. No tenía competidor. La plaza fuerte que intentaba atacar no podía recibir ningún auxilio, y, según la teoría

de los sitios, sería plaza sitiada, plaza tomada. Todo era cuestión de tiempo. Y este tiempo le emplearía deliciosamente en esa guerra entretenida del amor, tan llena de astucias, emboscadas y sorpresas. Así pasaría el año de forzosa reclusión, y el fin de su amor coincidiría con el fin de su destierro. Se despediría de su amante provinciana, y volvería á París, para lograr acaso hacer un buen matrimonio que le redendearía. Tal era el programa confeccionado por el barón de Ayères en su imaginación. Si no se distinguía por la absoluta modestia, no dejaba de revelar en su autor un notable ingenio. Otros casos iguales se habían dado, y, por consiguiente, no era excesiva presunción la seguridad de realizar completamente el proyecto.

La imaginación de la Condesa trabajaba también, por su parte, tan activamente como la del Barón, pero en sentido contrario. No pensaba en matrimonio ni en galanteos. La señora de Croix-Mort, desde el primer momento, se había alarmado, notando el aire seductor del bizarro Fernando. Aquella mujer sentimental, nerviosa, romántica, era una mujer honrada. No le hubiera dado miedo un hombre de edad, con los cabellos canos, franco y leal, vecino indiferente, y le hubiera recibido de muy buen grado. Pero aquel lechuguino, de cuello colo-

rado, de ojos azules y cabellos de oro, con sus frases melosas y sus afectadas maneras, no le pareció un huésped á quien prudentemente pudiera instalar á diario al lado de su chimenea. La señora de Croix-Mort, que cuidaba y extremaba su tocado para los árboles de su jardín y los espejos de sus salones, decidió mantener á cierta distancia á aquel resuelto admirador. Creyó que no dejaba de haber mérito en esta prudente conducta. Pero la Condesa poseía un fondo sólido de virtud, que no le permitía conducirse de otra manera.

Si Fernando hubiera sido un hombre impaciente, habría podido, desde el primer paso, comprometer gravemente el éxito de su empresa. Se hubiera estrellado ante obras de defensa imprevistas; pero Fernando no era un hombre impetuoso. Además, tenía un año por delante, á lo menos, para recorrer el mapa del amor, y no quería, de ningún modo, malograr su proyecto por ir más de prisa. No se consideraba bastante seguro de permanecer mucho tiempo en la plaza conquistada. Era, pues, preciso hacer el viaje despacio. No volvió á presentarse en Croix-Mort. Tuvo la habilidad, no volviendo, de hacer á la Condesa pasar por las cuatro fases sucesivas de la sorpresa, del recuerdo, del despecho y del deseo. Al mismo tiempo, le ins-

piró confianza. No había realmente para qué adoptar precauciones contra un enemigo que no parecía pensar siquiera en el ataque. ¿Para qué cerrar las puertas y las ventanas? No había que temer ningún asalto, y todo podía dejarse abierto.

Al cabo de cuatro días, Regina empezó á pensar que el señor de Ayères, su vecino, no era un modelo perfecto de cortesía. Se le había dispensado un favor; había correspondido con otro, y no había hecho más, considerando que ya estaba cumplido. ¡Como si un hombre pudiera considerar de esa suerte haber cumplido con una dama! El genio de la Condesa se resintió por efecto de estas preocupaciones, y su hija fué la primera en sufrir las consecuencias.

Edmea, que se presentó en el salón con una mancha de color en una de sus mangas de tul, fué despedida por su madre como si hubiera cometido la más grave de las faltas. Estaba la joven en lo más crítico de su trabajo artístico, dando la última mano á dos estudios que quería enseñar triunfalmente al viejo pintor de quien era discípula.

—Si lo que haces tuviera siquiera sentido común...—le dijo la Condesa con enojo.—Pero manchas los lienzos de tus cuadros lo mismo que

tus vestidos, y sin más utilidad por cierto.

—¿Quiérete Ud. ver lo que he pintado?— preguntó Edmea maliciosamente á su madre.

Corrió á su taller, y trajo á su madre un cuadrito representando un pequeño espacio de terreno, de brezos y álamos. Dos personajes, bastante bien puestos, animaban el paisaje. Parecía que disputaban. El uno, con su blusa azul, sus grandes polainas y su capotón, no podía ser otro que el guarda Juan Billet. El otro, elegantemente vestido á la inglesa, y con una soberbia barba rubia, se parecía singularmente al Barón, en quien hacía una semana estaba pensando la Condesa. Un faisán muerto en el suelo, parecía ser la causa del violento coloquio.

La señora de Croix-Mort miró el cuadrito, y se puso colorada. Frunció el entrecejo y sin mirar á su hija, le preguntó con voz temblorosa:

—¿Y qué significan esos borrones?

Edmea miró á su madre, y con la seguridad de quien obra sin malicia, contestó:

—Es Billet amenazando con el proceso verbal al señor de Ayères.

—Mira, hija; no me vuelvas á traer esas necias alegorías y esas grotescas estampas, y, sobre todo, cuidado con que enseñes á nadie este cuadrito.

La joven se retiró, vivamente contrariada por tan mal recibimiento. No había creído cometer ninguna falta grave. Estaba muy prevenida contra el apuesto Fernando, y de esta impresión había nacido la escena del cuadro. El Barón le había desagradado desde el primer día. ¿Por qué? No lo sabía. Era instintivo en ella el sentimiento de disgusto que experimentaba viendo al vecino. También Billet, el rudo y adicto guarda, como un perro guardián que recela de alguno, había gruñido y enseñado los dientes al topar con el Barón. Las gracias y los atractivos de aquel elegante parisiense habían ejercido sobre aquella sencilla hija de la naturaleza una acción absolutamente inversa de la que producían de ordinario sobre mujeres más cultas y sociales. Edmea le encontró afectado y algo ridículo, y él pasaba por irresistible. Sus cabellos tan bien peinados, su barba admirablemente cuidada, todo en él le pareció demasiado cultivado, demasiado empalagoso. Mejor le parecía la barba enmarañada del guarda Billet, y aquella bozada con su franca y brutal sonrisa, cuando su amada señorita le decía una palabra bondadosa.

Fué á la rectoría después de medio día, y contó al Cura la escena de la mañana. El Cura

se rió, y preguntó si el Barón había ido á visitar á la Condesa. Sorprendióle mucho la contestación negativa de la joven, y exclamó:

—Pues es raro; porque él mismo me dijo que vendría á visitarla.

Presintiendo algún incidente, y curioso como una vieja, por la tarde, después de comer, fué el Cura á ver á la Condesa. La encontró con los nervios alterados. Sin embargo, le recibió con agrado, como una persona que se aburre y que encuentra ocasión de distraerse de sus tristezas, y le habló de fruslerías. La conversación languideció mientras no se trató de otra cosa que de la lluvia y el buen tiempo; pero se animó extraordinariamente en cuanto el Cura pronunció el nombre del Barón.

—Me dió un mal rato el otro día—dijo la Condesa,—obligándome con tanta insistencia á aceptar su coche. No hubiera querido aceptar, porque no tiene él motivos para permitirse tanta familiaridad, y tampoco podía rehusar el favor, porque acaso le hubiera parecido demasiado arisca y ceremoniosa. No creo que su amigo de Ud. habrá creído que me ha hecho uno de esos grandes servicios que convierten á una persona en ángel salvador, ó poco menos.

—Solo tuvo el buen deseo de evitar que ca-

yese á Uds. encima el aguacero al volver á casa desde la iglesia. No creo que fuese otra su intención. Cuando Uds. salieron, habló conmigo de otros asuntos muy diferentes, y nada me dijo de Uds. Y crea Ud., que me han asombrado su formalidad y su gravedad de ahora. En otro tiempo le conocí yo otro hombre... más... menos...

—Vamos, un calavera.

—Señora, Dios me libre de murmurar del prójimo... Entonces tenía en la cabeza más ideas frívolas que juiciosas; pero ahora está completamente cambiado, y me parece que no está muy lejos de pensar en casarse.

—¿Y es para realizar ese proyecto para lo que ha venido á este país? ¿Pero con quién se va á casar aquí? ¿Con alguna aldeanota de las cercanías?

—Señora Condesa—dijo el Cura con beatífica compunción:—me parece que sin ir lejos encontraría...

Regina no le dejó acabar; levantose vivamente, y con una mirada severa, dijo al Cura:

—Ni una palabra más, señor Cura, que me enojaría Ud. mucho; y no volvamos á hablar de ese asunto.

En aquel momento entraba Edmea. El Cura pensó que la Condesa no quería abrir los ojos

de aquella criatura, hablando de matrimonio delante de ella, y que, considerándola demasiado joven para casarse, no quería recibir proposiciones que no había de aceptar. Ni sospechó siquiera el buen hombre que Regina, agitada su imaginación por apasionados desvaríos, había creído que por ella decía el Cura lo que éste decía por Edmea. Hubo un error que debía producir fatales consecuencias. Si el reverendo padre hubiera podido añadir tres palabras no más, la Condesa habría mirado desde luego al barón de Ayères, si no con aversión, á lo menos con indiferencia. Hubiera tomado definitivamente la resolución de mantenerse á distancia, y hubiera evitado así catástrofes. El destino de estos tres seres estuvo así en suspenso durante un cuarto de segundo, y se decidió al fin por un escrúpulo de coquetería.

La señora de Croix-Mort se sintió completamente tranquila después de esta conversación. Ya no se figuró á Fernando como un lobo hambriento, buscando ansioso una presa que devorar. Le pareció muy manso y nada temible. Era un hombre pacífico y amable, cansado de la vida desordenada, que verdaderamente le había costado muy cara, y procurando seguir una conducta más razonable en el camino recto y poco accidentado del matrimonio. Para la

Condesa perdió un poco de poesía, pero consideró su trato posible. Un galán atrevido, con pretensiones de conquistador, podía, en rigor, ser difícil de domar. Un enamorado plácido y tranquilo, de ideas correctas, no era fácil que se extralimitase, y, en todo caso, era muy fácil contenerle. Regina entrevió una deliciosa perspectiva de relaciones moderadas á su gusto, una agradable guerra galante, que ella sabría dirigir á su capricho. Los sueños en que se había complacido durante doce años, iban á convertirse en realidades.

Aislada en su viudez, había reconstruido en su imaginación toda su vida: como un general prisionero que emplea sus ocios en combinar planes de campaña, había estudiado lo que era preciso procurar ó hacer en tal ó cual caso. Se había preparado teorías sobre cada situación, y frecuentemente, en sus recuerdos del pasado, había hallado faltas graves de táctica. ¡Cuántas veces, pensando con amargura en los disgustos que le había proporcionado su marido, se decía: "¡Ah! ¡Si pudiera volver aquel tiempo, de qué distinta manera obraría ya! Mostrándome menos resignada y más enérgica, menos triste y más coqueta, habría sujetado á mi marido, y mi existencia no habría sido lo que fué., De esta suerte, la señora Con-

desa, en el secreto de sí misma, tomaba desquites retrospectivos y alcanzaba victorias sobre el difunto. Y envalentonada por lo que llamaba su experiencia, no temía la batalla. Acaso la deseaba.

El día siguiente al de la visita del Cura, en una admirable mañana de otoño, la Condesa se paseaba por el río con su hija en una barca. Edmea, habituada desde la infancia á manejar el remo, dirigía habilmente la embarcación. Y Regina, sentada en la popa, embriagada en la frescura perfumada de las ramas que se encorvaban, formando bóveda, sobre la rápida corriente, los ojos fatigados por la reflexión del sol sobre el agua en movimiento, mecida por el del barquichuelo, estaba entregada á una especie de sopor delicioso. El puente, de una orilla á otra, proyectando la sombra de su arco de piedra sobre el río, daba más vivos reflejos á la cinta de plata que se prolongaba entre las dos verdes orillas. Edmea, al acercarse al puente, se había vuelto, y con las manos puestas en la boca, sirviéndole de tornavoz, daba gritos, que repetía el eco de un pequeño valle cerrado por los peñascos que se extendían á la derecha como un circo rodeado de negros abetos. El río seguía el llano en este sitio, formando el límite del parque. Y al borde de tierras

de labor de un color obscuro violado, á lo largo de la hilera de juncos marinos, donde se dejaba oír el ronco graznido de los faisanes asustados, la barca iba bajando llevada por la corriente.

Edmea, dando un último grito para oír el eco, se volvió á sentar en la barca, y cogió los remos. En el mismo instante, otra voz le contestó, pero no por la boca misteriosa del eco, sino por labios humanos. La Condesa levantó la cabeza, y vió al bello Fernando que salía de entre la espesura. Al ver á la señora de Croix-Mort, el Barón pareció muy sorprendido. Avanzó con paso rápido, bajando por en medio de los juncos y los lirios hasta la orilla del río.

—Perdone Ud., señora,—dijo con el sombrero en la mano,—si he cometido la inconveniencia de contestar á los gritos que oía. He creído que era algún pastorcillo el que gritaba para distraerse con el eco. Iba precisamente á Croix-Mort, paseando... á campo traviesa.

—Es mi hija la que tiene esa bonita voz de muchacho,—dijo riendo la Condesa.—Pero puesto que Ud. venia á visitarnos, no permitiremos que se canse Ud. en dar toda la vuelta al parque. Edmea, hija, rema para acercar un poco más la barca á la orilla. El otro día nos prestó Ud. su coche para volver de la iglesia, y hoy nosotras le ofrecemos nuestra barca.

—¡Oh! Hace hoy un día infinitamente más agradable, —contestó el Barón, señalando al cielo.

Saltó á la barca, que impulsada por Edmea, rozaba ya con la proa la orilla del río, y sentándose en uno de los bancos, le dijo:

—¿Quiere Vd., señorita, permitirme que la sustituya en la dirección del bote?...

—¿Sabe Ud. remar?—preguntó la Condesa.—No vaya Ud. á hacernos naufragar.

—¡Oh!—exclamó Edmea irónicamente:—aunque se quisiera, no se podría. El bote es de fondo plano... Sólo que es pesado, y tira del brazo demasiado.

—Espero, sin embargo, señorita, que tendré fuerzas bastantes para dirigirlo.

Y tomando los remos, los manejó con un vigor y una precisión, que revelaban estudios especiales y prolongados, hechos en otro tiempo en Croissy y en la isla de Belleza. El bote se deslizaba rápido, y la Condesa, en el mismo sitio, contemplaba con mucha complacencia á aquel remero de barba rubia, que la llevaba tan velozmente no sabía adónde. Le parecía que su existencia, antes enojosa y sombría, había-se cambiado en un instante en alegre y risueña. Sentía un placer desconocido en su corazón. Subían á sus labios vagamente canciones

campestres, y en medio de aquella atmósfera pura y tibia, mecida con delicia en aquel dulce movimiento, hubiera querido seguir así, navegando mucho tiempo. Sin embargo, el río, desviándose, atravesaba el estanque que se extendía al fin de una praderita, delante del castillo. Los cisnes acudían al pasar la barca, tendiendo su largo cuello blanco y abriendo su pico amarillo, como para pedir el pedacito de pan que siempre se les daba. Estaban delante del embarcadero. El señor de Ayères atracó la barca habilísimamente, y saltando á tierra, dió la mano á Regina y á su hija. Era la primera vez que la Condesa ponía su mano en la del Barón. Éste la oprimió ligeramente, y la retuvo un segundo más de lo que debiera. La Condesa la retiró con frialdad, no sospechando que, al dar la mano al Barón, había cerrado una cadena que debía ser su martirio. Atravesaron en silencio los jardinillos, y al llegar delante de la escalinata, preguntó la Condesa:

—¿Quiere Ud. que entremos? Me parece que aquí, al aire libre, estaríamos mejor.

—En efecto—contestó el Barón;—dentro debe hacer más frío que aquí.

—Creo lo mismo. ¿Tiene Ud. sed? Beberemos. Edmea, di que traigan refresco.

Sentáronse en sillas rústicas de mimbres, y empezaron á hablar, los dos un poco turbados, de cosas indiferentes. El Barón estaba muy preocupado, porque tenía que hacer una corta en sus montes, y absolutamente no entendía nada en materia de explotación forestal. Veinte años hacía que no se cortaba un solo arbol en *La Vignerie*, y era preciso, en beneficio de la propiedad, echar abajo una treintena de hectáreas de arbolado, que comenzaba á secarse. La Condesa era también poco perita en la materia, aun cuando frecuentemente oía hablar de cortas, de resalvos, de árboles viejos y nuevos, y de todas las operaciones en que era maestro Billet.

—Si quiere Ud. preguntaré á mi guarda Billet lo que hay que hacer...

—¿Mi enemigo personal?—preguntó jovialmente el Barón.

La Condesa, poniéndose seria, contestó:

—No creará Ud. eso; todos mis criados saben respetar á mis amigos.

—Si basta ser amigo de Ud., señora—dijo el Barón con su voz más melosa,—para ser bien visto por ese lobo con escopeta, entonces el señor Billet me adorará seguramente.

La Condesa no replicó. Edmea volvía con un criado que traía una bandeja. Fernando tu-

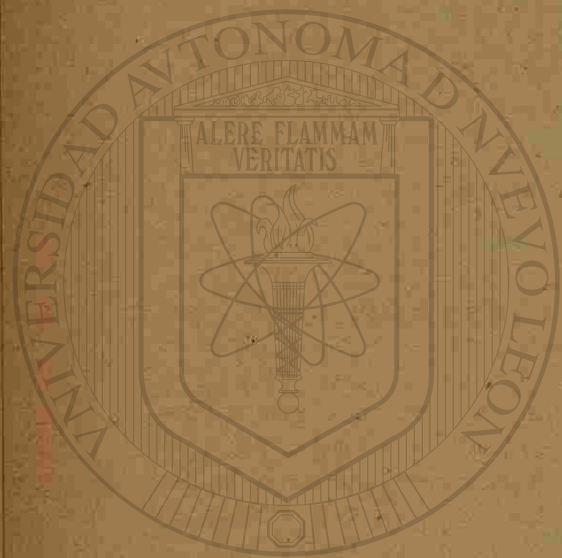
vo la satisfacción de ver á Regina prepararle con sus bellas manos un vaso de jarabe de cerezas mezclado con agua helada. Le bebió con fervoroso recogimiento, como un filtro servido por una adorable maga; habló todavía durante un cuarto de hora, y, pretextando una cita en su casa, partió, habiendo tenido la habilidad de lograr que su visita pareciera muy corta.

La reserva habil con que el señor de Ayères se condujo, le valió, á los ojos de la señora de Croix-Mort, el concepto de un hombre infinitamente más serio y formal que lo que ella se había figurado. El vicio había tomado con maestría las apariencias de la inocencia. El Barón fué clasificado en la categoría de las personas amables á quienes se puede entretener por medio de pequeños favores sin consecuencias, y que son adorno muy vistoso y agradable de un salón. La Condesa no había tenido ocasión de conocer seductores de profesión. Durante la vida de su marido vivió completamente retirada, y este retiro había continuado en su viudez. No se hallaba, pues, en disposición de apreciar la diferencia que existía entre un pacífico pichón, arrullador y cariñoso, como creía que era Fernando, y un gavilán osado y peligroso, como era en realidad. Aunque hubiera tenido más experiencia y más

perspicacia, la astucia estaba tan bien disfrazada, que nunca la hubiera conocido. En conciencia, le habría bastado ser prudente y cerrar su puerta, para estar á cubierto de todo peligro; pero, en el fondo, no era esto lo que quería, y con su deseo de lo imprevisto y con su anhelo por interrumpir la apatía abrumadora de su monotonía existencia, ella misma fatalmente iba en derechura á encontrar el peligro.

El señor de Ayères volvió á los pocos días, y se presentó tan sencillo, tan buen sujeto, tan jovial, que la Condesa le convidó á comer el domingo inmediato, con el Cura. La Condesa lo había pensado mucho, antes de resolverse á invitarle. La presencia del clérigo le pareció que salvaba todas las conveniencias. Y además se dijo, para convencerse más, que ella era ya casi vieja, y á su edad podía una mujer tomarse algunas libertades sin menoscabo de su decoro. Y se ufano de lograr el exquisito placer de ver un hombre exclusivamente consagrado á servirla y agradarla, y adivinar sus caprichos para satisfacerlos, á sorprender sus deseos para adelantarse á ellos. Y no sintió en presencia de Fernando la turbación que experimentaba ante su marido Croix-Mort, cuya cortesanía distinguida, correcta y fría le impedía toda

expansión y toda franqueza. Entre el ilustre y perfecto caballero, altivo é irónico, que la trataba como á una extraña, y el dulce y afable Fernando, que le ofrecía la ilusión de una cordial amistad, había un abismo. Y en este abismo, oculto bajo la hojarasca y las flores, es donde Regina iba á caer.



Amigo íntimo de la casa, al cabo de un mes, el Barón se consagró á la conquista de sus habitantes. Quería todas las comodidades y conveniencias posibles, y que, desde la dueña de la casa hasta el último de los criados, se esmerasen en procurárselas. No quería ver rostros huraños, ni sorprender actos hostiles. Este era su deseo, y no le realizó por completo. La resistencia la encontró en Edmea, y tampoco pudo vencer la antipatía de Billet. La señorita de Croix-Mort, que había saludado con burlas é ironías la intrusión del Barón en la vida común, apareció súbitamente taciturna. Cuando el Barón llegaba, apoderábase una grave tristeza de la hija de Regina, y sus ojos negros, hundidos bajos sus cejas, aparecían como velados por una sombra.

Cuando su madre la intimaba que permaneciera en el salón, estabase en un sitio apartado,

sentada, trabajando silenciosamente cerca de la ventana, oyendo indiferente y distraída el murmullo de la conversación entre Fernando y la Condesa. Si la Condesa la dirigía la palabra, contestaba lacónicamente *sí* ó *no*, y volvía á su mutismo. Hacía algunos días que se había instalado en una pequeña habitación, en el recibimiento, en las horas en que habitualmente la Condesa se encerraba en su gabinete, y había comenzado á pintar. La señora de Croix-Mort la sorprendió un día, entrando de improviso. Con mucha calma, la joven se levantó, y, como si arreglara las cosas, tapó cuidadosamente la obra que tenía empezada.

—¿Qué es lo que estás haciendo?—le preguntó la Condesa.

—Es una miniatura para un medallón,—contestó evasivamente.

—¿Un medallón; para quién?

—Para mí.

—¿Y con qué objeto?

—Para llevarlo pendiente de mi cuello con una tiritita.

—¡Ah! Enséñame esa obra maestra.

Edmea miró á su madre profundamente, y estuvo inmóvil un instante, como si dudase; pero luego, decidiéndose súbitamente, descubrió el pequeño trozo de marfil. La Condesa

miró, y reconociendo la fisonomía de su difunto marido, se puso livida. Miró luego á Edmea fijamente; el rostro de la joven era impenetrable. Movi6 la cabeza, y murmuró:—“¡Está bien!” Y se alejó, profundamente agitada.

¿Qué significaba en la hija este súbito afecto á su padre muerto?... ¿Era acaso una censura de la conducta de su madre? ¿Le habían disgustado las asiduas atenciones del Barón?... Sin embargo, nada más inocente. Jamás habíase visto una coqueta más formal que ella. Fernando era un cordero procedente de los rebaños de Mad. Deshoulières, peinado, rizado y engalanado, que obedecía, no á un cayado dorado, sino á un sencillo abanico. Sin embargo, impresionó profundamente á Regina aquella significativa protesta, y sintió penosa amargura. Y hasta concibió dudas sobre la rectitud de su conducta. Su conciencia, falseada por el sentimentalismo, sintió escrúpulos; pero un movimiento de despecho la llevó á no creer tolerable la intrusión de su hija en sus asuntos del corazón. ¿De qué se podía quejar Edmea, después de todo? ¡Una muchachuela de quince años, que se permitía abrir los ojos y ver hasta lo que no existía! Porque su madre había estado encerrada durante doce años en el campo, en el fondo de una residencia sepul-

cral, para reconstituir su fortuna comprometida por aquel adorable padre cuyo retrato pintaba Edmea piadosamente, ¿habría de condenarse á encierro eterno? Y si la Condesa resolviera casarse, como era dueña de hacerlo, ¿qué diría entonces la hija intransigente y rebelde?

La señora de Croix-Mort fatigaba á sus solas su imaginación con estos pensamientos; pero en realidad, no afrontaba sin una inquietud singular la mirada clara y fija de aquellos dos grandes ojos que parecían leer en el fondo de su conciencia. Prefería que Edmea estuviese lejos de ella. Y como ésta no deseaba otra cosa, en cuanto entraba el señor de Ayères desaparecía la única que hubiera podido evitar que Regina sucumbiera á la tentación. Fernando se instalaba cerca de la Condesa, y comenzaba una conversación que duraba horas, sin que una ni otro la creyesen larga jamás. La Condesa, medio echada en su *chaiselongue*, cerca de un velador, donde había un florero con rosas, un libro y una cajita de bombones. El Barón se sentaba en un sillón muy bajo, donde casi estaba á los pies de la Condesa. Y en la intimidad del salón, en medio de los muebles y de mil objetos de arte, pasaban horas muy agradables, hablando del pasado y del presente, pero, por

un acuerdo tácito, jamás del porvenir, que parecía reservado, cerrado, como si no debiera llegar nunca.

Jamás la señora de Croix-Mort había sido tan dichosa. Lo mismo que en sus sueños de otro tiempo, cuando hablaba con un adorador misterioso, Fernando y ella, caminando por una pendiente irresistible, acababan por hablar de amor. Por las ventanas abiertas, el sol penetraba espléndido y brillante; subían de los jardinillos exquisitos perfumes, y Regina se entregaba con delicia á las dulzuras de estas tiernas conversaciones, en que, donoso subterfugio, todas las ternuras expresadas se dirigían á un ser imaginario, pero podían referirse á ella. Fernando sobresalía en este juego sentimental, en medio del cual solía apoderarse de los dedos de la Condesa, que acariciaba, como distraído, entre los suyos. Luego tomábale la mano y se la oprimía levemente, hablando al mismo tiempo en voz baja de amores ideales, para alejar toda sospecha é impedir las resistencias. Poco á poco su boca se acercaba á la mano de la Condesa; y en la deliciosa vaguedad de sus fantasías, Regina parecía no advertir la realidad abrasadora de aquellas caricias. Sentía, sin embargo, un calor ardiente en su garganta, y le acometía ligera sofocación. Le pa-

recía que dormía en medio de llamas; y saliendo súbitamente de su sopor moral por una sensación física intensa, se levantaba á medias, veía á Fernando de rodillas á sus pies, le miraba severamente, le obligaba á sentarse otra vez, y, viéndole obediente y sumiso, recobraba la confianza, y creía en su seguridad.

Sin embargo, estas largas conversaciones le parecieron, reflexionando un poco, que tenían serios inconvenientes. Las remplazó por paseos en la terraza. Pero estas entrevistas al aire libre, á la vista de todo el mundo, no le agradaban mucho á Fernando. Se le ocurrió la idea de proponer á la Condesa pasear á caballo por el parque. Supo persuadirla de que este ejercicio influiría ventajosamente en su salud. La Condesa se prestó de buen grado á este ejercicio, que era muy de su gusto. Como no había caballos de montar en Croix-Mort, Fernando trajo de *La Vignerie* uno para la Condesa. Y comenzaron á recorrer los bosques, juntos, siguiendo los caminos cubiertos de césped fino como el terciopelo, donde el galope de los caballos sonaba sordamente. Llegaba fin de Octubre, y la arboleda iba tomando matices dorados de preciosa armonía. Las hojas, secas por las primeras heladas, se desprendían de las ramas, y caían con un ruido metálico.

Levantábanse ásperas brisas que parecían estremecimientos de la naturaleza, precursores del invierno. Sorprendida por estos primeros fríos, Regina, con las mejillas sonrosadas, muy animada y respirando con libertad, gritaba: — “¡Corramos!,” — excitando al mismo tiempo al caballo. El de la Condesa y el de su acompañante tomaban entonces un trote suave, que les llevaba por cualquier camino, siempre derecho, á tres ó cuatro leguas de Croix-Mort, en las pintorescas profundidades del bosque de Vieuville. Allí jamás encontraban á nadie. Algunas veces, en el extremo de un camino, veían la silueta de un guarda del Estado, destacándose sobre el fondo gris del cielo, ó bien, en un sitio donde se había hecho una corta, una choza de carboneros, en medio de un gran círculo negro de tizonos mal recogidos, dejando filtrar por el techo el humo azulado, que revelaba la presencia de seres humanos en aquellos lugares. Iban, pues, el Barón y la Condesa por donde los caballos querían, completamente libres, entregándose á todas las caprichosas fantasías de su imaginación, y pudiendo hacerse la ilusión de estar solos en el mundo.

Una tarde, hacia las tres, después de haber amenazado el cielo lluvia toda la mañana, despejándose después, volvió á cubrirse, y comen-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
MAY 23 1933
MEXICO, MEXICO

zó á llover. Súbitamente comenzaron á caer con gran violencia gotas muy frias y muy gruesas. El bosque quedó en un momento envuelto en una especie de velo pardusco de una obscuridad impenetrable. Durante algún tiempo, al abrigo de una especie de bóveda de abetos, contemplaron silenciosamente el Barón y la Condesa cómo se espesaba y generalizaba la lluvia. Pero los abetos empezaron á soltar toda el agua que les caía encima, y fué preciso abandonar un sitio donde ya no se podía estar. Siguiéron su camino bajo la lluvia, procurando avanzar hacia Croix-Mort por caminos de travesía, y no viendo ante sus ojos más que la opaca y triste nube que les envolvía con sus torrentes de agua, que les azotaba el rostro agitada violentamente por el viento. El cielo presentaba matices amarillentos, grises y oscuros. Sobre la hierba mojada resbalaban los caballos, y haciendo esfuerzos para sostenerse y no caer, se impacientaban bajo el torrente que caía sobre ellos.

Regina y Fernando, apretando los dientes, bajando la cabeza, avanzaban, sin consultar ya el brumoso horizonte, cerrado completamente. Ya no reconocían los caminos por donde iban. El aspecto del bosque había cambiado por completo. El bosque, tan hermoso, tan hospita-

lario, era ahora sombrío, áspero, y parecía alargarse indefinidamente hasta perderse de vista, para prolongar la prueba de los dos jinetes perdidos en medio de la tormenta. La Condesa, cubierta con una capa que le había prestado Fernando, estaba, sin embargo, helada hasta los huesos; la lluvia empapaba sus ropas, que apenas podían sostener sus manos. Pero seguía valiente y sin coquetería á su amigo, sin exhalar una queja. El Barón dió un grito de alegría. Acababa de conocer dónde se hallaban. Un poste indicador se alzaba en el camino; se puso en pie sobre los estribos, y leyó:

—“Croix-Mort, cinco kilómetros; *La Vignerie*... — Estamos — dijo — á dos pasos de mi casa; trotemos, y allí encontraremos un abrigo, fuego, y medio de que Ud. vuelva á su casa sin peligro de su preciosa salud.

Como Regina dudaba, sintiendo un vago temor al oír esta frase: *Mi casa*, y presintiendo acaso una emboscada, el Barón añadió:

— Suplico á Ud., amiga mía, que no vacile. No podría Ud. sufrir más de una hora de camino con esta lluvia, y para llegar á Croix-Mort necesitamos todo ese tiempo, y cada vez cae con más violencia esta lluvia torrencial.

El Barón suplicaba respetuoso é insinuante, y parecía muy sincero. Regina, sin contestar,

dió un latigazo al caballo, y siguió al Barón donde éste quería llevarla. Cinco minutos después se detenían delante de una verja de hierro; el Barón tiró violentamente de la cadena de la campana, y un criado vino corriendo á abrir. Entraron á galope en el patio, y delante de la puerta de la casa, Fernando se apeó gallardamente, cogió á Regina en sus brazos, y sin que pusiera el pie en tierra, la llevó, atravesando dos ó tres salas, hasta una habitación grande que le servía de despacho. Allí Regina experimentó una deliciosa impresión, encontrándose en una atmósfera caliente, cerca de una gran chimenea, en la que ardían gruesos trozos de peral. El Barón de Ayères movió con su pie los troncos y avivó el fuego. Y luego, volviendo á mirar á su compañera, que en pie, miraba chisporrotear los troncos, un poco aturdida, y temblando dentro de su amazona empapada en agua, le dijo:

—No puede Ud. seguir con ese traje. Es preciso que se quite Ud. ese vestido... ¡Oh! Y no proteste Ud... Lo primero es su salud, gravemente comprometida... Siento no tener aquí vestidos femeninos que ofrecer á Ud., pero le ofrezco una buena bata mía, que la cubrirá hasta los pies, y le hará volver á entrar en calor.

Entrose en una habitación inmediata sin escuchar las protestas de la Condesa. Y ésta le oyó que abría violentamente los armarios. Pronto volvió con la bata, y riendo, pero con un cariñoso respeto que agradó mucho á Regina:

—Está Ud. en su casa, señora—dijo el Barón, —y desde este momento yo no soy aquí más que el primero de los criados de Ud... Ruego á Ud. que disponga de todo cuanto hay en esta casa... Ud. me perdonará que la hospitalidad no sea como Ud. se merece; pero aquí no se esperaba el honor de que Ud. viniera á favorecer y á hermosear esta triste casa... Ahora la dejo á Ud. para que se mude el traje... y haga lo que guste en completa libertad.

Saludó y salió. Un instante estuvo Regina suspensa, irresoluta, estupefacta, asombrada de lo extraordinario de la situación en que ella misma había venido á colocarse súbitamente. Se decía que la única culpable, en semejante ocasión, era la casualidad. No podía culpar á Fernando, que se esforzaba en atenuar lo desagradable de la aventura. Pero, de todos modos, lo cierto era que se encontraba en casa de un soltero, en su habitación, expuesta á desnudarse, y sin saber cómo y con qué se vestiría. La humedad de su traje le causaba una horrible sen-

sación, y resolvió cambiarlo. Corrió á examinar las puertas, levantó los *portières*, y echó los pasadores. Después, casi segura de no ser sorprendida, delante del fuego, que ardía muy vivo, se quitó la amazona, que podía torcerse, y buscando entre los vestidos de Fernando, se puso una larga y ancha bata de terciopelo color habana, cuyos cordones de seda dibujaron graciosamente su talle, dando más realce á la redondez de su busto.

Regina no pudo estarse quieta; produciase en ella una reacción demasiado viva, y le parecía que su sangre hervía en las venas. La llama de la chimenea le abrasaba el rostro, y con curiosidad, dió una vuelta por la habitación, que le pareció elegantemente amueblada con sus anchos divanes cubiertos de telas orientales, sus grandes sillones, y su gran linterna turca, adornada de cadenas de bronce, que colgaba del techo. Dos grandes arcas de sándalo con incrustaciones de nacar y de marfil, colocadas sobre preciosos taburetes, ocupaban los huecos entre las ventanas, y en el muro de enfrente se veía una bonita librería de chicaranda, llena de libros preciosamente encuadernados. En medio una mesa-ministro, donde había paquetes de papeles, y una elegante cartera de piel de Rusia con las iniciales del dueño de la casa. Arri-

mada á la chimenea una escopeta de caza, y en una copa de bronce los cartuchos. En otra copa un pequeño llavero con llaves, cortaplumas y algunos cigarros.

Toda la vida íntima de Fernando estaba allí, á la vista de Regina, sin preparación, en su desorden de costumbre. En aquella atmósfera se respiraba un elegante perfume, muy propio de una habitación tan bien puesta y tan sencilla á la vez. El parisiense desterrado en el campo, pero conservando sus refinadas costumbres de *confort*, aun en su vida solitaria, se revelaba en aquellas blandas alfombras, en el espesor de las cortinas, que impedían llegar hasta allí los ruidos exteriores, en una especie de encanto sutil y penetrante, que era como su atmósfera personal. Se adivinaba que allí vivía un hombre joven, amable, apuesto, distinguido, é inexplicables seducciones, pero muy poderosas, emanaban de él, conmoviendo profundamente á la que leía, invisible y revelado, como un Dios que va á aparecer.

Un golpecito, discretamente dado en la puerta, la estremeció. Fué á abrir, y ruborosa, confusa, al verse vestida de aquella extraña manera, se acurrucó en el fondo de un ancho sillón cerca de la chimenea. Él también había cambiado de traje, y volvía correctamente ves-

tido. Avanzó con la mayor naturalidad, como si nada extraordinario pasara entre ellos. Preguntó á la Condesa cómo se sentía, aparentando no fijarse en lo extraño de su traje.

—No son más que las cinco— dijo;—el día acaba, y dentro de tres cuartos de hora ya no se verá claro, y nadie podrá conocer á Ud. en el camino. He dado orden de que se tenga listo el *dog-cart*. Así volverá Ud. á su casa con toda comodidad, y esta escapada no la habrá sabido nadie más que nosotros... ¿Le parece á Ud. bien, amiga mía?

—Muy bien. Estoy agradecida á Ud. por la solicitud con que ha procurado Ud. mi salvación... ¡Jesús! Verdaderamente, no sé lo que pasa por mí. Estoy como entumecida.

Echaba la cabeza atrás, dejando ver su cuello fresco y redondo. Sus ojos estaban medio cerrados, y parecía que iba á sucumbir al sueño.

—Esa es la fatiga de nuestra retirada bajo el agua torrencial que caía, azotada por el aire helado. Debería Ud. beber un poco de Málaga ó de buen vino de Alicante... No; voy á dar á usted un poco de vino caliente; es lo que yo tomo cuando vuelvo de caza en días de invierno.

Ella ni siquiera intentó contestar. El Ba-

rón acababa de abrir un armario y de tomar una taza de plata, un azucarero y un jarro de Bohemia. Se arrodilló sobre la alfombra, delante de la chimenea, cuyo fuego le abrasaba la cara, y con singular habilidad comenzó á prepararlo todo. Ella le miraba, inmóvil, en un estado de sopor delicioso, extendiendo sus miembros entumecidos, y escuchando con deleite el susurro del espumoso licor, cociendo entre los troncos inflamados. Cuando vió que el vino comenzaba á hervir, retiró el jarro, cortó un limón en pequeñas porciones con un pequeño cuchillo que le servía para cortar papel, y luego, llenando una copa de plata sobredorada, la presentó á Regina, que había seguido toda su maniobra con la mirada, sonriendo complacida.

—Esto hay que tomarlo muy caliente,—dijo con mucha formalidad.

Acercó Regina los labios al vino aromatizado, tosió ligeramente, y exclamó:

—¡Jesús, qué fuerte está!

Al cabo de pocos momentos, volvió á tomar la copa, y aplicó los labios otra vez... y luego acabó por beberlo todo.

El Barón, triunfante y apasionado, se había sentado cerca de ella, y la devoraba con los ojos.

—Ya ve Ud.—le dijo muy jovial,—que no soy torpe, y que, en caso de apuro, no necesito para nada de mis criados. Además, me es muy agradable servir á Ud. yo mismo, y reservar para mí sólo la alegría de la corta estancia de usted en esta casa, que para siempre conservará un precioso y secreto encanto, sólo por mí conocido. Siempre recordaré que en este sillón se ha sentado Ud., y que sus cabellos han rozado la seda de este respaldo. Muchos, muchos encantadores recuerdos conservaré aquí tiernamente cuando Ud. me haya arrebatado la felicidad alejándose de mi casa, dejándome profunda pena en el corazón...

—Me parece que de esa pena puede Ud. consolarse fácilmente—murmuró Regina,—puesto que podrá Ud. verme mañana.

—¡Ah! Ya no será lo mismo... Mañana no estará Ud. ya como está en este momento, en mi casa, conmigo, en mi mismo...

La Condesa bajó la vista, y se vió dentro de la bata de Fernando, en él, como acababa de decir él. Le pareció que la envolvía un calor más vivo, y que este calor era el ardiente deseo del galán, de que estaba impregnada aquella bata usada por él diariamente. Había una especie de posesión material en aquel momento por medio de aquella prenda, que ponía

casi en contacto la carne de la Condesa con la del Barón.

Experimentó una impresión tan fuerte, que sus nervios se estremecieron en una tensión hasta entonces no sentida, y tuvo como un espasmo. Aquella bata la abrasaba; creyó que no se encontraría bien si continuaba envuelta en ella. Y sin cuidarse de que estaba Fernando delante, intentó soltarse los cordones; hizo un brusco movimiento; las anchas mangas de aquel ropón se abrieron hasta los hombros, y aparecieron los blancos y torneados brazos de Regina. El Barón miró ansioso, y, de rodillas, cogiéndoselos con sus impuras manos, imprimió en ellos un beso, y otro, y cien más.

Regina intentó sustraerse á estas caricias. Pero él los tenía bien asidos, y los besaba cada vez con más sed de tan vivo placer. Habituada á las sencillas caricias de todos los días en Croix-Mort, creyó sin duda la Condesa que bastaría una mirada severa, una frase de reprensión, para obligar á Fernando, como otras veces, á mostrarse respetuoso y sumiso.

—Vamos, vamos—dijo, haciendo un poderoso esfuerzo—sea Ud. prudente.

El Barón levantó la cabeza, y era tan distinta la expresión de su fisonomía, su mirada de fuego tan siniestra, que tuvo miedo la po-

bre mujer. En un instante reconoció el inminente peligro en que se hallaba. La prudencia, de que hasta entonces no se había cuidado, le iluminó súbitamente. Sintió que rodaba por la pendiente de un abismo. Quiso acabar, y reuniendo todo el vigor de que era capaz en aquel momento, se levantó suelta, libre, dueña de sí misma, enérgica, enfrente del hombre que la espantaba. Él se puso en pie al mismo tiempo, y con el rostro encendido y los brazos abiertos, exclamó:

—¡Regina!

—No se me acerque Ud.,—gritó la Condesa.

Y volviéndose rápida hacia la puerta, intentó abrirla. No tuvo tiempo. Se sintió fuertemente asida por los robustos brazos del Barón. La oprimía sobre su pecho, y con voz temblorosa murmuraba á su oído las más apasionadas frases. Ya no era el sentimental é inofensivo galán que *madrigalizaba* tan pacíficamente horas enteras, contentándose por toda recompensa con un beso en las sonrosadas uñas de la Condesa. Era un hombre entregado á toda la violencia de un deseo, aguijado por largo tiempo de esperar el ansiado triunfo; un hombre loco, con la carne ardiendo, exigente, ávido, implacable, casi brutal. La Condesa sintió horror, lanzó un grito, arqueó su espalda

con desesperación para desasirse de los brazos de Fernando, haciendo los más dolorosos esfuerzos con el cuello, con los brazos, con todo su cuerpo. Pero él reía como un condenado, y, levantándola en brazos, se esforzaba en ahogar sus gritos, besándola con ansia delirante en la boca. Regina, no pudiendo resistir más, murmuró con voz de suprema angustia:

—¡Fernando!... ¡por Dios!... ¡compasión de mí!...

Fernando la envolvía en locas caricias. Regina se sintió desfallecer; creyó que la habitación daba vueltas con pasmosa rapidez, y exhalando un profundo suspiro, perdió el sentido.

Cuando volvió en sí, estaba tendida, apoyando la cabeza en el hombro de Fernando, que le hacía aspirar un perfume violento. Miró en derredor con asombro. No sabía dónde estaba: ni la habitación ni los muebles le eran conocidos. La actitud del Barón no le chocó. Hacía tiempo que había adquirido la costumbre de entregarse imprudentemente con él á cierto tierno abandono. Pero Fernando, muy bajito y con la voz más dulce, le dijo:

—¡Te amo, te amo!

Esta frase iluminó como un relámpago la obscuridad de su cerebro. Lo recordó todo, y, levantándose, exclamó con rabia:

—Déjeme Ud., déjeme Ud. ¡Es Ud. un miserable!

El también se levantó, y se acercó á ella con la mirada suplicante; la pobre mujer ocultó el rostro entre sus manos, y rompió á llorar. Conmoviose el Barón, aunque estaba muy acostumbrado á ver llorar á las mujeres. Sentía el dolor sincero, profundo, desesperado de la Condesa.

Quedó inmóvil, preguntándose qué haría. No encontró en su imaginación más que frases banales de enamorado. Estaba ya frío como el marmol. La posesión le había satisfecho completamente. Su único deseo era proceder como hombre bien educado, y terminar correctamente la galante aventura.

Y pensaba, viendo llorar á la Condesa:

—Pero, ¿por qué tanta desesperación? ¿No era cosa segura que esto habia de suceder?

No pensó un solo instante que la coqueta habia podido esperar que nunca pasaria del límite de las coqueterias, y no habia previsto que en un momento dado, en justa revancha, Celimena podia ser la víctima de Alcestes. Él que habia visto siempre que sus conquistas no se preocupaban de otra cosa que de sucumbir con gracia, se asombraba de aquel dolor tan agudo y de aquellas lágrimas que no se seca-

ban fundiéndose en una sonrisa. Hasta entonces le habian llamado muchas veces monstruo, pero *miserable*, jamás. En una situación, tan nueva para él, quiso encontrar también ideas nuevas. Para este caso imprevisto le faltaba experiencia; pero él era capaz de inventar lo que no sabia. Se mostró muy enternecido, aunque ya miraba á su víctima con indiferencia, y con el semblante triste y la voz emocionada, dijo humildemente:

—Condesa; suplico á Ud. que se tranquilice... Si supiera Ud. qué martirio es para mí ese dolor...

Regina movió la cabeza, sin descubrir el rostro, como diciendo:—“Todas esas frases no pueden impedir lo que ha sucedido, y no repararán lo que es irreparable.”

Pero el triste y angustioso acento de Fernando le llegó al corazón, y aumentaron sus sollozos.

—¿Qué quiere Ud. que haga?—preguntó el Barón.—No tiene Ud. más que mandarme para que yo obedezca. He sucumbido á la violencia del amor que Ud. me inspira, y la he ofendido cruelmente. Bien castigado estoy por el dolor que siento viendo á Ud. llorar sin consuelo... ¡Regina, por piedad; dígame Ud. una palabra; haga Ud. un movimiento, si no quiere hablar,

que me pueda hacer creer que ese generoso corazón me perdona!...

Regina continuó muda, inmóvil, como si no le hubiera oído. Muy contrariado, dió algunos pasos, y se detuvo delante de la ventana; la lluvia continuaba tan fuerte como antes, cubriendo enteramente el horizonte como una muralla, confundándose con las sombras de la noche. En el patio esperaba el coche que había mandado preparar. Volvió á acercarse á la señora de Croix-Mort, y, arrodillándose á sus pies, exclamó:

—Por piedad, señora, cese ya tanta desesperación. Ese llanto me desgarrá el corazón. ¿Qué cree Ud. que debe temer de mí? Mi respeto es tan grande como mi amor... Yo prometo á Ud. que con mi ternura, con mi respeto, con mi sumisión, le haré olvidar mi delito y perdonarme...

Y le decía todos los lugares comunes que sirven habitualmente de calmantes en esta clase de fiebres. Había encontrado el hilo conductor que de ordinario le llevaba derechamente al término de estas escenas. Su objetivo era que Regina volviera pronto á su casa, á fin de salvar las apariencias. Ya le estorbaba allí la Condesa, y se atrevió á decirse que si ella se olvidaba de lo que en aquel momento le importa-

ba más que todo, él, más celoso del honor de la mujer amada que ella misma, debía advertirle que el tiempo volaba, y era preciso volver á Croix-Mort.

Regina se levantó sin decir palabra. La vió pálida y con los ojos hinchados de llorar. Hizo un movimiento de ira y de orgullo, y le lanzó una mirada de rencor, expresión del que sentía en el fondo de su corazón. Con un gesto imperioso le mandó salir. Y cuando estuvo sola, arrancándose la hoga fatal que la había envuelto en efluvios pérfidos y corruptores, la pisoteó como hubiera querido hacer con el que la obligó á vestirla. Volvió á ponerse su amazona todavía húmeda, y abriendo la puerta, atravesó las habitaciones hasta llegar al vestíbulo.

Allí esperaba el señor de Ayères, sombrero en mano; la hizo subir en el coche; subió él vivamente y se colocó á su lado, y tomando las riendas, puso al trote largo el caballo. La Condesa no vió, durante su corta y penosa estancia en *La Vignerie*, ningún otro criado que el que les abrió la verja cuando llegaron á caballo: Fernando había cuidado de alejarlos. No había tenido que ruborizarse ante alguna mirada indiscreta. El trayecto se hizo en media hora; el camino estaba desierto. Al llegar á la puerta pequeña del parque, Regina tocó el brazo de

Fernando para que detuviese el carruaje. No quiso que se la viera volver en coche con él. Saltó ligera del *dog-cart*, y sin una palabra, sin una mirada, separándose de él como de un mortal enemigo, se alejó.

V

Esta actitud de la Condesa irritó mucho á Fernando. La Condesa tuvo este privilegio. El galán se encogió de hombros, y se hizo joviales reflexiones sobre el nada común rencor de Regina, que, jugando con fuego durante más de seis semanas, se ponía furiosa porque al fin se había quemado. Después el Barón pensó más friamente, y la manera de ser de la señora de Croix-Mort le inspiró una particular estimación.

Realmente era cosa inesperada y nada frecuente la ira de una mujer contra el hombre que la había poseído. Y precisamente cuando había sido suya era el momento que elegía para mostrarse enérgica y altiva, como si quisiera castigar la audacia con que se había apoderado de ella contra su voluntad. La Condesa mostraba una fiereza, que probaba evidentemente la pureza de su raza. Era realmente una gran señora,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MENENDEZ"
CALLE SERRAVALLO 1220
MONTEVIDEO, URUGUAY

Fernando para que detuviese el carruaje. No quiso que se la viera volver en coche con él. Saltó ligera del *dog-cart*, y sin una palabra, sin una mirada, separándose de él como de un mortal enemigo, se alejó.

V

Esta actitud de la Condesa irritó mucho á Fernando. La Condesa tuvo este privilegio. El galán se encogió de hombros, y se hizo joviales reflexiones sobre el nada común rencor de Regina, que, jugando con fuego durante más de seis semanas, se ponía furiosa porque al fin se había quemado. Después el Barón pensó más friamente, y la manera de ser de la señora de Croix-Mort le inspiró una particular estimación.

Realmente era cosa inesperada y nada frecuente la ira de una mujer contra el hombre que la había poseído. Y precisamente cuando había sido suya era el momento que elegía para mostrarse enérgica y altiva, como si quisiera castigar la audacia con que se había apoderado de ella contra su voluntad. La Condesa mostraba una fiereza, que probaba evidentemente la pureza de su raza. Era realmente una gran señora,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MENÉNDEZ"
CALLE JUAN DE LOS RIOS 1220
MONTEVIDEO, URUGUAY

y no dejaba de lisonjear el Barón la idea de ser el amante de aquella altiva y por esto más seductora dama.

Pasó parte de la noche tendido en una butaca, fumando y recordando la escena. Luego se acostó, soñó con ella, y por la mañana se despertó mucho más enamorado de la Condesa que en el momento de atreverse á todo.

Á las dos de la tarde ya no pudo resistir más el deseo de ir á Croix-Mort. Salió á pie por los senderos de travesía, y no pudo menos de sonreirse al encontrarse en la calzada, donde, extraviado en un bosque que conocía palmo á palmo, tuvo que consultar el aviso indicador, cuya inscripción apenas podía leer, porque el agua le cegaba y le azotaba la cara. Pasó el río, y siguiendo el camino que rodeaba el parque, llegó al castillo de Croix-Mort.

Todo estaba inerte y silencioso. La puerta del salón, por donde la Condesa al conocer sus pasos, venía otras veces á su encuentro, estaba cerrada. Tuvo que llamar para que saliera un criado, que, hablando bajo y con aire compungido, le anunció que la señora no recibía. Estaba en cama, sufriendo las incomodidades de una terrible neuralgia. Fernando dió su tarjeta, y se retiró.

Muy contrariado, regresó á *La Vignerie*. No

esperaba encontrar la puerta cerrada. Se creía dueño de la situación, y se hallaba con que la señora de Croix-Mort le despedía airada. Se puso de muy mal humor contra la Condesa, y pensó que esta era una mojigata; pero que, después de todo, por mucho que la pobre hiciera, no podía hacer que no sucediera lo que había sucedido. Y se animaba con esta afirmación, y veía á Regina enloquecida, la cabeza echada atrás, el seno palpitante, los ojos moribundos, pidiendo misericordia, y acabando por caer desvanecida en sus brazos. Y á pesar de todas sus fanfarronadas, el Barón soñaba con poseerla otra vez.

Volvió á Croix-Mort al día siguiente, y el otro, y cuatro días más, sin lograr ser recibido. La Condesa parecía resuelta á no verle más. No volvió, y se propuso aprovechar el tiempo que le dejaba libre la ruptura de sus relaciones con Regina. Como se aburría grandemente, resolvió consagrarse al trabajo de administración de su propiedad, y habiendo examinado un plano catastral de *La Vignerie*, estudió las famosas cortas de árboles que era necesario practicar. Pero no pudo pasar de la división de lotes, y cansado de entender en lo que no comprendía, creyó más conveniente consultar al señor Serviquet, su notario.

Éste fué á almorzar un día con el Barón. Era un hombre joven, que, habiendo comprado recientemente la notaría de su principal, se consagraba con gran entusiasmo á los negocios de su profesión. Oyó las explicaciones del señor de Ayères; le afirmó que sus maderas se venderían ventajosamente, porque los ferrocarriles en construcción en aquella comarca necesitaban muchos palos para traviesas y para postes de telégrafo, y le prometió enviarle un perito agrónomo, que prepararía perfectamente los trabajos necesarios. Después, animados por un excelente almuerzo, y habiendo bebido sin mucha moderación buen vino añejo, el Barón y el Notario estuvieron más expansivos, y empezaron á hablar de asuntos más íntimos.

El señor Serviquet contó que iba á casarse con la hija de un gran fabricante de baldosas de La Houssaye. Fernando habló de sus buenas relaciones de vecindad con las señoras de Croix-Mort. El Notario, que parecía conocer con exactitud todas las fortunas de la provincia, hizo un detallado inventario de los bienes de la Condesa, y dijo al Barón que en doce años, por un sistema económico severamente aplicado, Regina había reparado las faltas de su marido, pagado las deudas y levantado las hipotecas, y se hallaba personalmente en pose-

sión de sesenta mil libras de renta en fincas. Al saber esto, Fernando quedó un poco suspenso y pensativo. Ofreció un cigarro al señor Serviquet, que, viendo agotada la conversación, recordó que tenía una visita que hacer en una hacienda próxima, por causa de unas rentas atrasadas; pidió su cabriolé, y partió al trote de su caballo, bien repleto de avena.

Las sesenta mil libras de renta de la señora de Croix-Mort habían caído en la mente del Barón como una piedra en agua mansa, produciéndole súbita agitación. Sus ideas se ensanchaban como grandes círculos con sus remolinos, siendo la causa determinante el choque de aquel lingote de oro. La idea más precisa era la de no encontrar fácilmente en París una mujer tan bien acomodada con quien casarse.

Regina, bella, coqueta y al alcance de su mano, había sido clasificada por Fernando en la categoría de las mujeres que prefería para queridas. Regina, señora del gran mundo y dueña de una fortuna tan considerable, pasaba incontinenti á la categoría de querida á quien se puede hacer mujer propia.

Sin embargo, un punto obscuro había en esta situación; la edad de la Condesa. Para unas relaciones que podían durar lo que una de las cuatro estaciones, importaba poco algu-

nos años más ó menos. Pero para una unión de toda la vida, era muy diferente. Existía la hija, la espigada Edmea, que empujaba terriblemente á su madre hacia el duro trance en que una mujer se convierte en abuela. Cuando hay niños en la casa, el marido de la abuela, por joven que sea, no deja de ser una especie de abuelo. Y este accidente podría muy bien ocurrir dentro de tres ó cuatro años.

Era cosa de pensar en todo esto, y Fernando, en pie, delante del fuego, calentándose los pies, y arrojando á lo alto indiferentemente el humo de su cigarro, se miraba en el espejo, y no se consideraba todavía en estado de renunciar á representar papeles de galanes jóvenes, y resignarse á desempeñar el de padre noble. Por otra parte, hecha lo más ventajosamente posible la liquidación á que se consagraba su apoderado, le quedaría una veintena de miles de francos de renta para sostener su rango en el mundo. Era bastante, después de tan larga serie de locuras y desórdenes; pero no lo era para un hombre acostumbrado á gastar el dinero sin contarlo. Y, en medio de una sombra dulce y misteriosa, destacaba brillante la figura distinguida de Regina, sonriente, con sus apretadas carnes, sus cabellos rubios, su frente pura y sin arrugas. ¿Era el suyo el rostro de

una vieja, y tenía otra edad que la que aparentaba? Regina rica aparecía en un cuadro de brillante marco dorado, que le daba un encanto irresistible.

Fernando pasó todo el día discutiendo consigo mismo. Se paseó melancólicamente por su jardín, se aburrió, y se persuadió, por conclusión, de que no había nacido para la vida solitaria. Por la noche tuvo extraños sueños, en que veía á Edmea diáfana, etérea, vestida de blanco, y entrando en un convento, para dejar á su madre el derecho de ser siempre joven. Por la mañana resolvió pedir á la señora de Croix-Mort la mano de esposa, y discurrió de qué manera podría salvar los obstáculos con que la Condesa le impedía la entrada.

Ella le había cerrado la puerta, y era, pues, preciso no volver á llamar á una puerta cerrada. Conociendo el exterior y el interior de la plaza, no había más que hacer que colocarse en sitio conveniente, estar atento, y aprovechar la ocasión, que no podía tardar en presentarse, de aparecer ante la viuda de improviso, con un ardimiento irresistible. En vez de dirigirse á las entradas habituales, saltó una zanja, penetró en el parque, y, como un sátiro espiando á una ninfa, esperó.

Se equivocaba creyendo que la Condesa, en

su lenguaje de *boulevard*, hacía dengues y mo-
jigaterías. Regina estaba realmente enferma, y
no era sólo por enojo y por orgullo por lo que
no recibía á Fernando. Sufrió físicamente vio-
lentas neuralgias, consecuencia de la mojadura
durante su paseo á caballo con el Barón, y dos
días había estado en cama.

Allí había podido á sólas pensar en su situa-
ción, y con horror en el ultraje recibido. La
Condesa no era una mujer voluptuosa. No le
había quedado ninguna reminiscencia de placer
en los sentidos. Recordaba á Fernando con re-
pugnancia. Le había visto en una especie de
embriaguez, con los ojos extraviados, los labios
convulsos, verdadera bestia amorosa, no que-
dándole nada del hombre elegante, pulcro y
agradable que durante seis semanas había ame-
nizado sus horas con las encantadoras delicade-
zas del sentimiento. Estos coloquios dulcísimos
hubieran bastado á satisfacer á Regina en sus
aspiraciones ideales. Las palabras le bastaban,
y no sentía la necesidad de actos que le pare-
cían inútiles y repugnantes.

Amargamente recordaba aquellos deliciosos
coloquios con Fernando los días en que éste,
preparando sus baterías, soñaba, mientras se
prestaba al jugueteo inocente y platónico de la
Condesa, en el día próximo del asalto y la con-

quista. ¡Qué diferente le parecía Fernando en
aquellos deliciosos días! ¡Y por tan poco, todo
lo había perdido! Porque ella estaba decidida
á no volver á verle. ¡Un amante! ¡Ella tener
un amante! La indignación le ahogaba. Puesto
que con los hombres todo trato afectuoso había
necesariamente de terminar en semejante atro-
cidad, valía más encerrarse y no recibir jamás
á ninguno, sobre todo á Fernando.

Edmea, sabiendo que su madre estaba indis-
puesta, había ido silenciosamente á su habita-
ción, y con una especie de instinto perfecto,
habíase acercado á ella, olfateando el aire como
un perro que olfatea al lobo en la entrada del
monte. Parecíale que en la atmósfera percibía
algún aroma nocivo, revelador del mal.

Cuidó mucho de su madre, y la perturbó no
poco, en verdad, con la mirada escrutadora de
sus negros ojos, que inquirían tenazmente el
secreto. La Condesa temió alarmar á su hija si
se quedaba más de dos días en cama, y se le-
vantó. Bajó al salón, y se sentó cerca del fuego
á trabajar.

Sintió angustia al oír que en el vestíbulo
sonaba la voz de Fernando, que preguntaba
por su salud con insistencia. Pero se mantuvo
firme. Sin embargo, no pudo menos de sonro-
jarse y de bajar la vista ante la muda pregun-

ta que le hizo Edmea, asombrada de ver despedido al gran favorito de la casa.

¿Qué explicación podía dar de un hecho tan extraordinario? ¿Inventar una historia, que su hija aparentaría creer, al mismo tiempo que redoblaría secretamente sus activas pesquisas? Edmea no era fácil de engañar. Bastaba, para tener seguridad de que no se la engañaba, ver la malicia de su sonrisa y la caída de sus párpados sobre los ojos, como si echase un velo sobre su pensamiento. En realidad, la Condesa empezaba á temer á la niña de quince años, cuya inteligencia, extraordinariamente desarrollada por la reflexión y la soledad, se permitía quizá juzgar á su madre. No le había hecho ninguna pregunta; no había pronunciado una sola vez el nombre del Barón, lo que indicaba que operábase en su entendimiento un grave trabajo de reflexión.

La viuda de Croix-Mort quiso volver lo más pronto posible á su vida habitual; y cuando tuvo evidencia de que Fernando había comprendido la inutilidad de sus visitas, se decidió á decir una tarde, estando de sobremesa:

—Algún tiempo estaremos sin ver al Barón de Ayères: está en París.

Edmea contestó con un "¡Ah!", que sonó como el gatillo de una pistola al montarla. Si la

madre hubiera continuado hablando, quizá la hija hubiera soltado el tiro. Pero la Condesa no se atrevió á continuar, y la comida acabó en silencio. El día siguiente, Regina hizo su primera salida, paseando un poco por la terraza, y al fin se atrevió á pasear por el parque.

El aire libre le hizo bien. Vió con melancolía las calles de árboles que había recorrido tantos días apoyada en el brazo del hombre que entonces le era tan agradable. Detúvose en un elegante pabellón del jardín, rodeado de bancos y sillas rústicas, y miró desde allí la corriente del río, que las lluvias del otoño habían aumentado considerablemente. Recordó aquel hermoso día del paseo en la barca, cuando el Barón, gritando alegre, decidido, apuesto y bizarro, llegó al pie del puente que veía desde el pabellón arqueando su espalda de piedra sobre la corriente rápida.

¡Con qué ligereza saltó á la barca! Después remó sentado enfrente de ella, y ¡qué delicado perfume esparcía el Barón!... La Condesa se estremeció. Le pareció que le aspiraba en aquel momento. Levantose vivamente con un vago temor; y volviéndose para salir del pabellón, vió á Fernando en pie, que la miraba sonriendo. No pudo contener una exclamación de sorpresa, é hizo un movimiento para alejarse. Él

avanzó hacia ella, y con suplicante humildad, le dijo:

—¡Oh! No se vaya Ud... ¡Un instante no más! Hace ocho días que no me permite Ud. verla, y soy muy desgraciado.

Y como ella moviera tristemente la cabeza, el Barón añadió:

—Ló merezco, lo sé, y no vengo hoy aquí más que á expresar mi sentimiento, y á suplicar á Ud... Pero es preciso que sepa Ud. que de todo corazón deploro y maldigo la locura que se apoderó de mí... Yo sólo me acuso, y quizá no era yo el único culpable. Inconscientemente y en toda la pureza de su alma, Ud. ha sido mi cómplice.

Se acercó más á ella, y hablándole casi al oído con una pasión que la hizo estremecer, murmuró:

—¡Es Ud. tan hermosa!

La Condesa se sintió en peligro de volver á caer bajo el encanto de aquella voz halagadora. Se oprimió su corazón, y saltaron las lágrimas en sus ojos. Quiso alejarse; pero él la cogió las manos, y deteniéndola con una dulce violencia, continuó:

—¡No, no! Si ahora me deja Ud. aquí, siento que no voy á volver á verla; me ha sido preciso preparar esta sorpresa para obtener estos

momentos en que va Ud. á oír mi súplica. No, yo no puedo vivir así; sufro demasiado, y necesito que Ud. me perdone. Y si supiera Ud. lo que es la soledad para mí después del tiempo dichoso que hemos pasado juntos... Nunca he comprendido tan perfectamente como ahora toda la dulzura de esta existencia de dos seres que se aman, tan llena de puros y delicados goces... ahora que Ud. ha querido que acabe esta felicidad.

Regina suspiró, y el Barón comprendió que participaba de los mismos sentimientos que él expresaba. Se insinuó más; recordó los temas de amor tocados por él en las conversaciones íntimas á que había aludido, y supo bordarlos y embellecerlos con variaciones nuevas. Esta música que tanto agradaba á la Condesa, este concierto sentimental, lo ejecutó á maravilla como artista consumado. Y, verdaderamente, él mismo creyó lo que decía.

Pálida por el sufrimiento, con los hermosos ojos hundidos por el llanto, los labios agitados como si difícilmente pudiera retener las palabras que le parecía peligroso pronunciar, Regina le pareció arrebatadora, y la deseó apasionadamente.

Olvidó la fortuna, y no vió más que la mujer. Siendo sincero, fué elocuente, y explicó las

tristezas de su destierro lejos del paraíso de amor con tan apasionados acentos, que la Condesa pensó que sin aquel demonio que la había perdido, no había, ciertamente, paraíso en el mundo.

Pero después de haberle desterrado del paraíso, ¿cómo volver á dejarle penetrar en él? ¿Qué fe podría tener en sus promesas? ¿Cómo creer que sabría cumplirlas?

—Ha destruido Ud. en mí la confianza—dijo la Condesa tristemente.—Recibir á Ud. otra vez, sería una imprudencia que no debo cometer. Además, ¿qué placer podríamos hallar ya en nuestros coloquios?... Le emponzoñaría el recuerdo de los agravios con que Ud. me ha ofendido. ¿Cree Ud. que lo olvidaré jamás? El lazo honrado que existía entre nosotros ha sido roto brutalmente por Ud., y es imposible volver á unirlo...

El Barón hizo un ademán de protesta.

—¿Por quién me toma Ud.?—dijo.—¿Supone usted que yo le he inferido la injuria de creer un solo momento que consentiría Ud. en dejarme entrar otra vez en su casa sin la certidumbre de que lo intentaría todo para volver á obtener la confianza de Ud.?... ¿Puedo ahora soñar ni desear otra cosa?... Amo á Ud. profundamente, y quiero á Ud. toda entera. No hay

reticencia en mis palabras; digo á Ud. sinceramente todo lo que pienso. La vida sin Ud. no la quiero, y es mi vida la que vengo á ofrecer á Ud. para que la comparta conmigo. No he pensado en reanudar los antiguos lazos; sueño con uno nuevo, absoluto, que nos unirá á los dos para siempre...

Regina estaba suspensa ante proposición tan inesperada.

El Barón, continuó, cada vez más insinuante:

—Consienta Ud. en aceptar mi nombre, en ser mi mujer; haga Ud. de mí el más dichoso de los hombres; deme Ud. el derecho de amarla sin vergüenza para Ud. y sin remordimiento para mí. Esta intimidad, que era tan dulce para los dos, hágala Ud. definitiva, y póngala Ud. á cubierto de toda malicia. Era una locura creer que, aunque inocente, no se comentaría de una manera desfavorable para nosotros. Sé que pido á Ud. mucho, implorando la abdicación de su libertad, la transformación completa de su existencia; pero yo me esforzaré en hacer llevadero el sacrificio con mi ternura, con mi respeto, con mi amor infinito. Sea Ud. buena y contésteme. No hay necesidad de reflexionar para conceder la felicidad.

El Barón tuvo un momento de verdadera

emoción, producida por la tierna sensibilidad de sus palabras. Parecía que no podía continuar hablando; á sus ojos asomaron lágrimas, y tuvo que interrumpir su arenga, dejándose caer en un banco, y expresando con besos en la mano de Regina lo que le faltaba que decir.

—No es Ud. razonable, mi pobre amigo—le dijo la Condesa afectuosamente.—¡Yo mujer de Ud.! Pero ¿Ud. no me ha mirado?... Ya soy vieja. Dentro de cuatro años tendré cuarenta, y usted será mucho más joven que yo. Si fuera yo bastante loca para aceptar esa proposición, acabaría Ud. por aborrecerme, y los dos seríamos desgraciados. Además, Fernando, yo no me pertenezco; tengo deberes que cumplir, una hija á quien debo consagrarme en absoluto... En fin; todo lo que ha dicho Ud. es muy bello, muy seductor, pero irrealizable; y no hay que pensar en ello.

No se consideró vencido el Barón, y comenzó á refutar todos los argumentos de la Condesa: tenía cinco años más que ella, y, por consiguiente, bajo este punto de vista, el matrimonio no tendría nada de chocante; la Condesa era joven y hermosa de cara y de corazón, y él la adoraba, con lo que había motivo bastante para que se casara con ella, sin que á nadie le pudiera parecer caso extraordinario. El mayor

pesar que podía sentir era el de verse rechazado por la Condesa; lo demás le importaba poco. Su hija, dentro de dos ó tres años podría casarse, y entonces la dejaría sola para seguir al marido, y ¡qué existencia sería, en ese caso, la de la pobre Condesa en aquella finca desierta!

Él sí que sabía procurar á su amada una vida agradable, hermosa, brillante. Ya tenía trazado su plan. Pasarían el invierno en París hasta el mes de Junio, y luego el estío en Croix-Mort ó en La Vignerie. El mundo, el gran mundo que la Condesa había abandonado, volvería á abrirse espléndido para ella. Recordaba todas sus relaciones; nombraba sus parientes y mostraba en un cuadro deslumbrador el porvenir lleno de alegrías, de fiestas y de placeres. Y ya Regina, pensativa, empezaba á ceder. Allí, sentada en el pabellón, al arrullo suave del río que se deslizaba bajo el arco del puente sonoro, oía las palabras del Barón con el mismo deleite que otras veces. No tenía ya, en su arrobo, ni la noción del tiempo. Iba á anochechar ya, y creía que no hacía una hora que estaba al lado de Fernando. Se levantó para volver á casa. Fernando la cogió en sus brazos, sin que ella se defendiera con demasiada energía, y con ardiente pasión la besó tierna y lar-

gamente. Regina retrocedió pálida, pero sin ira. Fernando, seguro ya de su conquista, y no creyendo que debía aparentar dudas, le dijo:

—¿Cuándo volveré á ver á Ud.?...

—Es preciso—le contestó—que yo lo piense mucho. El asunto es demasiado grave. No tengo cerca de mí una persona de quien aconsejarme... Concédame Ud. un poco de tiempo... el menos tiempo que sea posible, añadió, viendo que Fernando se entristecía. Pero no venga Ud. hasta que yo le escriba. Y, sobre todo, no dude Ud. de mi amistad, de mi afecto...

Al oír estas palabras ricas en promesas, quiso el bello Fernando volver á acercarse á ella; pero la Condesa le hizo con la mano un saludo en señal de despedida, que se parecía prodigiosamente á un beso, y ligera se internó en la calle de árboles que conducía al castillo.

El Barón estuvo un momento pensativo, y luego, sacando del bolsillo un cigarro, le encendió, y arrojando hacia el cielo con orgullosa satisfacción las bocanadas de humo, se alejó.

VI

La proposición de Fernando era para Regina completamente imprevista y singularmente grave. Le amaba; esto no lo podía negar. Pero temía mucho que se alterase su tranquilidad. Como se propuso durante los doce años de vida retirada y solitaria, había adquirido hábitos de reposo que le sería muy penoso abandonar. Era independiente, y tendría en lo sucesivo un dueño de su voluntad. La vida cómoda y ociosa que tanto amaba, ¿no la alteraría completamente un hombre activo y emprendedor, y amigo de la sociedad? Gracias á una prudente y económica administración, había logrado reconstituir su fortuna. ¿Se expondría á que un derrochador la arruinara?

Fernando había sido muy franco y sincero con ella, diciéndole que era un gran sacrificio el que le pedía. Pero en esto se veía qué bien conocía á las mujeres en general, y á Regina en particular, cuando no temía apelar á su ab-

gamente. Regina retrocedió pálida, pero sin ira. Fernando, seguro ya de su conquista, y no creyendo que debía aparentar dudas, le dijo:

—¿Cuándo volveré á ver á Ud.?...

—Es preciso—le contestó—que yo lo piense mucho. El asunto es demasiado grave. No tengo cerca de mí una persona de quien aconsejarme... Concédame Ud. un poco de tiempo... el menos tiempo que sea posible, añadió, viendo que Fernando se entristecía. Pero no venga Ud. hasta que yo le escriba. Y, sobre todo, no dude Ud. de mi amistad, de mi afecto...

Al oír estas palabras ricas en promesas, quiso el bello Fernando volver á acercarse á ella; pero la Condesa le hizo con la mano un saludo en señal de despedida, que se parecía prodigiosamente á un beso, y ligera se internó en la calle de árboles que conducía al castillo.

El Barón estuvo un momento pensativo, y luego, sacando del bolsillo un cigarro, le encendió, y arrojando hacia el cielo con orgullosa satisfacción las bocanadas de humo, se alejó.

VI

La proposición de Fernando era para Regina completamente imprevista y singularmente grave. Le amaba; esto no lo podía negar. Pero temía mucho que se alterase su tranquilidad. Como se propuso durante los doce años de vida retirada y solitaria, había adquirido hábitos de reposo que le sería muy penoso abandonar. Era independiente, y tendría en lo sucesivo un dueño de su voluntad. La vida cómoda y ociosa que tanto amaba, ¿no la alteraría completamente un hombre activo y emprendedor, y amigo de la sociedad? Gracias á una prudente y económica administración, había logrado reconstituir su fortuna. ¿Se expondría á que un derrochador la arruinara?

Fernando había sido muy franco y sincero con ella, diciéndole que era un gran sacrificio el que le pedía. Pero en esto se veía qué bien conocía á las mujeres en general, y á Regina en particular, cuando no temía apelar á su ab-

negación. ¿Era acaso el temor de parecer egoísta el sentimiento que movía á la señora de Croix-Mort á aceptar su proposición? Además, en la palabra *matrimonio* había para Regina un encanto, á cuya influencia no podía sustraerse. Había sido tan poco esposa la primera vez, y el difunto Croix-Mort, tan escéptico, tan seco y frío, no era, ciertamente, el hombre que ella había soñado. Había tenido que reprimir todas sus efusiones, y su marido había desdénado indiferente todas sus ternuras. Le había dado su nombre, una hija, y nada más. Después de estar restablecida del parto, no le había vuelto á ver más que en el comedor ó en el salón. Y no oía hablar de él más que para saber que era el amante de la bella señora X..., ó que había perdido cien mil francos al *bacarrat*; ¡Qué diferente Fernando! ¡Tan distinguido, tan asiduo, tan enamorado! El señor de Croix-Mort era moreno como su hija; Fernando, blanco y rubio. El negro pasado hacía muy tentador este porvenir dorado. Y, en fin: ¿no era una imprudencia de su parte rechazar la reparación que lealmente venía á ofrecerle Fernando?

Agitáronse durante cuarenta y ocho horas todos estos pensamientos en su cerebro, y cuantos argumentos se le ocurrían contra el

proyecto de matrimonio no lograban más que avivar el deseo de realizarlo. Se decidió á hablar del asunto al Cura bendito, que comía con ella aquel día. Tenía curiosidad de ver qué impresión le haría la noticia. Después que le instaló en el sillón de costumbre, al lado de la chimenea del gabinete, con una copita de *chartreuse* sobre el velador, al alcance de la mano del digno clérigo, empezó su confidencia. Comenzó por un elogio de las cualidades del señor de Ayères, luego recordó al Cura lo que él mismo le había dicho dos meses antes acerca de una unión posible, y viéndole sonreír con inocente malicia, terminó diciéndole que el proyecto estaba en vías de realizarse.

—Señora Condesa—dijo el Cura, creyendo que se trataba de Edmea,—me parece una excelente alianza, un proyecto muy acertado... Y es para mí una satisfacción haber contribuido á hacer á Ud. pensar en una alianza que ha de estrechar los vínculos entre las dos familias más importantes de la comarca. Los futuros esposos parecen realmente nacidos uno para el otro...

—Hay—repuso Regina—una ligera desproporción de edad, y confieso á Ud. que esto es para mí un motivo de inquietud...

—No importa, no importa—dijo el Cura.—

Un poco de madurez da siempre mayor autoridad, y siempre es conveniente en un matrimonio... Es preciso conocer la vida, para defenderse de sus peligros y evitarlos... Y el futuro esposo...

—Sí, sí; ya sé que hasta ahora no ha sido tan juicioso como hubiera debido serlo; pero creo que esa misma circunstancia es una garantía de tranquilidad, y que es preciso que un marido haya corrido aventuras antes de casarse para que no quiera correrlas después... Podrá usted decirme que mi difunto esposo, cuya juventud había sido borrascosísima, continuó corriendo las mismas borrascas después de casado... pero entiendo que con Fernando no ha de sucederme lo mismo.

El Cura, á quien ya habia parecido el lenguaje de la viuda un poco ambiguo, abrió enormemente los ojos, y se preguntó si estaría soñando. La Condesa parecía hablar de sí misma. Parecióle necesario aclarar la situación; y creyendo proceder con prudencia, se dejó caer con esta pregunta de doble sentido:

—Y su querida hija de Ud., ¿ve este proyecto de matrimonio con entera satisfacción?

—No le he hablado todavía. Como Ud. comprende, es para mí sumamente delicado abordar este asunto... El carácter de mi hija es muy

original, y temo que no ha de ver con gusto una modificación tan completa en nuestra existencia... Por eso he contado con Ud., migo mío, para que la vaya preparando á conocer este suceso...

Ya no habia duda. El clérigo contestó bastante turbado:

—Señora: ya sabe Ud. que siempre estoy dispuesto á servirla.

Por muy decidido que estuviera el Cura á respetar la voluntad de su amiga y feligrés, no pudo prescindir de discutir un poco el asunto. El Cura quería hacer un loable esfuerzo. "Me expongo—se dijo—á cerrarme para siempre las puertas de esta casa tan hospitalaria; y adiós mis comodidades, á que estoy tan acostumbrado; pero el deber es antes que todo." Y repitió á la Condesa, pero acentuándolos y extremándolos, todos los inconvenientes que ella misma habia expuesto. Sin embargo, la encontró muy resuelta. Parecía, ¡caso extraño! que la oposición la animaba y enardecía. Entregada á sí misma, sentía vacilaciones y dudas, sospechaba y temía; pero si se le hacían objeciones, entonces se decidía, y respondía de todo con soberbia confianza.

El Cura no insistió. Había dicho lo suficiente para tranquilizar su conciencia y poner á cu-

bierto su responsabilidad de director espiritual de la Condesa. Por lo demás, nada de lo que podía decir contra el señor de Ayères lo ignoraba la Condesa. El Barón se había comido alegremente lo mejor de su hacienda, y no era un católico muy fervoroso. Pero, ¿quién sabía?... Su mujer acaso le aficionaría á la economía y le podría inspirar ideas religiosas. Después de todo, y pensando bien en el asunto, el excelente clérigo prefería que aquel calavera se casase con una mujer experimentada que con la tierna é inocente Edmea. Esta flor de los bosques necesitaba un dulce y suave cultivo en una atmósfera pura y sana. Y aquel parisiense no era el jardinero que más le convenia. El Cura aceptó la misión que la Condesa le confiaba de poner la novedad en conocimiento de la niña, y encargó que la mañana siguiente la enviasen á su iglesia. Y después, despidiéndose de la señora de Croix-Mort, tomó, precedido de un criado con un farol, el camino del pueblo.

La mañana siguiente, Regina se hallaba en el gabinete, fantaseando, tendida en su diván, cuando volvió de la iglesia su hija; oyó sus pasos firmes y fuertes en el vestíbulo, y creyó que, como de costumbre, iba á subir á su cuarto sin entrar á verla. Pero la puerta se abrió, y apareció Edmea. Al verla, Regina se incorporó

vivamente, y madre é hija se miraron un momento. Una llamarada iluminó el semblante pálido de la joven.

Inclinó su frente pensadora, y esperó, como si hubiera sido un juez á quien su madre debía dar explicaciones. El silencio era tan penoso ya para Regina, que no pudo sufrirlo mucho tiempo, y yendo derecha al asunto, preguntó:

—¿Has visto al señor Cura? ¿Te ha hablado?

Dijo estas palabras brevemente, con aire resuelto, no queriendo capitular con su hija, cuya fiereza independiente y salvaje conocía.

—Sí:— contestó Edmea.

Y en sus ojos brillaron dos lágrimas de fuego.

La madre la vió llorar; y, enternecida, se levantó, la cogió, la abrazó con efusión, diciéndola tiernamente:

—¡Hijita mía, mi querida niña!... Dime, por Dios, que no te doy un pesar... ¿Por qué lloras? ¡Bah! Pues si yo te amaré lo mismo, más todavía, porque te habré de estar agradecida... Seremos dos para amarte... ¡Si supieras!... ¡Es tan bueno!... Segura estoy de que tú le amarás también...

Edmea, oyendo estas palabras, se desasíó violentamente de los brazos cariñosos de su madre, y con el rostro encendido en ira, exclamó:

—¡Amarle yo!... ¡Jamás!

—¡Edmea! ¡Niña!

—¡Jamás!— repitió con firmeza. —¡Jamás amaré yo á ese extraño que viene á trastornarlo todo en la casa de mi padre, á cambiarlo todo... hasta el nombre que Ud. lleva.

La Condesa, sorprendida, miró á su hija, que, lívida, con los ojos negros respirando odio, la boca convulsa, temblaba estremecida. En fin, serenose un poco, y con tono severo, repuso Regina:

—Esperaba hallar en tí otros sentimientos. No creía que serías tan violentamente hostil á un proyecto cuya realización debe procurarme la felicidad en los últimos años de mi vida... ¡Quizá hubiera yo concedido mucho á tus súplicas, á tu amor, á tu sumisión; pero á tu cólera y á tus violencias, nada, hija, nada!

Edmea, en pie en el mismo sitio, escuchó en silencio lo que le decía su madre. En sus labios se dibujó una amarga sonrisa cuando su madre habló de sus esperanzas de felicidad; cuando le oyó confirmar la resolución adoptada, su semblante no expresó ningún sentimiento; parecía de marmol.

Movió la cabeza, como si dijera: "¡Está bien!," y sin decir palabra, salió. Salió á la terraza, corrió al parque, bajó hasta la orilla.

del río, y allí, sentándose sobre el césped, estalló en dolorosos sollozos.

Hacia tiempo que estaba allí gimiendo desconsolada, cuando el estallido de una rama rota detrás de donde se hallaba, le hizo volver la cabeza.

El guarda Juan Billet la miraba triste y grave. Le hizo con la cabeza, en medio de su llanto, un amistoso y triste saludo.

—¿Y qué es eso?— dijo el guarda. —¿Lágrimas tenemos?... ¿Qué le han hecho á mi niña, á mi señorita?

Edmea se enjugó los ojos.

—Tengo mucha pena, querido Billet,— dijo al guarda.

Éste dejó su escopeta junto al tronco de un árbol, llegose á la niña, y fijando en ella sus ojillos grises que brillaban astutos bajo sus enmarañadas cejas, dijo:

—Á ver, á ver, qué pena es esa.

—Es muy sencillo. Tú sabes que mamá no se ha cuidado nunca de mí.

El guarda encogió los hombros.

—Porque no quiere á su hija,— dijo brutalmente.

—No es eso lo que quiero decir— interrumpió vivamente.—Pero ella tiene sus ideas, y yo... creo que no tengo bastante talento para com-

prenderlas... Conoce y sabe muchas cosas que yo ignoro... Y no encuentra placer en hablar conmigo. Á ella, cuando era niña, la pusieron en París en un convento, donde tenía muchos profesores... Yo no he tenido otro que el señor Cura, y creo que el buen hombre, aunque se ha tomado conmigo mucho trabajo, no me ha enseñado todo lo que yo debiera saber... Mamá dice siempre que soy una ignorante, una salvaje...

—Pues no es malo eso.

—Ella se avergüenza un poco de mí... y me desdeña—continuó Edmea, sin poder contener las lágrimas.—¡Ah, Billet! ¡cómo la hubiera adorado yo si ella hubiese querido!... Una sola palabra cariñosa de cuando en cuando hubiera bastado... ¡Tenía yo tantos deseos de que me quisiera!... Y he estado reducida á amar solamente el retrato de mi pobre papá, que no me hablaba tampoco, pero que, dentro de su marco negro, me miraba y me sonreía dulcemente...

—¡El papá sí que era un hombre completo, y, sobre todo, un gran cazador!...

—Pues mira; mamá le ha olvidado, y se va á casar con otro.

Edmea se ahogaba, conteniendo los sollozos, y sin poder continuar hablando, ocultó la

cara con sus manos. Billet se había puesto blanco lo mismo que el papel.

—¿Está ya resuelto?—preguntó.—Desde el primer día me dió el corazón que el mozo ese nos había de dar que hacer y que sentir... Pero temía yo que no se dirigiese á la señora, sino á otra... Más vale así.. ¿Conque está resuelto? Sí; ¡si hace mucho tiempo que caracolean los dos por los bosques!... Yo los he visto, pero ellos á mi no...

Sintió Edmea el calor de la vergüenza en el rostro, y poniendo su mano en la boca del guarda, le dijo:

—¡Cállate! Es mi madre.

El guarda bajó la cabeza, y encogiendo los hombros, murmuró palabras confusas, y luego preguntó á Edmea.

—Y mi señorita, ¿qué es lo que va á hacer?

—Nada; pero soy muy desgraciada.

Y volvió á llorar: el guarda le hizo reflexiones como suyas, y con tiernas y pintorescas frases se esforzó en consolarla. Bien sabía ella que allí estaba él, su devoto criado, que la había visto nacer, y había sido su primer guía en sus paseos y sus carreras por el monte. Él no la abandonaría jamás; no tenía que hacer más que ir á buscarle cuando quisiera, y juntos correrían otra vez aquellos campos en el silencio y

la tranquilidad de la naturaleza, que es donde únicamente se pueden olvidar los enojos y las penas. Y si alguien pretendiere hacer daño á la señorita, ésta podía contar con él... y, "¡vive Dios!", exclamó airado.

Edmea respondió tristemente:

—No, Billet, no tienes que hacer nada. Súfrelolo todo como yo. Él será el amo aquí; ya ves... y podrá despedirte... Y entonces yo me quedaré sola.

El guarda estuvo suspenso un momento, y luego dijo:

—Pero no podría obligarme á que me fuera de este país... Y aunque él quisiera, yo no me iría... porque yo amo esta tierra... Aquí he nacido, y he gastado aquí muchas suelas en los zapatos andando por esta tierra... Y aquí me han de enterrar, y no en otra parte.

Y allí se estuvieron silenciosos, engolfados en sus reflexiones, y la noche se aproximaba; el sol, abrasando el horizonte, esparcía á través de los arbustos, ya despojados de sus hojas, resplandores de incendio. Billet levantó lentamente la cabeza, contempló el cielo, y dijo á la niña:

—Mire la señorita, mire qué sol poniente tan rojo... Parece que el bosque está empapado en sangre.

Edmea se estremeció oyendo estas palabras, como si hubiera oído un siniestro pronóstico. Fijó en el suelo sus ojos, cegados por los últimos rayos del sol, y, con terror, creyó que veía sobre la tierra manchas sangrientas. Levantose súbitamente. Le parecía que iba á llevar en sus ropas ó en sus manos alguna de aquellas manchas imaginarias. De pronto, el globo de púrpura bajó por detrás de la línea de árboles; en el cielo no se vió el rojo color del incendio, y todo quedó obscuro y sombrío como el porvenir.

—Buenas noches, Billet:—dijo Edmea,—Me he entretenido mucho aquí, y tengo que marcharme. No pienses más en lo que te he dicho; no me hagas caso.

—¡Bah! Eso se verá.

—Me ha faltado el ánimo de otras veces. No me sucederá más... Y tú has de ser prudente, y sumiso y bueno...

—¡Bueno, bueno!—repitió el guarda, en tono de amenaza.

—Adiós.

Atravesó el parque, llegó delante de su casa, vió iluminadas las ventanas del salón y la silueta de un hombre que proyectaba su sombra sobre los visillos. Suspiró tristemente: pero, resuelta, subió y entró. Allí estaba el intrépido.

do Fernando. Se adelantó graciosamente á recibir á la hija de la Condesa, y le tendió la mano. Ésta afectó no haber visto este movimiento, y le saludó con frialdad; y luego, dirigiéndose á su madre, que la miraba con angustia, le dijo:

—Perdón, madre mía...; me he entretenido en el parque... Tenía dolor de cabeza, y el aire puro me ha hecho bien... Y aún no ha sonado la campana llamando á comer...

—Hemos tenido que poner otro cubierto;— dijo la Condesa.—El Barón nos hace el favor de comer con nosotros y acompañarnos en la velada.

Edmea no hizo un gesto de asentimiento, ni dijo una palabra más. Se sentó, cogió su labor, y pareció no preocuparse de la presencia del hombre á quien aborrecía. Al dirigirse al comedor, la Condesa, que se apoyaba en el brazo de Fernando, díjole al oído con acento suplicante:

—Por Dios, Fernando, sea Ud. indulgente con mi hija.

—¡Oh!—contestó él;—yo la encuentro muy razonable. No ha de exigirse todo en un día. Hoy no me ha parecido tan enojada como otras veces... Yo haré todo lo que sea preciso.

Regina le miró con tierna gratitud, y le hi-

zo sentar á su lado. La comida acabó sin otro incidente. El Barón habló mucho, con discreción y desembarazo. Edmea no dejó oír el metal de su voz. Después de los postres, se levantó, saludó á su madre y al Barón, y se fué.

Esta actitud no dejó de turbar un poco á Fernando. Al retirarse á su casa, con el cigarro en la boca, mecido por el suave movimiento del coche, recordaba la fisonomía de la joven, y pensaba que aquella áspera trigueña no le ponía buena cara. Pero, ¡bah! Si no cedía en su enojo, se la ponía en un colegio, y asunto concluido. Él se encargaría de convencer á la Condesa de que su hija era un estorbo y convenía tenerla á distancia.

Al día siguiente volvió, tan asiduo, solícito y acicalado como siempre. Miró con atención á la *trigueña*, como él decía, y, con cierto enojo, advirtió que ya era casi tan alta como su madre. Tenía ya casi diez y seis años, y era fuerte y robusta, como toda muchacha criada en el campo, con los hombros anchos, el talle delgado, gruesos puños, las manos quemadas del sol, la frente correcta, un poco saliente, coronada de una cabellera obscura y rebelde, y unos ojos negros con largas pestañas... Por lo demás, el mismo aire de enojo, el mismo mutismo, interrumpido solamente por las exigencias de la cortesía, y el

mismo deseo de marcharse en cuanto le veía...

—Á lo menos—decía Fernando,—no disimula sus sentimientos, y ya sé á qué atenerme respecto de ella.

Sin embargo, había en aquella tenacidad fría y reflexiva una energía y una firmeza tan impropias de una jovencita, que Fernando, á pesar de su despreocupación, sentía una vaga inquietud. Veía constantemente los ojos de Edmea fijos en él con una intensidad mortificante. La miraba él fijo, y ella apartaba un momento la vista, pero luego volvía á espiar todos sus movimientos y todas sus miradas.

Quiso, como había prometido á la Condesa, vencer la antipatia declarada de Edmea, y se mostró muy obsequioso y amable con ella: le trajo de París, cuando fué á buscar los documentos de familia indispensables, un hermoso neceser, lleno de objetos de oro para labor. La joven le dió gracias, puso el neceser sobre una mesa, y el día siguiente notó Fernando que ni siquiera le había abierto.

No podía, en realidad, quejarse. En la actitud de la joven no había nada violento, no había una resistencia franca; lo que había era una corrección perfecta y la frialdad del marmol. Fernando se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos, y no se ocupó más en agradarla. La

Condesa, por su parte, procuraba en vano domar aquel terrible carácter, y había empleado ya todos los medios. La ternura había hecho llorar á Edmea, pero no la había podido arrancar concesión alguna. Contestaba á su madre con una lógica implacable.

—Cuanto más cariñosa esté Ud. conmigo, tanto mayor es mi pena, viendo que una parte de ese cariño, la más grande, se la da Ud. á un extraño...

La viuda, empeñada un día contra su voluntad en discutir esta cuestión del afecto exclusivo que su hija parecía querer imponerle, exclamó irritada:

—En fin, en la vida de una mujer no existe sólo el amor maternal; existe también el amor conyugal.

Edmea miró friamente á su madre, y replicó:

—Sí, una sola vez.

La Condesa palideció, y no supo qué contestar. Es decir, que á quien su hija rechazaba era al sucesor que la Condesa daba á su padre muerto. Lo que reprobaba era el abandono de la fidelidad de su madre al esposo que no existía. Y así lo declaraba firmemente.

La lucha tomaba por este modo un carácter de tal suerte violento, que la Condesa llegó á ex-

cederse en la cólera, y á poner á Edmea fuera de sí, en el caso de hacerle olvidar el respeto que debía á su madre, y darle respuestas que la Condesa no podría dejar de tener presentes toda la vida.

—En suma—le dijo una noche la Condesa:—¿por qué he de sacrificarle yo mi libertad, si tú no quieres sacrificarle tus preocupaciones?... ¿Es, por ventura, que yo soy la que debo ser la más generosa?

—Quizá debiera Ud. ser la más prudente.

—¿Qué quieres decir?

Edmea estuvo un momento indecisa; sus mejillas se colorearon, sus ojos se hundieron más sombríos que nunca bajo sus cejas, y á través de su vestido se hubiera podido ver con qué violencia latía su corazón. Y con una audacia que hasta entonces no había usado, contestó:

—Quiero decir, mamá, que es preciso que esté Ud. ciega para no conocer que ese á quien usted quiere sacrificarlo todo, es un hipócrita y un embustero. Cuando habla con Ud., no pone Ud. atención más que en el sentido de sus palabras; pero no advierte Ud. si suenan á verdad ó á mentira. Yo, que le oigo, y no le oigo para aplaudir lo que dice y entusiasmarle con sus frases yo oigo bien, muy bien, que

miente; yo, que le observo, y no le observo para admirarle, comprendo bien que la engaña á Ud.

—¿Y para qué? ¿Qué interés puede tener?...

—¿Qué interés?... Pues es muy sencillo: el suyo.

Y añadió con un acento irónico, que estremeció á su madre como si la amenazara un látigo:

Y esa es una cuestión que es preciso reservar para el Notario.

—En ese punto sé lo que tengo que hacer;—repuso la Condesa con invencible emoción.—Y en cuanto á tí, renuncio á procurar que tengas mejores ideas. Tu manera de ser va á hacer imposible que estemos juntos todos, y será preciso que nos separemos.

La viuda había reservado este último argumento. Esperaba que esta amenaza haría ceder á su hija, imponiéndole más prudencia. La joven no pestañeó siquiera; sus labios temblaron imperceptiblemente, y bajó la vista.

—Lo había previsto—contestó con firmeza.—Si he comprendido bien lo que se ha hablado delante de mí; tiene Ud. intención de ir á pasar en París el invierno. Yo deseo quedarme en Croix-Mort. Rosalía y su marido me servirán, y viviré tan tranquila como lo puedo es-

tar, guardando la casa de Ud. Nuestro buen Cura me hará compañía, y, además, yo no me aburro jamás cuando estoy sola.

—Sea como quieras—dijo la Condesa.—No te castigaré privándote de la libertad, llevándote á un colegio de París, como podría y quizá debiera hacerlo. Tienes un carácter tan duro, que exigiría la compañía de personas extrañas para que se hiciera flexible y blando. Pero yo te concedo que es sincero el pesar que aparentas, y sólo culpo á tu carácter de las inconveniencias que me dices. Quédate aquí, pues así lo quieres; puede ser que la soledad y la reflexión te aprovechen. En todo caso, y te hablo también en nombre de mi prometido, puedes estar segura de que bastará que pronuncies una palabra para que donde nos hallemos te recibamos como si nada hubiera pasado entre nosotras.

Edmea inclinó la cabeza, como dando gracias, y se retiró silenciosa.

Desde aquella noche no hubo ya más discusiones ni más combates. La materia estaba agotada. La señora de Croix-Mort, después de asegurar la situación de su hija, moral y materialmente, se consideró libre ya de toda obligación.

Acercábase el día del casamiento. Debía ve-

rificarse en la iglesia de Clairefont, en presencia solamente de los testigos. Por la tarde, los esposos debían salir para París. Regina lo había querido así, y Fernando estaba conforme con todos sus deseos. La víspera, la Condesa, que vagamente temía algún supremo esfuerzo de su hija, entró en la habitación de ésta, para prepararla al último golpe.

—Mañana—le dijo—no tendremos tiempo de hablar... y he querido conferenciar contigo otra vez solas las dos. Me has hecho mucho daño, hija mía; no cifro mi orgullo en no llorar, y te aseguro que me has hecho verter muchas lágrimas... Á lo menos, que nuestras luchas sean un secreto que no salga nunca de nosotras... No demos lugar á malévolos comentarios... Mañana nos verán todos... y espero que no me darás un nuevo motivo de pena y de aflicción.

—Nada tema Ud., madre;—respondió Edmea.—He hecho todo cuanto he podido para disuadirla del proyecto que va á realizar mañana... Si tanto ha sufrido Ud., le suplico humildemente que me perdone... No me ha guiado ningún sentimiento ruin y mezquino... De todo corazón deseo que no tenga Ud. motivo de arrepentirse. Y nadie pedirá á Dios tan sinceramente como yo que aparte de Ud. todas las desgracias.

Abrazó á su madre, la acompañó hasta la puerta con la más completa sangre fría, y luego, cuando estuvo sóla, cayó de rodillas junto á su cama con un grito de desesperación, y allí estuvo largo tiempo llorando y gimiendo. La Condesa, muy impresionada por el lenguaje de su hija, pasó la noche sumamente agitada. Tuvo un terrible sueño, en que se veía martirizada por el bello Fernando, y no teniendo más refugio ni otro consuelo que Edmea.

Se despertó muy fatigada, y por primera vez no halló en el fondo de su corazón la misma imperturbable confianza.

No tuvo, sin embargo, tiempo de ceder á esta penosa impresión. La mañana pasó con la rapidez de un sueño. Pronunció el solemne *sé* ante el alcalde de Clairefont, que era uno de sus colonos, el abuelo Courtois; firmó el registro, se dejó abrazar con una graciosa familiaridad por el viejo representante de la ley, atravesó por entre un grupo de cincuenta ó sesenta personas paradas á la puerta de la alcaldía, y entró en la iglesia, donde se echaban á vuelo las campanas, de las cuales una había sido regalo de su primer marido á la iglesia, y ella había sido la madrina en el acto de la bendición, antes de subirla á la torre.

La iglesia, á la entrada, estaba oscura; pe-

ro el altar aparecía profusamente iluminado y decorado con macetas y flores. Una alfombra cubría los escalones para subir al altar, en el mismo sitio donde, cuatro meses antes, había oído sonar los pasos firmes y aristocráticos del galán Fernando. Aquel día, su hija estaba á su lado, y ella había tenido que reconvenirla suavemente porque miraba con curiosidad al vecino, en vez de leer devotamente su libro de misa. ¡Cuánto camino había recorrido desde aquel día! El Barón de Ayères era el que estaba á su lado, elegante y altivo, delante de su reclinatorio forrado de terciopelo, y su hija, en sitio aparte, arrodillada, pidiendo á Dios, como le había prometido, la ventura de su madre que se iba á separar de ella. Regina sufrió una terrible angustia, oprimiéndosele el corazón en tan crítico momento. La campanilla del acólito sonó al elevar el sacerdote la Hostia consagrada; se inclinó hacia la tierra maquinalmente, y se oyó un sollozo. Levantó los ojos, y á pocos pasos, junto al banco señorial, que hacia doscientos años estaba reservado en el templo á la familia de Croix-Mort, vió á Edmea de rodillas. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo del banco de roble tallado, y este parecía vacío. Ninguno de los servidores de la casa se había atrevido á llegar allí. Juan Billet, con su blu-

sa nueva, con su bandolera de guarda y su placa de metal brillante como un espejo, en pie derecho y rígido su macizo cuerpo de atleta, parecía proteger á la niña.

En aquel momento, Regina se preguntó si había hecho todo lo que debía hacer; si había amado todo lo que debía haber amado á su hija, cuyo único defecto era parecerse á su padre; si había asegurado su tranquilidad y procurado su felicidad. Sintió profunda turbación en su alma, y oprimió su corazón la más grande de las amarguras. Súbitamente se sintió acometida de una fatiga, de un cansancio penoso, y recordó que ya no era joven. La ilusión, que la había hecho soñar placeres desconocidos en brazos de un nuevo esposo, se desvaneció como una ligera neblina, y, como en sueños, vió distintamente el gran salón de la casa Croix-Mort. Allí estaba sentada cómodamente, más vieja, con sus cabellos blancos; se entretenía, sonriente y feliz, en insignificantes labores, mientras dos niños, sus nietos, jugaban sobre la alfombra. Veía por la puerta abierta una amorosa pareja que paseaba por la terraza. Eran Edmea y su marido, contentos, tranquilos, gozando de la existencia sin temores ni pesares, y dando á su madre en la vejez el dulcísimo consuelo del espectáculo de su felicidad.

Este cuadro era tan bello, tan tranquilo, tan encantador, reunía tan completamente las felicidades de la vida, que no podía apartar de él los ojos. Y una vez al mismo tiempo murmuraba en su conciencia: "Mira, mira la verdadera y segura felicidad. Esta felicidad, en tu mano estaba haberla obtenido. No tenías que hacer para lograrla más que no empeñarte en perseguir quimeras y en volar por el vacío de las ilusiones, y haber permanecido tranquilamente en la tierra. Tenías una hija, que te hubiera dado completa esa ventura. Te hubiera puesto sus hijos sobre tus rodillas, como flores vivas, y tu corazón, curado de todo lo ideal, se habría saturado de exquisitas ternuras. Pero has querido otro amor. Anda, pues; anda por el camino que has preferido, y no te quejes si le encuentras penoso, rudo y escarpado para tus delicados pies."

Esparciose por el aire el incienso, y las últimas palabras del sacerdote sonaron fatídicas en los oídos de Regina. La visión deliciosa desapareció, y ante sus ojos no encontró más que al hermoso Fernando, que le sonreía, al mismo tiempo que acariciaba su bien peinada barba de oro.

Después, la visita á la iglesia para dar gracias al Cura; saludo á los aldeanos, que la espe-

raban en la plaza de la iglesia con ramos de flores; *lunch* servido en la terraza del castillo para los colonos, y últimos preparativos de prisa y corriendo para el viaje. Todo se desvaneció en la febril agitación de la partida. No quedó impreso en la imaginación de Regina más que el *adiós*, grave y la mirada triste de su hija, abrazándola tiernamente en el estribo del carruaje, y la exclamación de enojo de Fernando, que, faltando á su galantería habitual, exclamaba.

—¡Bah! ¡bah! Acaben Uds. de una vez, que se nos va á marchar el tren.

Cerrose la portezuela, partieron los caballos, Edmea desapareció, el castillo se perdió de vista, desfilaron los árboles de las avenidas como otros tantos rápidos fantasmas, y apareció el camino polvoriento, este camino que dejaba atrás la prudencia y conducía á la fantasía y á lo desconocido.

VII

Los primeros días de su vida solitaria parecieron muy penosos á Edmea. Vagó errante por las habitaciones en la casa desierta, como un alma en pena. Empezó á recordar con fruición las angustias de las últimas semanas, porque aquellas mismas dolorosas angustias eran animación y vida. Pero este silencio, esta soledad, eran imagen del sepulcro. Se encerró durante algunos días en su cuarto, y vivió en medio de los objetos que le eran familiares, haciendo que se le llevara allí la comida, y figurándose, por un esfuerzo de imaginación, que había gente cerca de ella, y que no tendría que hacer más que bajar al salón para encontrar allí á su madre, leyendo, como de costumbre, alguna novela, tendida en un diván.

—Señorita —le decía la anciana Rosalía —hace Ud. mal en no salir; verá Ud. si se nos pone mala. Hace un hermoso día, un poco frío, pero seco. Ya podía Ud. ir siquiera hasta el estan-

raban en la plaza de la iglesia con ramos de flores; *lunch* servido en la terraza del castillo para los colonos, y últimos preparativos de prisa y corriendo para el viaje. Todo se desvaneció en la febril agitación de la partida. No quedó impreso en la imaginación de Regina más que el *adiós*, grave y la mirada triste de su hija, abrazándola tiernamente en el estribo del carruaje, y la exclamación de enojo de Fernando, que, faltando á su galantería habitual, exclamaba.

—¡Bah! ¡bah! Acaben Uds. de una vez, que se nos va á marchar el tren.

Cerrose la portezuela, partieron los caballos, Edmea desapareció, el castillo se perdió de vista, desfilaron los árboles de las avenidas como otros tantos rápidos fantasmas, y apareció el camino polvoriento, este camino que dejaba atrás la prudencia y conducía á la fantasía y á lo desconocido.

VII

Los primeros días de su vida solitaria parecieron muy penosos á Edmea. Vagó errante por las habitaciones en la casa desierta, como un alma en pena. Empezó á recordar con fruición las angustias de las últimas semanas, porque aquellas mismas dolorosas angustias eran animación y vida. Pero este silencio, esta soledad, eran imagen del sepulcro. Se encerró durante algunos días en su cuarto, y vivió en medio de los objetos que le eran familiares, haciendo que se le llevara allí la comida, y figurándose, por un esfuerzo de imaginación, que había gente cerca de ella, y que no tendría que hacer más que bajar al salón para encontrar allí á su madre, leyendo, como de costumbre, alguna novela, tendida en un diván.

—Señorita —le decía la anciana Rosalía —hace Ud. mal en no salir; verá Ud. si se nos pone mala. Hace un hermoso día, un poco frío, pero seco. Ya podía Ud. ir siquiera hasta el estan-

que, y llevar á los cisnes alguna cosita de comer. Están, como Ud., esos pobres animalitos aburridos de no ver á nadie.

Billet venía todos los días, y se paraba bajo la ventana, no atreviéndose á subir para no estropear las alfombras con sus zapatos claveteados, y allí, con la vista fija en la ventana y la nariz respingada, parecía que le estaba dando serenata.

Edmea por fin se avergonzó de su debilidad, y volvió á sus costumbres de siempre. Se instaló en un ángulo de la soberbia residencia, y mandó cerrar todas las demás habitaciones. Se puso á trabajar con asiduidad, dibujando y pintando una buena parte del día. Después de comer salía á pie, y otras veces en coche. En la cochera encontró una pequeña *charrette* de madera barnizada, que podía circular por todos los caminos, pues tenía unas ruedas construidas expresamente para ese objeto. Billet le eligió un caballo un poco viejo, pero gallardo, pacífico y de buen genio. Y se acostumbró á hacer excursiones por la comarca, sólo en su cochecillo, llegando á las casas de los desgraciados, distribuyendo socorros entre los menesterosos, llevando ropas para los niños, siendo en todas partes recibida con un concierto de bendiciones.

Su madre le escribió al principio todas las

semanas cartas muy expresivas, en las que palpataba el espíritu de la nueva Baronesa, saturado del esplendor de las fiestas, de la sonoridad de las músicas, y que ofrecían á los ojos de la hija abandonada, como en un cosmorama, los bailes, la ópera, el bosque, toda una vida lujosa, desenfrenada, devoradora, que dejaba en el ánimo de la joven una impresión de profunda tristeza. Aquella mujer, lanzada por completo en el torbellino que se complacía en describir, ¿era su madre ó una joven mundana dando sus primeros pasos, aspirando la vida con embriaguez, y ávida de todos sus placeres verdaderos ó falsos, vulgares ó refinados? Ignorante de lo que en París se llama el mundo, no teniendo la más ligera idea de la manera formidable que tienen de vivir los que le componen, Edmea se asombraba y maravillaba prodigiosamente. Le parecía que todas aquellas personas debían estar sufriendo una crisis de locura. Esta sucesión furiosa de placeres sin reposo, sin reflexión, casi sin sueño; esta carrera desenfrenada en pos de todo lo que puede divertir y distraer, á que se entregan seres que viven en una especie de sonambulismo frenético, le espantaba y la sumía en la más profunda de las meditaciones.

Las cartas de su madre le fatigaban; se sen-

tía cansada, postrada, después de leer la narración de los bailes, como si ella también hubiera estado bailando todas las noches de la semana. Veía dar vueltas y más vueltas los vestidos azules, encarnados y blancos, y oía los alegres compases de la músicaailable.... Esta fiebre malsana le mareaba de lejos. ¿Qué sería todo esto visto de cerca?

Concibió una profunda aversión á la vida parisiense. La veía vana, ligera, algodónada como la *toilette* de sus bailarinas, toda ilusión, tocado deslumbrador de noche y miserable andrajo el día siguiente. ¿Qué era lo que de aquella vida quedaba? La fatiga, como de los trajes los harapos.

La señora de Ayères se complacía en hacer el elogio de su marido; estaba orgullosa de él; comparábale con todos los demás hombres que conocía, y aquel buen mozo, de talle esbelto y anchos hombros, triunfaba fácilmente entre todos. Había algo de secretos celos en la manera de decir Regina que Fernando era muy solicitado en todas partes por su distinción y su gracia. Parecía que temía que lo fuese demasiado, sobre todo por las mujeres. El caso era que no se daba fiesta en que no se contase con él. Y siempre era él quien dirigía el cotillón, porque Fernando era de los maridos que no se priva-

ban de bailar. Vivían en un precioso cuarto principal del *boulevard* Malesherbes, y tenían gente á comer una vez por semana. Se proyectaba representar una comedia y dar un baile de trajes en Carnaval.

“ Ven, niña mía, escribía Regina; no puedes dudar cuánto placer nos darías viéndote aquí. La triste soledad de Croix-Mort no es para una señorita de tu edad; lo mismo hubiera sido hacerse monja. Tú debes ver el mundo y aprender á conocerlo. Al principio puede te parezca espantoso, porque tú eres una inocente. Pero tiene tales y tan variados encantos, que pronto le tomarás afición, y no podrás vivir sino en medio de sus placeres. Es preciso pensar en que un día te has de casar. No te casarás probablemente con un obscuro personaje de nuestra provincia, y conviene que te vayas habituando á no vivir en un desierto con gente rústica. Empieza desde luego tu educación, y entra resueltamente en esta gran caldera. No creas que es un infierno y que en él nos abrasamos. En verdad, si se siente mucho calor, es por lo mucho que en él se divierte la gente.”

Después de leer estas cartas, en que se revelaba la frivolidad de su madre, Edmea quedaba profundamente afligida. Y sentía honda amargura, comprendiendo que aquella pobre

mujer, enloquecida de placer, quería hacerla partícipe de su miserable existencia. Y cobraba más afecto á su "triste soledad," de Croix-Mort y á la "gente rústica," con que se trataba de ordinario. No podía menos de considerar ridícula á su madre, con sus aires evaporados de jovenzuela. Pensando en aquella loca de cuarenta años, recordaba involuntariamente una lámina que había visto de niña en un libro, y que representaba una inglesa vieja adornada de una enorme corona de flores, calzada con zapatitos bajos, sosteniendo con la mano izquierda la cola de su traje de baile, y dando la derecha á su pareja, en una posición de bailarina desenvuelta. Veía á su madre con los rasgos de la fisonomía de la grotesca inglesa, y pasaba ante sus ojos, haciendo contorsiones, la caricatura con el semblante de la señora de Ayères. En cuanto á Fernando, no le consideraba ridículo, pero sí peligroso. Un secreto instinto le advertía que aquel hombre era un gran peligro. Pero, ¿qué peligro? No lo podía determinar; pero lo temía. Las notas cariñosas de su voz, que tanto habían contribuido á seducir á la sentimental Regina, habían, desde el primer momento, sonado de una manera muy desagradable en el oído de Edmea. Y su bella barba de oro la veía roja como la de Judas.

¡Ir á París, á vivir en aquel mundo bullicioso, agitado, loco, que la pintaba su madre; casarse con un calavera cortado por el mismo patrón que el hermoso Fernando, cuya única ocupación sería vestirse, componerse y decir tonterías todo el día, mientras llegaba el momento de dirigir por la noche el cotillón!... Mejor quería ver la nieve sobre los oscuros árboles del parque, vivir en el silencio misterioso del campo la vida tranquila y laboriosa, que había sabido hacer agradable y entretenida...; y en cuanto á hablar, mejor era hablar con su guarda y amigo Billet.

Contestaba lacónicamente á las cartas de su madre, afectando tratar exclusivamente de cosas prácticas, dando detalles sobre el estado de las fincas, y hablando de laboreo, siembra y otras faenas agrícolas, en vez de contestar á lo que se le decía de *toilette*, música y baile. Libre en sus acciones desde que estaba sola en Croix-Mort, salía y entraba á cualquier hora, sin temor de una reprensión. La vida de los campos era para ella indispensable. Cada día encontraba en ellos nuevos encantos, de que no tenía ni idea.

Por la tarde, cuando el sol descendía en el horizonte y la noche comenzaba casi instantáneamente, quedábase algunas veces inmovil,

mirando á lo lejos las nubes que pasaban con asombrosa rapidez del rojo vivo al rosa pálido; los matices amarillos se confundían con los verdes, y el azul del cielo se descomponía en tintes violeta, como si el calor del astro hubiera fundido el aire helado. Una vaga sombra descendía sobre la tierra, desvaneciendo los contornos, y sobre el fondo claro todavía del cielo que iba obscureciéndose, destacábanse negros los bosques como una ancha muralla delante de la inmensidad del espacio. Las casas esparcidas aquí y allí encendían sus luces, y en el camino oíase el rechinar de las ruedas de un carro que volvía de la labranza, acompañado por el ruido de los cascabeles de las caballerías. Aspirábase una paz profunda, sentíase una calma incomparable, y mientras las estrellas empezaban á aparecer allá arriba, Edmea pensaba con melancolía que su madre, á aquella misma hora, estaría vistiéndose para ir á una de las *soirées* que devoraban sus noches sin descanso.

Lentamente recorría el camino, saludándola amistosamente con un sencillo "buenas noches", voces serenas y afectuosas que salían de la obscuridad; volvía al castillo, comía, y, fatigada, pero con un cansancio natural y sano, se dormía profundamente.

El cura Levasseur, que siempre conservaba sus costumbres, iba á comer con ella todos los domingos. Ya no la trataba como una niña. La niña era una mujer, y había dado singulares pruebas de su buen juicio. De común acuerdo, el Cura y la joven hablaban muy concisamente de la señora de Ayères. Ninguna alusión al matrimonio. Era un asunto de conversación muy peligroso, y había sido prohibido; se le había puesto en el índice, como decía el clérigo. Éste, invariablemente, después de saludar á Edmea, le preguntaba:

—¿Y su señora madre?... ¿Hay buenas noticias de su salud?...

Edmea respondía siempre:

—Mi madre sigue buena, señor Cura. Muchas gracias.

Después de esta pregunta de cortesía, el buen hombre podía gozar en paz los inocentes placeres de la velada. Cuando se despedía, antes de ir á reunirse con el criado que, farol en mano, le escoltaba como de costumbre, decía á Edmea, haciéndole una reverencia, como si estuviera delante del altar:

—No olvide Ud., señorita, enviar mis recuerdos respetuosos y afectuosos á su señora madre, cuando la escriba.

Edmea sonreía, le entregaba el ancho y lar-

go sombrero de fieltro negro, y replicaba:
—No dejaré de hacerlo, señor Cura. Póngase Ud. el sombrero, que el frío es muy penetrante esta noche.

Y el excelente padre íbase tranquilo.

Él y Edmea tuvieron un gran pesar. El viejo pintor, el padre del anciano Cura, murió. Tenía ochenta y siete años. Se extinguió sin el menor sufrimiento. El Cura sintió un dolor de madre que pierde el niño que está criando, viendo inanimado á su querido enfermo, á quien cuidaba como si fuera un niño. Los tiernos cuidados que le había prodigado le habían unido más estrechamente al octogenario, avivando su amor filial, que se confundía con el amor paternal. Fuera de los deberes de su ministerio, el Cura no tenía otra preocupación que conservar la vida de su padre.

Esta muerte en edad tan avanzada era, en suma, un verdadero consuelo; pero el hijo estaba inconsolable. Halló en el corazón de la señorita de Croix-Mort afectos tan sinceros como los suyos, y juntos lloraron al viejo artista. Edmea hizo cortar en los jardines las más bellas flores, y llenó de ellas la habitación mortuoria. Siguió la primera el ataúd, conducido por cuatro individuos de la junta de fábrica de la iglesia, y asistió hasta el fin al po-

bre Cura, obligado á cumplir los últimos deberes con el difunto como hijo y como párroco. Después de terminado todo, Edmea acompañó á la sacristía al Cura, le prodigó los consuelos más delicados, y luego se le llevó al castillo, mientras los dependientes de la iglesia ponían todo en orden en la casa del Cura.

Los días siguientes, viéndole ocioso, no sabiendo en qué emplear su tiempo, y cada vez más afligido, le invitó á acompañarla á paseo, y poco á poco le acostumbró á su manera de vivir, ejerciendo sobre él tal influencia, que el clérigo repetía muchas veces:

—Esta señorita es una persona muy superior, muy superior.

Y era cierto. Para que esta niña adquiriese tan extraordinario valor moral, habíale bastado su propio instinto. Era el suyo un talento claro, penetrante, resuelto, acaso demasiado reflexivo, y no bastante desprendido de las fantasías de la juventud. Su verdadero carácter, exento de las genialidades de la infancia, estaba ya formado. Edmea tenía de su padre y de su madre; de ésta las ideas de rectitud y orden, y cierta inclinación á lo ideal; de aquél, el ardor y la violencia de los sentimientos.

Era á la vez fogosa y fría. Capaz de odiar

con suma violencia y de dirigir su odio con terrible calma.

Por el momento no odiaba á nadie. Había recobrado su calma, dulcificándose la irritación que le había producido la intrusión del apuesto Fernando en la existencia de su madre y en la suya. La ausencia había favorecido al intruso. Había ganado mucho, desvaneciéndose su presencia en las medias tintas del recuerdo. Alguna vez se acordaba de él con disgusto la joven, y pensaba:—“Volverá por aquí el día menos pensado.” Pero no quería preocuparse antes de tiempo, y procuraba olvidarle. En cuanto á su madre, la compadecía sinceramente. Esperaba con pena que la vería desgraciada, y estaba resuelta á darle, en ese caso, pruebas de su verdadero cariño.

Era muy particular: á medida que pasaba el tiempo y razonaba Edmea con más juicio, se enfriaba en ella la exaltada devoción de que dió evidentes muestras desde su primera comunión. No había abandonado las prácticas religiosas, pero practicaba más por principio de su educación que por deseo espontáneo. Había confiado al Cura el estado de su alma, dando ocasión esta circunstancia á grandes controversias entre los dos. No podía admitir toda la parte misteriosa y milagrosa de la religión.

Pensaba que entre los hechos materiales sobre que se funda la doctrina cristiana, y las consecuencias morales que la enseñanza religiosa pretende deducir, existía una notable carencia de proporciones. El buen clérigo le decía afectuosamente:

—Mi amada señorita, no discuta Ud.; crea.

Y ella contestaba:

—Pero no puedo creer lo que no comprendo. Y no hay medio de comprender sin discutir.

El anciano entonces le daba un suave golpecito con los dedos en la mejilla, y con un acento de carísimisima reconvención, le decía:

—Pero, hija, si es Ud. en el fondo una hereje... ¡Y pensar que he sido yo el que la he enseñado!... Esto desconsuela... Se ha apoderado de Ud. el espíritu de la rebeldía y del orgullo... Procure Ud. lanzarlo de sí... Sea Ud. humilde... No levante Ud. los ojos para ver más arriba del cielo... No quiera Ud. conocer lo que el Señor no ha querido descubrir... Somos tan pequeños y tan miserables, comparados con el infinito, que es una soberbia abominable pretender penetrar su secreto. Ignoramos casi todo en las cosas de nuestro mundo perecedero, y queremos que nos sea revelada la gran fuerza del Eterno. Con nuestros ojos apenas distinguimos en los

aires algunos astros, y existen millones que no vemos... y, sin embargo, no negamos su existencia. ¿Por qué hemos de dudar de lo que nuestra limitada inteligencia no alcanza á comprender?...

Conversaban así frecuentemente los dos por la noche, paseando despacio por las avenidas del parque ó por las lindes del camino. Sobre sus cabezas, el cielo, como para confirmar las palabras del creyente clérigo, estaba tachonado de estrellas. El orden admirable del universo se manifestaba en toda su majestuosa serenidad. Y Edmea callaba para no afligir á su anciano amigo, no queriendo decirle que las prácticas humanas eran tan mezquinas en su pretendida solemnidad, los razonamientos humanos tan débiles, que la desviaban de la religión enseñada, y la llevaban á una especie de religión natural, mal avenida con las puerilidades del culto, pero llena de admiración hacia la creación y de adoración para el Creador.

El Cura le llevaba libros que, decía, la debían convencer. Ella los leía á conciencia, y no podía menos de sorprenderla la insignificante minuciosidad de la argumentación, el poco vuelo de las tendencias, por el prurito de empequeñecer el debate, fundando toda la religión en la observancia de las reglas, en la aceptación

de los ritos, en vez de ensancharla y engrandecerla, y mostrarla profunda como el infinito é inmensa como la eternidad. Era una religión hecha á la altura de los hombres y no á la de Dios, una religión que podía vestirse como una casulla para servirse de ella.

—¿Sabe Ud.—decía alguna vez el Cura—que con esas ideas se va Ud. acercando terriblemente á los protestantes?

—No me agradan—contestaba Edmea.—Su seco formalismo y su austero pedantismo, me son antipáticos.

Y se echaba á reir, y añadía:

—No se canse Ud. en clasificarme, padre mío, y no me haga Ud. caso. No soy, en resumidas cuentas, más que una joven mal educada y que no sabe lo que quiere.

En su conciencia había, sin embargo, dudas y confusiones. Demasiado pronto había empezado á razonar sobre asuntos graves. Le había faltado la dulce y tranquila seguridad de los niños dichosos, que no se ven obligados á pensar prematuramente, á concentrar y conservar dentro de sí mismos pesadumbres demasiado fuertes para su debilidad. En su cerebro se había elaborado un trabajo íntimo que la había fatigado á lo menos, ya que no trastornado enteramente, y no tenía esa frescura deliciosa de

la juventud, exenta de cuidados y de penas.

Las cartas que su madre le escribía eran ya menos frecuentes y menos entusiastas, y contenían reticencias que denotaban cansancio y acaso sentimientos de pena... Se adivinaba el esfuerzo de una mujer que no era completamente dichosa, y quería hacerse todavía ilusiones. La embriaguez de los primeros meses parecía haber concluido; había sido un hermoso día sin mañana siguiente. Siempre los mismos ditirambos sobre la vida alegre, pero no se sentía la vibración sincera, y se adivinaba lo que todavía se quería ocultar. Ya se mencionaba poco al señor de Ayères, de cuyos triunfos se hacía un secreto, como si estos triunfos no lisonjeasen ya á su mujer. La fatiga se revelaba en aquellas cartas, que contenían recuerdos de los pacíficos parques de Croix-Mort, "que debían estar muy hermosos en la primavera", y que ya, por lo visto, no era todo aquello, á juicio de Regina, "el triste desierto, donde se veía rodeada de gente rústica."

En efecto: volvía la primavera con su tibio y suave sol y sus delicados perfumes. Los espinos blancos florecían, y la madre selva embalsamaba el ambiente. Delante de la ventana de Edmea tomaba redonda y esbelta forma un arbusto de rosas, que, lleno de tiernos y vivos

capullos, parecía un enorme ramo de novia puesto sobre el césped por un gigante enamorado. La naturaleza sacudía su letargo y palpitaba, activando los gérmenes y desarrollando la savia. El viento era acariciador; la lluvia, dulce y templada, y la tierra tibia, vibrante, esparcía un fuerte olor muy agradable...

En su cochecillo, arrastrado por el viejo *poney*, la señorita de Croix-Mort, sumida en una especie de delicioso letargo, volvía á recorrer los bosques. Y cuando iba más descuidada por un camino pedregoso, lleno de baches por efecto del paso frecuente de las pesadas carretas de los carboneros, veía á Juan Billet salir de entre los arbustos, con su escopeta á la espalda, como uno de los genios familiares de la espesura. Se acercaba, loco de contento, porque iba á tener algunas horas á la señorita en los que consideraba sus dominios. Con mano vigorosa empujaba el carruaje, excitando al caballo con un grito agudo, que daba singular energía al animal. Y no había remedio: era preciso que Edmea se apease, para ir, en el sitio reservado que Billet les había preparado, á ver á los faisanes polluelos que sus madres estaban eriendo. Avanzaban los dos de puntillas, y Billet decía bajito á la señorita:

—Mire Ud., mire Ud... ahí está una... Mire

usted... la gran pícara se está entre las hierbas... pero, ojo alerta... No crea Ud. que le gusta que venga a sorprenderla... Pero acérquese usted, que no se moverá... porque en viéndome á mí... á mí todas me conocen... Dejo al perro en casa, para que no me las espante; porque... como al cabo es un animal, no tiene, digo yo, el conocimiento que tenemos nosotros, y no sabe si hace bien ó hace mal... y luego que, como acostumbrado á la caza... en viendo él gente de pluma y de pico... ya está encima el condenado.

El guarda se acercaba á la madre, cuyo plumaje se erizaba de horror; silbaba suavemente para calmarla, y el animalito quedaba inmóvil como por una especie de influencia magnética, y Billet le decía, como si le entendiera:

—Vamos, vamos; no te asustes... y no te muevas... que aquí estoy yo para que nadie venga á estorbarte...

Ibanse luego, bañados por el sol... ese sol que entumece y hace sentir en los brazos y las piernas cierta pesadez. Billet, al paso, cogía flores del campo de perfume delicado, y sin hacer caso de las espinas, que no se clavaban en sus endurecidas manos, formaba un bonito ramo. La tierra húmeda ensordecía el ruido de

las ruedas del coche; avanzaban así en silencio, ella en el carruaje ya, y él á pie, al estribo, como un caballero sin caballo, y en un recodo, Billet, extendiendo silenciosamente el brazo, señalaba á Edmea un ciervo, parado, firme y arrogante, sobre sus delgados remos, mirando asombrado, inquieto, aspirando el aire puro con su negro hocico, y moviendo las orejas receloso, al ver aquellas extrañas figuras que invadían su terreno. El animal daba un salto, internábase en el monte, y se alejaba, dando resoplidos, bramando casi con cólera. Durante estos paseos, escoltada por el bravo Billet, sin tener que hablar si no quería, volvía á encontrar la hija de Regina el libre abandono, la independencia de sus primeros años; olvidaba sus preocupaciones, sus cuidados y volvía á su casa deliciosamente impregnada en la tranquilidad y la frescura de los bosques.

Había sucedido el estío á la primavera. La señora de Ayères, cuyas cartas cada vez eran menos frecuentes y más lacónicas, estaba en Trouville, con todo su séquito mundano, cambiando de traje cuatro veces cada día; yendo al casino, haciendo excursiones á caballo, en *yacht*, en *mail-coach*, y arrastrando por la arena de la playa, como antes la había arrastrado

por el polvo de París, la pesada cadena de la vida elegante. Á principios de Agosto, Regina escribió pidiendo informes acerca del estado de la caza, y dando á su hija instrucciones, que debía comunicar al guarda.

La joven se estremió. Aquel era un síntoma evidente de un próximo regreso á Croix-Mort. Dentro de pocas semanas se abriría la caza, y ya sabía ella que el señor de Ayères era cazador. Había en Croix-Mort y en *La Vignerie* siete ú ochocientas hectáreas de terreno asombrosamente provisto de caza, gracias á la feroz vigilancia de Billet. La Baronesa escribió: "Manda, hija mía, que se abra todo en el castillo; entérate de si todas las habitaciones están bien dispuestas y provistas de todo, y si falta mobiliario, para llevar lo preciso de *La Vignerie*. Probablemente tendremos huéspedes en Croix-Mort."

¡Gente extraña en Croix-Mort! Esta noticia produjo profunda impresión en Edmea. Aquella gente que aborrecía, que le había robado á su madre, iba ahora á buscarla en su mismo retiro. Ella no había querido entrar en el mundo, y el mundo llegaba ahora, con todos sus chismes y cuentos, con sus galas de oropel, sus cascabeles, bullicioso, refinado, inquieto, perturbador, desordenado, á instalarse en su tran-

quila casa, con el hermoso Fernando comandando la tropa de locos y locas. Primero tuvo miedo. ¿Sabría resistir al contagio del placer que tan pronto y tan completamente se había apoderado de su madre? ¿Cómo podía evitarse esa gangrena elegante que todo lo invade? Tenía que vivir en la enervante atmósfera en que la iban á envolver todas aquellas personas del gran mundo. No sintió el orgullo de creer que su buen juicio la ponía á cubierto de todo riesgo. No se juzgó tan fuerte. Por otra parte, una singular palpitación conmovía su corazón al considerar qué movimiento alegre, animado, violento, invadiría las vastas habitaciones de la residencia silenciosa, como si la sangre de su padre se agitase en sus venas.

Dió las órdenes que su madre disponía, y cuidó de que todo se hiciera como aquella prevenida. Quiso que el aspecto fuese agradable. Los jardinillos se llenaron de flores artísticamente agrupadas. Se renovó la arena de la terraza, y todas las hierbas que crecían á la sombra de la balaustrada desaparecieron. Los antiguos muebles del salón aparecieron sin sus fundas, y las lunas de Venecia reflejaron nuevamente las puras y claras aguas del estanque. Antes de que llegaran los parisienses, ya parecía que había fiesta en el castillo, que ofrecía en todos sus

detalles un aspecto muy diferente del que hasta entonces había tenido.

La turbación que sentía, y que en vano procuraba dominar, preocupaba mucho á la joven. Preguntábase si iba á vivir ahora en aquel estado de agitación y de inquietud. Y esta agitación debía ser profunda, porque no la podía disimular. El Cura, á pesar de que el pobre no tenía mucha perspicacia, le dijo sencillamente:

—La encuentro á Ud. muy variada. En esa cara adivino una inquietud que hasta ahora nunca he advertido en Ud... ¿Se siente usted mal?

—No; es sólo un poco de cansancio;—contestó evasivamente;—es una empresa muy ardua, cuando no se tiene costumbre, esto de poner una casa en disposición de recibir convidados.

—¡Qué mudanza vamos á ver aquí, mi amada señorita!—exclamó suspirando el buen hombre.—Se acabaron nuestras reposadas conferencias de los domingos después de comer... En medio de todas las distracciones que ahora va usted á tener, ya no podrá Ud. pensar en su buen amigo... Pero no me quejo, no. Debe usted divertirse... Es propio de su edad.

Edmea no contestaba, no atreviéndose á

confiarle sus temores, y comprendiendo que no podía pedir un consejo á aquel hombre ingenuo y sencillo. Billet, estimulado por su olfato de salvaje, había penetrado más adelante que el Cura en los pensamientos de su ama. Desde el día en que por ella había sabido que volvía el señor de Ayères, no hablaba palabra, pero sus ojos declaraban todo lo que callaba. La caza, á pesar de su celo, no le preocupaba. No pensaba que su caza, que amaba como el avaro ama el oro, iba á caer en una y otra hecatombe bajo el plomo de los parisienses, como decía con desprecio. No pensaba más que en Edmea; venía dos ó tres veces al día al castillo, con cualquier pretexto, y esperaba, con los brazos cruzados, una palabra, una mirada, un mandato, una confidencia. Era la suya la lealtad cariñosa del perro echado á los pies de su amo. No tuvo más que un movimiento de rebeldía: cuando Edmea le entregó un uniforme de paño verde con vivos rojos, que llegaba de París para él, y que el señor de Ayères quería que en lo sucesivo vistiera siempre el guarda. Dió vuelta primero en sus manos al traje, y luego, arrojándolo sobre un banco, exclamó:

—¡Quiere que me ponga una librea, como un lacayo, y con su cifra en los botones! ¡Ah!

¡Ah! Estaría bueno que Juan Billet á sus años se vistiera de máscara. No, no; lo que es su bonita casaquilla no soy yo quien se la pone.... Pues si me presentara yo en mis bosques y en mis montes vestido de esa manera, no me conocerían mis animales y echarían á correr, diciendo : ¿Quién será este espantajo?....

—No debes desobedecer, Billet,—dijo Edmea—y has de hacer lo que él te manda.

—¿Pero Ud. cree que yo puedo vivir metido en esa levita apretada?....

—Si te aprieta, yo misma la ensancharé donde sea preciso.

Movió la cabeza pensativa, y prosiguió:

—Billet, hay muchas cosas que nos molestan, y sin embargo tenemos que sufrirlas.

Al oír estas palabras, en los ojos pajizos de Billet brilló un rayo de luz, como si su alma saliera á sus ojos. Se acercó, y haciendo ademán de ponerse de rodillas, y en voz baja, dijo á su ama:

—Perdón, señorita Edmea, si la he disgustado.... Ya tiene Ud. bastantes pesares, sin que yo, bruto, también....: tiene Ud. razón; hay cosas que molestan y hay que sufrirlas.

Y cogiendo de buen grado la librea, y con ella bajo el brazo, se alejó.

VIII

Dos días después, el Barón y la Condesa de Ayères debían llegar á la hora de comer. Edmea envió un coche á la estación del ferrocarril. Con los ojos húmedos y el corazón palpitante, Edmea, en la escalinata, veía venir al trote el *break* por la larga calle de tilos. Mientras el carruaje daba la vuelta al patio, la joven en medio de la obscuridad que empezaba ya á envolverlo todo en sombras, quería conocer á su madre, pero no veía más que negras siluetas inmóviles. El coche se detuvo al pie de la escalinata, y envuelta la cabeza en encajes, cubierta con un ancho abrigo de viaje, apareció la primera una mujer, cuyo rostro pálido, de hundidas mejillas, produjo en Edmea una impresión de estupor. Edmea la cogió en brazos en el estribo como si fuera una niña, tan poco pesaba, y la estrechó contra su corazón con verdadero enternecimiento, repitiendo:

¡Ah! Estaría bueno que Juan Billet á sus años se vistiera de máscara. No, no; lo que es su bonita casaquilla no soy yo quien se la pone.... Pues si me presentara yo en mis bosques y en mis montes vestido de esa manera, no me conocerían mis animales y echarían á correr, diciendo : ¿Quién será este espantajo?....

—No debes desobedecer, Billet,—dijo Edmea—y has de hacer lo que él te manda.

—¿Pero Ud. cree que yo puedo vivir metido en esa levita apretada?....

—Si te aprieta, yo misma la ensancharé donde sea preciso.

Movió la cabeza pensativa, y prosiguió:

—Billet, hay muchas cosas que nos molestan, y sin embargo tenemos que sufrirlas.

Al oír estas palabras, en los ojos pajizos de Billet brilló un rayo de luz, como si su alma saliera á sus ojos. Se acercó, y haciendo ademán de ponerse de rodillas, y en voz baja, dijo á su ama:

—Perdón, señorita Edmea, si la he disgustado.... Ya tiene Ud. bastantes pesares, sin que yo, bruto, también....: tiene Ud. razón; hay cosas que molestan y hay que sufrirlas.

Y cogiendo de buen grado la librea, y con ella bajo el brazo, se alejó.

VIII

Dos días después, el Barón y la Condesa de Ayères debían llegar á la hora de comer. Edmea envió un coche á la estación del ferrocarril. Con los ojos húmedos y el corazón palpitante, Edmea, en la escalinata, veía venir al trote el *break* por la larga calle de tilos. Mientras el carruaje daba la vuelta al patio, la joven en medio de la obscuridad que empezaba ya á envolverlo todo en sombras, quería conocer á su madre, pero no veía más que negras siluetas inmóviles. El coche se detuvo al pie de la escalinata, y envuelta la cabeza en encajes, cubierta con un ancho abrigo de viaje, apareció la primera una mujer, cuyo rostro pálido, de hundidas mejillas, produjo en Edmea una impresión de estupor. Edmea la cogió en brazos en el estribo como si fuera una niña, tan poco pesaba, y la estrechó contra su corazón con verdadero enternecimiento, repitiendo:

—¡Mamá! ¡mamá!

Regina correspondió á las caricias de su hija con efusión, y le dijo:

—Aparta un poco, querida mía, que no dejas bajar al Barón:

Estas palabras disiparon la especie de embriaguez de cariño que había invadido su ser al abrazar á su madre después de larga ausencia. Se retiró precipitadamente, y dejó el paso libre. Y el bello Fernando, vestido correctamente con un traje de cuadritos blancos y negros, se apeó ligeramente del coche. Cogió algunos pequeños paquetes, se cerró la portezuela, y los dueños de Croix-Mort entraron, mientras los criados recogían el equipaje.

En lo alto del vestíbulo, bajo la bóveda de piedra, adornada con los escudos de la familia, Regina se detuvo un instante. Miró en derredor con emoción, deseosa de saludar la vieja residencia donde tan tranquila había vivido. Todo estaba lo mismo que el día de su partida; los grandes arcones de peral tallado ostentábanse en toda su respetable linajuda y soberbia antigüedad; los trofeos de caza recordaban las proezas del señor de Croix-Mort, y la ancha escalera se abría ante la señora de la casa, perfectamente limpia y bien oliente.

Edmea, cerca de su madre, sintiendo que

el Barón venía tras ellas, no quería volver la cabeza. Hacía unos días que le preocupaba este problema: "¿Qué actitud tomaré delante de él?...". Se había trazado todo un ceremonial de fría dignidad y severa cortesía. Pero todas sus combinaciones fracasaban por lo imprevisto de la llegada. No se hallaba en la posición en que creía encontrarse cuando él llegara; sentada en el salón, y no teniendo que hacer otra cosa que un ligero saludo... Y además, faltábale toda su presencia de ánimo en aquel momento. La ahogaba y la cegaba la emoción. Así es que apenas vió al enemigo, que tomaba una dirección oblicua para llegar hasta ella y saludarla, puestó que ella se obstinaba en no volver la cabeza.

Peró oyó su voz, su horrible voz dulzona y empalagosa, que le decía:

—Si no hubiera visto á Ud. aquí, en su casa... no sé si la habría reconocido. Su madre y yo dejamos aquí una niña, y al volver encontramos una joven señorita...

Levantó los ojos, la miró con una sonrisa que la desagradó en extremo, y continuó:

—Una encantadora señorita.

Edmea saludó en silencio, y Regina, con una voz áspera, que sonaba como un antiguo clavicordio, le dijo:

—No comeremos antes de una hora; vamos á mi cuarto.

Y por la gran escalera principal, sosteniéndose en la baranda, con lentos y cansados pasos, Regina subió al primer piso, acompañada de su marido, que, ágil y vigoroso, subía los escalones de dos en dos; tarareando un aire de opereta; Edmea abrió la puerta á la Baronesa, que entró, experimentando mucha alegría al volver á ver sus muebles y todos los objetos que había dejado en su cuarto.

—¡Ah, mi gabinete!— exclamó.

Y le recorrió, tocando todos los muebles, como si los quisiera acariciar después de larga ausencia.

La joven, sumida en doloroso estupor, miraba á su madre. ¿Era aquella la misma que hacía menos de un año, fresca, animada, sonriente, rebosando salud, se había alejado de Croix-Mort en pos de una existencia más feliz?... Un cuarto de siglo parecía haber pasado por ella, nublando sus ojos, hundiendo sus mejillas, blanqueando sus labios, y sin duda también sus cabellos, que se teñía, y presentaban un color mate que no era el natural. Su esbelto talle había engruesado, y la Baronesa parecía más baja. Era la sombra de la Regina de otros tiempos. Esta mujer, que en la dulce

tranquilidad de sus doce años de viudez, se había conservado joven, fresca, bella y apetitosa como un sabroso fruto, había perdido súbitamente todas las apariencias de juventud que le daban tan singular encanto. Parecía que tenía más años que los que tenía realmente.

Silenciosa, en pie, delante de la chimenea, mientras que la Baronesa se quitaba su abrigo, sus guantes y la nube de encajes y tules en que traía envuelto su sombrero, y el sombrero por fin, Edmea pensaba, y apoderábase de ella la más profunda compasión. Allí estaba viendo lo que la vida de los placeres y las fiestas hacía de las que se entregaban á esa vida de una manera desapoderada. Pobres criaturas, débiles, fatigadas, que pagaban con su belleza y su salud el cansancio incesante de esa existencia, más dura que un oficio penoso, haciendo todos esos ociosos del gran mundo para matarse aún más esfuerzos que los trabajadores para vivir.

La Baronesa, asombrada del mutismo de su hija, y viendo su mirada obstinadamente fija en ella, le dijo con una sonrisa forzada:

—Me encuentras un poco cambiada, ¿verdad? He estado indispuesta estos días pasados. El aire del mar no me hace bien. Pero con la

tranquilidad del campo voy á acabar de reponerme... Pero ven acá; acércate... ¡Qué alta estás, qué buena, qué robusta! El Barón dice bien; ya no eres una niña, sino una señorita... ¿Estás contenta? Abrázame otra vez, hija mía.

Al oír estas dulces frases, el corazón de Edmea, rebosando en lágrimas, subió á sus labios; sus nervios, contraídos dolorosamente, se extendieron, y con una exclamación ahogada, se arrojó en brazos de su madre, y lloró copiosamente.

—Vamos, no seas niña—dijo la Baronesa, impresionada por la emoción de su hija.—Es decir, que tú lloras sin consuelo cuando me marcho, y cuando vuelvo también lloras sin consuelo.

Edmea movió la cabeza, y sin cesar en los sollozos, contestó, mirándola:

—No es lo mismo hoy.

La Baronesa acarició con sus enflaquecidos dedos las negras trenzas de su hija, se secó los ojos con su pañuelo de encaje, y teniéndola en sus brazos, añadió:

—Eso es decir que ahora vas á ser razonable, ¿no es verdad? ¿y no me vas á dar ningún disgusto? ¿Comprendes ahora lo que te quiero decir?

Edmea iba á contestar; pero la Baronesa le

cerró la boca cariñosamente con su mano, y le dijo con acento suplicante:

—Nada de explicaciones, hija; nada de recuerdos y reconvenciones de lo pasado... Te lo suplico... No estoy muy buena... Evítame sinsabores... Haz lo que deseo, sin imponerme el disgusto de tener que mandártelo... Te lo agradeceré mucho, y te amaré mucho también, mucho... Es la única preocupación que he traído al venir aquí. Estaba impaciente por volver á Croix-Mort, por volver á verte; pero lo temía... Pues bien: dime que nada debo temer, que el que ha llegado hoy conmigo será para tí tan bien venido como yo, y que no le pondrás mala cara ni le harás desaires... No te pido más... La neutralidad, hija mía... Tú tienes mucho carácter, y puedes cumplir este deber si te lo propones. Y así habrás hecho por mi salud y por mi tranquilidad todo lo que yo puedo y debo esperar de una hija querida tan buena como tú.

Hablando así, la Baronesa se había animado. Sus mejillas se habían encendido un poco, sus ojos brillaban, apretaba nerviosamente las manos de su hija, le suplicaba con los ojos, con los labios, y moralmente de rodillas. Edmea sintió palpar el corazón de la pobre mujer; leyó sus angustias en su semblante, y adi-

vinó en aquel corazón tembloroso abismos de secretos dolores. En aquel momento calmáronse sus rencores, y en su conciencia no halló más que una profunda conmiseración para aquella madre que volvía tan desgraciada. Su ánimo viril tomó la resolución de consolarla y defenderla, y gravemente le contestó:

—Nada tema Ud.; estoy dispuesta á hacer todo lo que Ud. desea. Si tiene Ud. pesares en lo sucesivo, no seré yo quien los cause, y puede Ud. tener la seguridad de encontrar siempre en mí una hija respetuosa y sumisa.

—¡Oh! Mi hija amada, ¡gracias, gracias! ¡De qué horrible peso alivias mi corazón! Dime también que me amarás, necesito que me ames...

Edmea le dirigió una mirada que penetró en su alma, y viéndola inquieta, avergonzada, separar de ella los ojos como para no descubrir un secreto, exclamó:

—Sí, madre mía, sí; todo mi amor es para mi madre.

La Baronesa, llevada acaso de la frivolidad de su carácter, ó deseosa quizá de engañar á su hija, cambió de conversación súbitamente.

—Mañana — dijo — esperamos convidados. Como te dije en mi carta, personas muy distinguidas, que estarán aquí bastantes días. Es

preciso alguna animación en el campo. Esta es la época de la caza, y todo París está en el campo... No volveremos hasta Enero. Tendremos tiempo sobrado de descansar... Estoy segura de que te agradarán nuestros amigos... Con ellos no es posible la melancolía; ya verás... Con ellos tampoco están mucho tiempo en las cuadras los caballos; los pianos no cesan, y las mesas no están jamás vacías... Correr, comer, jugar, bailar... y con un brio, con un entusiasmo... Todo esto será nuevo para ti; pero ya verás cuánto te divierte.

Sentose fatigada, como si hubiera acabado de gozar en aquel instante todos los placeres que había enumerado.

—¡Es muy divertido! ¡Muy divertido!...— repitió.

Edmea no supo qué decir, desconcertada por aquella incoherencia de ideas que hizo pasar á su madre de la tristeza á la alegría en un segundo, sin transición, confundíendose y embrollándose sus pensamientos en su cabeza como los cristales multicolores de un kaleidoscopio. La joven se preguntaba si la pobre mujer se habría vuelto loca, ó si, momentáneamente emocionada al volver á Croix-Mort, procuraba aturdirse y distraer su imaginación de todo lo que podía causarle temor y pena.

—Me parece—continuó la Baronesa con volubilidad—que estás muy pobremente vestida. ¿Es que no tienes cosa mejor que ponerte?... Hubiera debido prever que estabas desnuda, y traerte de París algunos vestidos... Confieso que no se me ocurrió... Felizmente somos de la misma estatura, y podrás tomar de mis trajes los que quieras... Tengo algunos sin estrenar todavía... y que parecerá que los han hecho para tí... Es preciso que te presentes vestida como á nuestra clase corresponde.

Mientras hablaba de esta suerte, la Baronesa habia cambiado de traje. Se puso un riquísimo vestido negro, abierto por delante, dejando ver el cuello y el principio del pecho, y adornado con un precioso ramo de flores, que la camarera acababa de subir del jardín, recién cogidas, y que conservaban toda su frescura y lozania. La Baronesa cogió una rosa de su ramo, y quiso ponerla en los cabellos de su hija.

Edmea no quiso.

—No, no, madre mía...—dijo.—Déjeme usted tal como soy. Parecería una aldeana en día de fiesta...

Sonó la campana que llamaba á comer: Edmea dió el brazo á su madre, y las dos bajaron al salón. Allí estaba ya el Barón, vestido

como para ir á una *soirée*; frac negro, zapato charolado. Solamente habia prescindido de la corbata blanca. La puerta del comedor se abrió, y un servidor, llegado de París, soberbio y solemne con su magnífica librea, anunció con la mayor gravedad:

—La señora Baronesa está servida.

El Barón ofreció ceremoniosamente el brazo á Regina para llevarla á su sitio en la mesa. Edmea siguió á los esposos, aturdida por la profusión de las luces, el brillo de la plata y el aroma de las flores, y preguntándose si estaba dormida ó despierta. Aquella estancia era la misma en que, hacía cerca de un año, por la mañana y por la tarde, comía sola, servida sencillamente por su antigua criada. ¿Desaparecería todo aquel lujo súbitamente, dejándola en su tranquila soledad de los días anteriores? No. El prodigio era una realidad, y con toda aquella ostentación habia de acostumbrarse á vivir en lo sucesivo.

Su madre y el bello Fernando estaban enfrente de ella, hablando con una afectación de gran intimidad, como si hubieran querido probar que entre ellos existía la mayor confianza y la más estrecha unión. Pero se conocía el esfuerzo que hacían. Edmea pensaba:—“Cuando estén solos, no hablarán una palabra. Toda esta

animación es para hacerme creer que existe entre los dos una tierna y dulce intimidad. ¡Pobres cómicos, que hasta aquí, en la mesa de familia, tienen que representar su papel para una pobre rústica como yo!.

La comida fué lenta, como si hubiera veinte convidados. Edmea notó que el señor de Ayères comía y bebía enormemente. En aquel hombre vigoroso y atlético, todos los apetitos eran violentos, y la materia dominaba en él imperiosamente. No quiso tomar café, observando jovialmente que en el campo era preciso acostarse temprano y dormir. Él era el único que hablaba. La señora Baronesa estaba cansada, no podía ya con sus nervios, y su charla incoherente acababa pronto, como baja la espuma del Champagne.

Todos se levantaron de la mesa, y todos con gusto, por poner término á una situación violenta. Las puertas-ventanas del salón estaban abiertas. La temperatura era muy benigna, y el cielo estaba estrellado. Edmea miraba las estrellas con tristeza. Todo había cambiado en su existencia, pero nada en el cielo, y aquellos astros eran los mismos que durante sus amistosas y tranquilas conferencias con el Cura iluminaban su frente con dulces y suaves resplandores.

El Barón había encendido un cigarro, y se paseaba por la terraza. Regina daba vueltas por el salón, arreglando á su capricho los objetos que había en las rinconeras y los jarrones de flores que adornaban las consolas. Al cabo de un rato, llegó á una de las puertas y llamó á su marido. Este vino despacio, oyó lo que le decía, no poniendo muy buena cara; acabó por hacer un gesto de asentimiento, y arrojó el cigarro. La Baronesa pasó á la habitación inmediata, donde continuó su revista y su arreglo de los mil objetos que había sobre las mesas. El hermoso Fernando fué á sentarse cerca de una mesa, cogió un album, y empezó á hojearlo distraído. Edmea trabajaba en una labor de crochet, con los ojos bajos, pero espiando perfectamente al Barón, gracias á la preciosa facultad que tienen las mujeres de ver mejor que nunca cuando parece que no miran.

El Barón, de lejos, miraba curiosamente á la joven, como un capitán que reconoce el terreno antes de atacar la posición. Le pareció que en aquellos meses había cambiado mucho, y por cierto muy ventajosamente. Su talle se había perfeccionado, sus hombros eran esculturales, y su cuello encantador, con cabeza noble y altiva, y sus ojos negros como el terciopelo. Bajo sus cabellos negros se dibujaban dos

orejas pequeñas, rosadas, sin que las profanara ningún pendiente. Sus manos, un poco morenas por el sol, eran delicadas y finas. Con un poco de coquetería, hubiera sido una joven de belleza arrebatadora; en su sencillez, era adorable.

Sin embargo, el Barón notó que la hija de su mujer conservaba el mismo aire resuelto y un poco amenazador que había observado en ella en ocasión de su matrimonio. Veía en Edmea una hostilidad sorda, pero decidida, que sería muy difícil de vencer. No se achicó por tan poco; no era él hombre que se intimidaba fácilmente.

Se levantó resuelto, y se dirigió á la joven. Ella le vió atravesar el salón y llegar, y sintió viva emoción. El Barón la miraba con los ojos fijos, y sonreía. Ella hizo un súbito movimiento para levantarse y huir; pero él estaba ya muy cerca, y se inclinaba ante ella con exquisita cortesía. Continuó sentada, muy pálida, y con la respiración fatigosa.

—¿Quiere Ud.—le preguntó—concederme algunos momentos, y hablar conmigo con la más completa confianza?

Se sentó muy cerca de ella, y continuó:

—Ya estamos de regreso su madre de Ud. y yo, cerca de Ud. y en esta casa, cuyo nombre

lleva Ud.... Sería completa mi felicidad si usted quisiera tratarme como amigo. Tengo mucho que hacerme perdonar. Ya sé que en un corazón tan tierno y amante como el de Ud. he introducido la más dolorosa perturbación, aunque involuntariamente. Sería yo dichoso si pudiera reparar mi falta, y hacer olvidar á usted con mi afecto sincero, que mi ingreso en la familia de Ud. le causó un profundo pesar.

Hablaba con los ojos bajos, como si temiera asustar á Edmea hablándola cara á cara. Ella fué la que le miró intensamente, y le preguntó con la mayor sencillez:

—¿Es mi madre quien ha rogado á Ud. que venga á hablarme de esta manera?

Sorprendió al Barón esta pregunta, pero no se turbó.

—Efectivamente: su señora madre, que desea, como yo, que reine la mayor armonía entre nosotros.

—Á mi me ha recomendado lo mismo —repuso Edmea— y yo le he prometido hacer todo lo posible por complacerla. ¿No se lo ha dicho á Ud.?

—Me ha dicho que se había Ud. mostrado buena, complaciente y sumisa con ella, y por eso he querido dar á Ud. las gracias.

—Está bien; pues estamos acordes.

Estas palabras las oyó tan secas y tan duras, que le contrariaron un poco.

—¿No quiere Ud., en prueba de conciliación, darme su mano?

Edmea vaciló un momento; sentía en su corazón toda la antipatía que le inspiraba Fernando. Estuvo á punto de lanzarle al rostro un "¡No!", tan insultante como una bofetada; pero vió que su madre la miraba, ansiosa y lívida. No quiso faltar á la promesa que había hecho de no causar un gran disgusto á la pobre mujer, y volviendo el rostro sombrío, se dejó tocar la punta de los dedos. Murmuró: — "¡gracias!" y sonrió de lejos á Regina, como para decirle: — "Ya ve Ud. cómo cumplo mi palabra."

El Barón encendió un nuevo cigarro, y se volvió á pasear por la terraza.

La Baronesa dió el brazo á su hija, la estrechó tiernamente sin atenuar con palabras la fuerza de esta expresión de gratitud, y apoyándose en ella, subió á su habitación.

Edmea se detuvo en la puerta.

—Puedes entrar—le dijo la Baronesa;—no me estorbas... El Barón tiene su cuarto arriba, en el torreón.

Éste se hallaba en el otro extremo del castillo. Edmea no se había equivocado adivinan-

do la desunión de los esposos. Estaban separados. Esto fué un consuelo para ella. Se rebelaba ante la idea de tener que presenciar una ostensible comunidad de existencia entre ellos. Sintió que estaba más libre é independiente pero amar á su madre. Habló con ésta algunos momentos, le hizo algunas observaciones acerca del estado de las fincas, y luego, pretextando cansancio, se retiró, dejando sola á la Baronesa.

Ya en su habitación, Edmea, en vez de acostarse, abrió la ventana, y se puso á contemplar el cielo y á pensar. El viento habíase levantado y soplabá con fuerza en las arboledas del parque. Debajo de su ventana, en la terraza, no oía ya los pasos acompasados de Fernando, que continuaba paseando, porque su naturaleza sanguínea necesitaba mucho ejercicio; pero distinguía la punta encendida del cigarro, como un puntito rojo en la obscuridad, y poco á poco, desprendiéndose completamente de todo lo que la rodeaba, su imaginación la llevó fuera del castillo, lejos de aquellos lugares.

En su alucinación, se vió en un barco, y el punto rojo le pareció un faról. Se preguntó con inquietud qué significaba aquel fuego. ¿Era una prevención contra el peligro de es-

collos ocultos sobre los que la barca podría perderse?... ¿Ó aquella luz movable estaba destinada, por el contrario, á hacerla equivocar el camino y atraerla hacia las amenazadoras rocas?... En el rechinamiento de las ramas arrancadas por el viento, le parecía oír el del aparejo del barco. La ilusión era completa, y en medio de la sombra nocturna, menos profunda que las tinieblas que invadían su espíritu, se sentía arrastrada, como si estuviera en medio del mar profundo y negro, sin timón y sin piloto. ¿Dónde estaba? ¿Adónde se dirigiría? ¿Quién la defendería? ¿Sería su madre, aquella mujer desdichada, tan debil, tan postrada, la que podría prestarle auxilio? Veía el semblante de Fernando, riéndose como un demonio, iluminado por su farol rojo, balanceándose de derecha á izquierda, como aquellas luces que los bandidos de las playas bretonas ponían en el testuz de los bueyes, paseándolos lentamente por la costa, para torcer el rumbo de las naves y atraerlas á las rompientes.

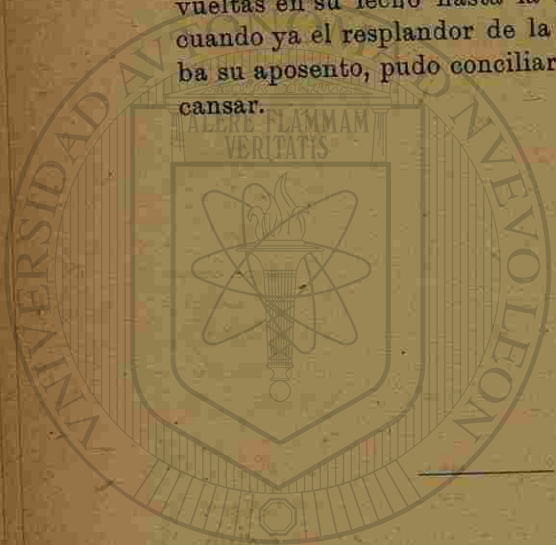
Adivinaba que aquel hombre ejercería influencia funesta sobre ella. Alarmada, se esforzaba en comprender y dar una forma precisa al peligro que la amenazaba. Tinieblas que no podía disipar envolvían su pensamiento. Todo era sombrío y vago. Y con los oídos aturdidos

por los zumbidos del viento, allí estaba la pobre, despierta, pero atormentada, sin embargo, por horrible sueño. Hizo un esfuerzo, pasó su mano por la frente, y puso empeño en fijar sus ojos en un punto determinado, para sustraerse á tan doloroso sueño. Y la balaustrada de piedra de la terraza apareció á su vista inmovil y blanca.

Murmuró:—“Soy una loca. Es la violencia del viento lo que me ha aturdido.” Cerró su ventana, entrose en su alcoba, y se acostó. Pero no le dejó dormir la obsesión de ideas penosísimas. Siempre veía delante á Fernando, con su fisonomía hipócritamente sonriente: la miraba de alto á bajo como cuando se acercó á ella. Y aquella mirada la irritaba; le parecía significar una admiración que le era odiosa. Parecía que le quería decir:—“Yo soy ya libre: no existe ningún lazo entre tu madre y yo...” Y Edmea se preguntaba, cómo habían podido separarse tan pronto. ¿Qué había pasado entre aquellos dos seres durante su ausencia? Su madre llevaba en su rostro y en todo su cuerpo la huella de crueles enojos, de profundos pesares. Y él estaba bueno, alegre, animado, flamante, siempre joven. ¿Era él el culpable y no sentía el remordimiento?

Edmea, abrasada por una fiebre que hasta

entonces no había conocido, dió vueltas y más vueltas en su lecho hasta la mañana, y sólo cuando ya el resplandor de la aurora iluminaba su aposento, pudo conciliar el sueño y descansar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

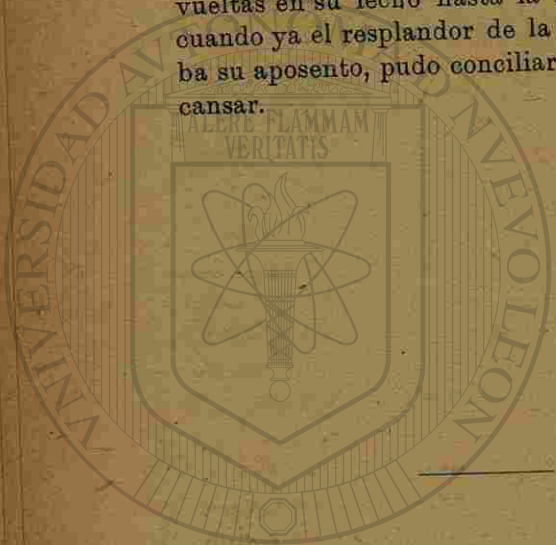
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IX

Lo que había pasado entre Regina y su marido lo habría comprendido fácilmente una persona menos cándida que Edmea. Sin alardear de adivino, cualquiera hubiera podido, al celebrarse el matrimonio, decir su horóscopo á los dos esposos.

Regina, al partir para París, iba derecha al encuentro de su desventura. Ella misma colocaba á Fernando en medio de las tentaciones peligrosas; le volvía á poner en la corriente de la mala vida. ¿Cómo no había de dejarse llevar otra vez por la corriente? En Croix-Mort, en la soledad inactiva de la vida de los campos, amar á Regina hubiérale parecido acaso una ocupación deliciosa. En París, donde las comparaciones entre las mujeres jóvenes y distinguidas y la provinciana de treinta y ocho años eran terribles, ni un instante pensó que debía ser fiel á su mujer.

entonces no había conocido, dió vueltas y más vueltas en su lecho hasta la mañana, y sólo cuando ya el resplandor de la aurora iluminaba su aposento, pudo conciliar el sueño y descansar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IX

Lo que había pasado entre Regina y su marido lo habría comprendido fácilmente una persona menos cándida que Edmea. Sin alardear de adivino, cualquiera hubiera podido, al celebrarse el matrimonio, decir su horóscopo á los dos esposos.

Regina, al partir para París, iba derecha al encuentro de su desventura. Ella misma colocaba á Fernando en medio de las tentaciones peligrosas; le volvía á poner en la corriente de la mala vida. ¿Cómo no había de dejarse llevar otra vez por la corriente? En Croix-Mort, en la soledad inactiva de la vida de los campos, amar á Regina hubiérale parecido acaso una ocupación deliciosa. En París, donde las comparaciones entre las mujeres jóvenes y distinguidas y la provinciana de treinta y ocho años eran terribles, ni un instante pensó que debía ser fiel á su mujer.

La Baronesa, sin embargo, auxiliada por su buena educación, se había acomodado desde el primer día al diapasón. Cambió de costumbres con una rapidez asombrosa. *Toilette*, trajes, lenguaje, ademanes, todo lo modificó en una semana, y pudo aparecer en el mundo sin temer los rigores y las malicias de la crítica. Hay provincianas en París, pero hay parisien-ses de provincias. Regina fué una perfecta pa-risiense, y no hizo mala figura, sino todo lo contrario, en la sociedad.

Su marido la había lanzado en ese mundo, mitad aristocrático, mitad financiero, que es la tierra prometida del placer. En ninguna parte se vive más distraído que en esa sociedad esco-gida, en que la elegancia es un poder supremo, la riqueza una fuerza y la audacia el medio de poder llegar á todo. La apariencia supera á la realidad. No se penetra hasta el fondo de las co-sas. Respetad lo que se diga y haced lo que os parezca, usando habilmente el disimulo, y nadie tendrá que decir una palabra. No se sufre lo que está probado, lo que es claro y evidente, pero se tolera todo lo que es dudoso. No es ni la aristo-cracia ni la clase media; es un compuesto de una y otra, frecuentado por artistas, hombres polí-ticos y extranjeros amables y millonarios. Es la amalgama social de todas las personas amantes

del placer, pertenecientes á cualesquiera de las categorías mundanas. La consigna es *divertir-se*: exposición, venta, concierto, paseo, carrera, espectáculo, baile, donde todo el mundo se en-cuentra, se saluda, se sonríe, se ama, se lisonjea ó se desuella en una intimidad fundada en la costumbre. Siempre las mismas figuras, siempre las mismas diversiones; una existencia que se desliza brillante, aparatosa, como esas gasas que dan vueltas en el escenario de los teatros para imitar el agua de las cascadas.

Los Barones de Ayères, ricos, elegantes, de buen tono, fueron recibidos por ese mundo con los brazos abiertos. Fernando había logrado triunfos de gran resonancia antes de su meta-morfosis. Volvió, pues, á ese mundo, triunfan-te otra vez, con la aureola de un ventajoso ma-trimonio concertado en provincia, y que por esto mismo era más brillante y esplendoroso. Desde los primeros días se entregó á ese mundo encantador, y le siguió Regina.

La vida de ésta fué entonces, como ella la describía en sus cartas á su hija, agitada, bulli-ciosa, toda movimiento; un viaje delicioso por el país de los placeres, y cuyas principales esta-ciones habían sido París, Niza, Trouville, y el punto de llegada el mismo de partida: Croix-Mort. ¡Qué cansancio y qué esfuerzós! Regina

había perdido la salud. Fernando había recobrado todas sus fuerzas. Al cabo de algunos meses, la Baronesa hubo de renunciar á continuar el camino al mismo paso que su compañero. Él tenía un vigor que parecía aumentarse con la fatiga. Regina le otorgó la libertad de ir solo adonde quisiera, para tener así ella el derecho de descansar.

El bello Fernando se acomodó maravillosamente á su situación de marido independiente. Á la verdad, nunca se había encontrado en otra mejor; á la vez los beneficios del matrimonio y todas las ventajas de la libertad. Ese era, en efecto, su sueño durante los ocho días de aburrimiento que había pasado reflexionando en su gabinete de *La Vignerie*, antes de decidirse á pedir su mano á Regina.

¿Qué jovencita le hubiera podido llevar en dote semejantes ventajas?

Al principio tuvo algunas atenciones con su mujer, y le guardó ciertas consideraciones. Hacía sus conquistas misteriosamente. Afectaba tratar á Regina como á una madre alarmada á quien hay que ocultar las calaveradas de su hijo.

Poco á poco fué descuidando estas embarazosas precauciones, y ostentó descaradamente su buena fortuna. Entonces encontró algu-

nos baches en el camino, que trastornaron la marcha de su carro de triunfo.

El amor y el orgullo se rebelaron á la vez en la Baronesa. Ya había descansado un poco, y no aspiró á descansar siempre. Quiso combatir á sus rivales y entrar de nuevo en posesión de su marido. Pero la expropiación había sido definitiva. Fué preciso que se persuadiera de ello. Intentó resistir, recriminar, desesperarse. Esta táctica tuvo muy malos resultados. En tonces conoció con espanto un Fernando áspero y violento, que antes no había conocido. Le oyó decir palabras que hirieron á la pobre cruelmente en el corazón, dejándola una impresión imborrable. Tuvo un acceso de desesperación, y pensó en huir á Croix-Mort. Un resto de prudencia la detuvo.

Midió entonces la extensión de la locura que había cometido. Y razonando con frialdad, sin dejarse llevar de las consideraciones sentimentales á que era tan afecta, comprendió que, habiendo hecho un disparate casándose con Fernando, haría otro más grave todavía separándose de él. No había para ella otro recurso que la aceptación inteligente de su desgracia. Aparentar no saber que era burlada, recibir á sus rivales, ponerles buena cara: tal fué su regla de conducta. Si lloró en el silencio de sus

noches solitarias, fué éste un secreto revelado únicamente por el decaimiento de su pobre cuerpo enfermo. Continuó viviendo como antes. En vez de vivir así por gusto, vivió por prudencia.

Sin embargo, el bello Fernando, habiendo vivido ya mucho, habiendo amado mucho también, había llegado al cansancio y al hastio. Con disgusto se persuadió de que no experimentaba ya la más leve emoción cuando se empeñaba en una nueva intriga de amor. Antes le excitaba el atractivo de lo imprevisto, de lo desconocido, por la esperanza de una sensación no experimentada. Pero, ya hastiado, sabía que no podía esperar nada nuevo de lo desconocido. La mujer era otra, lo demás lo mismo: variaba el nombre, el color de los cabellos, la amplitud ó la esbeltez del talle, el sonido de la voz, la tela del vestido, pero nada más. Todas sucumbían, después de iguales vacilaciones de coquetería refinada y con el mismo falso pudor. No encontraba siquiera, como cuando Regina, lo pintoresco de un traje de fantasía y el cuadro de una tormenta de agua descargando torbellinos de aire helado; todo era sencillo, banal, ya visto, ya sentido cien veces: el adulterio friamente correcto.

Por más que hizo, no logró salir de ese es-

tado. Quiso hacer arder su sangre, pero no consiguió nada. Era de hielo, sin entusiasmo, sin pasión, discurriendo sobre todo lo que debía hacer, pero sin volver á sentir aquellos hermosos arrebatos apasionados, aquellos ardores de la carne que le hacían tan dulce el amor. Educado en ese medio brillante y gangrenado, viviendo así hacía veinte años, habiéndose arruinado dos veces, es decir, habiendo tenido dos ocasiones de medir la extensión del egoísmo y de sondear la profundidad de la ingratitud, hastiado hasta la médula, sintiendo en sí mismo fuerzas sobradas, pero careciendo de apetitos para usarlas, Fernando había llegado al punto en que el hombre, víctima del *spleen*, cuando no se levanta la tapa de los sesos, cae en las monstruosidades del vicio.

El inmortal Goethe presentó á Fausto hastiado de todo, habiendo envejecido sobre los libros para llegar á la negación de la ciencia, sin esperanza y sin ilusión, vendiendo su alma á Satanás por una suprema emoción, por un postrero goce de amor. Fernando, viejo con sus cabellos dorados, el corazón inerte y muerto en su cuerpo sano y vigoroso, era una especie de Fausto minúsculo y modernizado, dispuesto al pacto infernal, dispuesto á todo por una peripecia inesperada en su existencia, por

un deseo que le avivara la sangre, por una pasión que le hiciera vivir. ¡Margarita, si la encontraba fresca, casta y pura, no sería sagrada para él! Osaría impudente ofrecerle su mano, hablarle al oído y esforzarse en seducirla, aunque fuera en el pórtico de la iglesia, aunque fuera en la habitación llena de recuerdos de su madre y de su hermana menor.

Había llegado al excepticismo absoluto. No creía más que en su placer, y le importaban muy poco todos los demás seres y todas las demás cosas. La humanidad le parecía creada para su exclusiva satisfacción. Su capricho era un dios al que lo sacrificaba todo. Tenía un código especial, cuya única prescripción era no hacer nada contra el honor. Pero el honor no es la honradez. Y se reservaba el derecho de cometer las más culpables acciones, considerándolas jovialmente amables pecadillos.

En la fiebre de su existencia mundana, había conseguido hasta entonces vivir aturdido, más que entretenido, por una sucesión de agitaciones que no le dejaban tiempo de refrescarse y serenarse. En Croix-Mort, á las pocas horas, comenzaba ya á sentir la pesadumbre de la soledad. Allí se encontraba enfrente de sí mismo. No distraían sus ojos la proximidad de espléndidos vestidos de mujer perfumados,

ni ocupaba su imaginación el rumor de picante conversación. No tenía más horizonte que el cielo inmóvil y la negra hilera de los árboles del parque. Y á su alrededor un silencio profundo, grave, que convidaba á la meditación.

Pensaba en esto paseando por la terraza, y despidiendo el humo de su cigarro. Apoderábase de él sombría melancolía á la vista de aquel castillo, en cuyo interior debía vivir algunos meses. Y solamente la imagen de Edmea, involuntariamente evocada, proyectaba alguna claridad en medio de aquellas sombrías tinieblas.

Ella le odiaba, él lo comprendía, y además, ella misma parecía empeñada en que no lo ignorase. Y paseando despacio sobre la arena que crujía bajo sus pies, se complacía en recordar el tiempo pasado. ¿Por qué la belleza y el encanto de aquella criatura no le habían impresionado cuando llegó por primera vez á Croix Mort? ¿Qué diferencia, si se hubiera enamorado de Edmea y se hubiera casado con ella! En vez de esta mujer, tan súbitamente aviejada, como una muralla agrietada que se derrumbaba, tendría una joven compañera que marcharía al mismo paso que él, que no le dejaría sólo, fatigado, hastiado. Hubieran tenido hijos. ¡Hijos! ¡Niños tiernos, frescos y sonrosados, jugue-

teando como pajarillos, y acariciándole con sus manecitas redondas, suaves y pequeñitas! ¿Quién sabe si la paternidad no hubiera hecho volver á florecer aquel corazón marchito?

Pero no había remedio. Llevado de sus hábitos de pasiones insanas, siempre había pasado indiferente junto á la felicidad tranquila y regular. No había pedido al amor otra cosa que la voluptuosidad. Y con profunda amargura advertía que estos mismos goces de la voluptuosidad le parecían envenenados, y no hallaba en ellos más que disgusto y hastío. Hasta media noche estuvo paseando en la sombra á la orrilla del agua tranquila, intentando en vano calmar el dolor exasperado que le consumía, procurando convencerse con razones, y no hallando otros argumentos que blasfemias.

Edmea, después de la agitada noche que había pasado, se despertó, oyendo bajo su ventana el ruido que hacía el jardinero apisonando la arena de la terraza. El sol entraba á torrentes en su cuarto; miró el reloj con inquietud. Eran las ocho. Para reparar la fatiga de la noche anterior había dormido algo más que de costumbre. Vistiose de prisa, y bajó á inquirir si las criadas estaban preparando ya las faenas de la casa. En toda ella reinaba completo silencio. Solamente las ventanas del cuarto del

Barón estaban abiertas. Edmea le vió aparecer bien pronto. Se acercó á ella, y hablando con amable familiaridad, le dijo:

—Veo que Vd. y yo somos aquí los únicos á quienes gusta el aire de la mañana. Su madre de Ud. estaría cansada del viaje, y estará durmiendo hasta muy tarde... He mandado venir al guarda antes de almorzar, porque tengo que arreglar con él el orden y la marcha de la jornada de mañana... ¿Es Ud. aficionada á la caza, Edmea?...

Por primera vez llamaba á la joven por su nombre, lo que no gustó mucho á la aludida. Arrugó las cejas, y contestó secamente:

—No.

—Algunas de las señoras que esperamos esta tarde están familiarizadas ya con los tiros. Creía que á Ud. le agradaría el ejercicio de la caza, porque Regina me ha dicho muchas veces que estaba acostumbrada á recorrer el monte con esa especie de oso que se llama Billet...

Edmea miró fijamente al Barón al oír estas palabras, y contestó:

—Es verdad que cuando yo era pequeña, Billet, siempre bueno para mí, me acompañaba constantemente. Es un antiguo servidor de la familia. Su padre murió en nuestra casa, y yo

agradeceré á Ud. mucho que le trate con consideración... Cuando le vea Ud. en el desempeño de su cargo, estoy segura de que le estimará Ud.

—Me basta que Ud. lo desee para que sea así—respondió Fernando.—Es el criado predilecto de Ud., y ese es el mejor título que puede presentar á mis ojos para que yo le considere.

El Barón dió algunos pasos.

—Voy á llegar hasta la punta del estanque. ¿Me acompaña Ud.?

—Dispense Ud.; pero subo al cuarto de mi madre, por si me necesita.

—Muy bien.

La saludó con una amistosa sonrisa, y se dirigió adonde había dicho.

Edmea le siguió un instante con la vista. Iba andando firme y ligero. Sus anchas espaldas se destacaban sobre la verdura de los arbustos. Tenía toda la apariencia de la juventud. ¡Qué contraste entre la pobre Regina, tan pálida, tan debil, y aquel vigoroso Hércules que respiraba salud! Edmea suspiró, pensando en el porvenir de tristezas y amargas que esperaba á su madre; y, preocupada, entró en la casa.

Encontró á la Baronesa repuesta después de un largo sueño, muy alegre, y viéndolo todo de color de rosa. No cesaba de alabar la admirable

tranquilidad de Croix-Mort. Ningún ruido debajo de las ventanas, nada de riñas de noche, ni el fatigoso rodar de los carruajes. Este profundo silencio le había extrañado un poco al principio; pero luego le había parecido delicioso. Ya había escogido muchas joyas entre las que había traído, y allí las tenía para ofrecerlas á su hija. También quería que eligiese vestidos en los armarios. Edmea se negó. No quería joyas ni vestidos. Quería presentarse siempre como se había presentado al recibir á su madre la tarde anterior. No quería cambiar de traje. Para no contrariar enteramente á su madre, tomó un brazalete de oro, adornado de rubies y zafiros, regalo de su padre á la Condesa de Croix-Mort. Este brazalete era un recuerdo de la infancia para Edmea; cien veces cuando niña se le puso, y se miraba con él puesto en el espejo, jugando á imitar á las señoras mayores. Se le puso con emoción, y dijo que lo estimaba más que el mayor tesoro que se la ofreciera. En cuanto á los vestidos, no aceptó ninguno, porque todos le parecieron demasiado adornados para ella.

—Tengo un vestido de muselina blanca—dijo—que me está bien, me parece...; algún día me le pondré para dar á Ud. gusto.

—Sí, quiero que vistas, como puedes, con ele-

gancia—observó la Baronesa con insistencia:— debes presentarte como corresponde á una joven de tus circunstancias.

Estas palabras sorprendieron á Edmea, que miró á su madre. Entonces, ésta, á vuelta de numerosos circunloquios, le expresó que quizá habría para ella ocasión de hacer un buen casamiento. No quería alarmarla, porque nada había decidido; sin embargo, entre las personas que debían llegar á Croix-Mort habría algún joven que fuese un partido conveniente, y era preciso que, para este caso, cuidase ella de su tocado, como hacen todas las jóvenes casaderas.

Esta confidencia, hecha súbitamente sin preparación, llenó de dudas y confusiones á la joven. Experimentó una dolorosa conmoción. Juzgó su seguridad gravemente amenazada. Sumamente advirtió el trastorno que se operaba en su fisonomía; la preguntó riendo si le parecía por ventura tan peligrosa la perspectiva de tener marido. Edmea movió la cabeza como para quitarse el peso de los sombríos pensamientos que la atormentaban, y con voz lenta y sonora, sin darse cuenta de la transcendencia de sus crueles palabras, contestó:

—¿Cómo no he de alarmarme? ¿No sé acaso cómo se puede caer en un error terri-

ble, y cómo se pueden sufrir las consecuencias?...

En un instante la Baronesa sintió toda la intensidad de sus propias penas; su vida perturbada y miserable se ofreció toda entera á su vista; comprendió que las miradas penetrantes de su hija habían profundizado hasta el fondo de su corazón, y llorando y con los labios temblorosos, exclamó:

—¡Edmea! ¡Edmea!

Con la apasionada vivacidad, que era uno de los encantos de su naturaleza, Edmea abrazó amorosamente á su madre, y dándole dos sonoros besos, le pidió perdón. La pobre y orgullosa Regina, después de haberse dejado sorprender por la respuesta de su hija, quiso intentar engañarla. Le afirmó que era dichosa y que nada faltaba á su felicidad. El señor de Ayères era excelente persona, que la colmaba de delicadas atenciones, siempre cortés y galante. Edmea aparentó aceptar como ciertas estas declaraciones, y se alejó, deseosa de no tener que disimular sus sentimientos, ansiosa de encontrarse sola.

Se refugió en su taller, y allí, sola, procuró ordenar sus ideas. ¿Conque su madre quería casarla y elegirle un marido ciertamente entre los hombres de su mundo; es decir, cortado por

el patrón del Barón, que había sido para ella el resumen de todas las perfecciones físicas, puesto que había cometido la locura de casarse con él, y de toda la sublimidad moral, puesto que acababa de hacer de él el más cumplido elogio? Edmea tembló de cólera. Había sentido profunda compasión hacia su pobre madre, y habíase manifestado con el Barón más amable de lo que quisiera ser. Pero se sentía capaz de todas las resistencias, si se intentaba violentar su voluntad. Un nuevo Fernando en la familia sería demasiado, y no podía ni pensar siquiera que podría verse unida al destino de un ser vacío, inútil y vano tal como aquel hombre tan hermoso...

Y, además, ¿para qué casarse? ¿No era ella libre y feliz?... ¿Sentía acaso la necesidad de arrojarse á su vez en ese gran horno parisiense que secaba los cerebros y los corazones? ¿Era por ventura envidiable la existencia de los nuevos elegantes amigos de su madre? ¿Era preciso para vivir aceptar ese yugo estúpido y pesado de la moda elevada á ley suprema?

En pie, cerca de la ventana, veía extenderse ante ella las profundidades del bosque silencioso. El cielo copiaba en el estanque su azul matizado de ligeras nubes. Y gallardos, blancos y arrogantes, los cisnes se deslizaban

sobre las aguas frescas y limpidas. ¿No era ella como ellos? ¿No tenía ella también su blancura y su altivez? ¿No necesitaba la pureza y la frescura para poder vivir?

Aquel espectáculo, en aquel momento, le pareció un aviso del cielo. No; ella, la hija de los bosques y los montes, no se dejaría arrancar de su querida residencia de Croix-Mort, y planta de aire libre, no se consumiría en la estufa sofocante, donde se deshojaría y marchitaría.

Resuelta ya, se sintió más tranquila. Pasó las horas paseando por el parque, á orillas de la Divonnette, con la Baronesa, haciéndola posesionarse nuevamente de su propiedad, llevándola donde más aire y más luz había, para que cobrara fuerzas y pudiera resistir la agitación, que volvería á empezar para ella en cuanto llegasen los esperados huéspedes. Durante aquellas horas, su madre le perteneció mucho más que en todos los años anteriores, y Edmea experimentó una grande alegría. Pero á las cinco la fiebre de París volvió á apoderarse de Regina, traduciéndose en la impaciencia con que esperaba el regreso del coche que había ido á la estación del ferrocarril á recoger á los viajeros. La Baronesa esperaba inquieta en la escalinata, con los ojos fijos en la avenida.

En fin, á las seis oyéronse los cascabeles y campanillas de los caballos, que sonaban alegremente, como anunciando la fiesta; el bello Fernando, que no se había presentado desde que acabó el almuerzo, acudió radiante, y en una nube de polvo se detuvo el *break*, apareciendo las más animadas figuras que pueden imaginarse, y estallando tumultuoso vocerío de saludos y exclamaciones.

Mujeres elegantemente vestidas de viaje, bajaron del coche ligeramente, dejando ver sus medias de seda en una nube de enaguas blancas. Los hombres, con la roseta en el ojal, bajaron después. Hubo abrazos, besos, apretones de manos. Y la señorita de Croix-Mort, sola, relegada á un sitio apartado, vió el castillo ocupado por aquellos bulliciosos invasores, que se esparcieron por las escaleras, los gabinetes y los salones, con ruido, con canciones, con risas, que los ecos de la vieja residencia señorial repetían asombrados.

Edmea, desde aquel momento, comprendió que ella era la que se podía considerar una extraña en su propia casa.

X

Los dos meses que pasaron después de la llegada de la primera tanda de convidados, á la que siguieron otras, produjeron en Edmea el efecto de un sueño. Podía figurarse que había dormido, y que durante su sueño había desfilado por delante de sus ojos una turba estraña en una decoración hecha expresamente para las circunstancias, porque no reconocía el castillo donde había sido educada, y cuyo aspecto había cambiado completamente.

Durante sesenta días, no había cesado allí el movimiento, un ruido, una fiebre de que no se tenía idea en Croix-Mort. Todos los días cambiaban de sitio los muebles, según el capricho de los momentáneos habitantes del palacio. Y el piano era llevado de una parte á otra, habiendo ocupado sucesivamente todos los sitios del salón, el testero, los ángulos, delante de los balcones...

De la mañana á la noche se hablaba, se cantaba, se corría, se galopaba, se cazaba, se co-

En fin, á las seis oyéronse los cascabeles y campanillas de los caballos, que sonaban alegremente, como anunciando la fiesta; el bello Fernando, que no se había presentado desde que acabó el almuerzo, acudió radiante, y en una nube de polvo se detuvo el *break*, apareciendo las más animadas figuras que pueden imaginarse, y estallando tumultuoso vocerío de saludos y exclamaciones.

Mujeres elegantemente vestidas de viaje, bajaron del coche ligeramente, dejando ver sus medias de seda en una nube de enaguas blancas. Los hombres, con la roseta en el ojal, bajaron después. Hubo abrazos, besos, apretones de manos. Y la señorita de Croix-Mort, sola, relegada á un sitio apartado, vió el castillo ocupado por aquellos bulliciosos invasores, que se esparcieron por las escaleras, los gabinetes y los salones, con ruido, con canciones, con risas, que los ecos de la vieja residencia señorial repetían asombrados.

Edmea, desde aquel momento, comprendió que ella era la que se podía considerar una extraña en su propia casa.

X

Los dos meses que pasaron después de la llegada de la primera tanda de convidados, á la que siguieron otras, produjeron en Edmea el efecto de un sueño. Podía figurarse que había dormido, y que durante su sueño había desfilado por delante de sus ojos una turba estraña en una decoración hecha expresamente para las circunstancias, porque no reconocía el castillo donde había sido educada, y cuyo aspecto había cambiado completamente.

Durante sesenta días, no había cesado allí el movimiento, un ruido, una fiebre de que no se tenía idea en Croix-Mort. Todos los días cambiaban de sitio los muebles, según el capricho de los momentáneos habitantes del palacio. Y el piano era llevado de una parte á otra, habiendo ocupado sucesivamente todos los sitios del salón, el testero, los ángulos, delante de los balcones...

De la mañana á la noche se hablaba, se cantaba, se corría, se galopaba, se cazaba, se co-

mía, se bebía, y luego se bailaba, algunas veces hasta las dos de la madrugada, después de haber pasado el día en activo movimiento en el campo... Era preciso ser de hierro para poder soportar semejante existencia, y Edmea comprendía que su madre, en un año, hubiera perdido su belleza, su frescura y su salud, y pareciera que ya no se repondría del cansancio de tal vida en todos los días de la suya.

Por lo demás, Regina no tomaba una parte activa en las diversiones de aquella gente tan alegre. Seguía de lejos, en coche, cuando los demás iban á caballo; sentada cuando bailaban, y oyendo cuando hablaban ó cantaban. Porque no todos eran brillantes é inútiles fantoches.

Edmea, en medio de las sombras de sus recuerdos, un poco confusos, veía de pie, delante del piano, una encantadora mujer, muy morena, con ojos como diamantes negros, artista consumada, cantando, acompañada por el gran compositor Roudaire, autor de *Los Bohemios*. Oía á los dos, iluminados por el sagrado fuego de la inspiración, diciendo el admirable dúo:

“Enfants de Bohème, à travers l'espace
Notre caprice nous conduit.
Nous suivons l'amour qui sourit et passe;
L'oiseau qui chante et qui s'enfuit.”

Y en su oído, la voz hermosa y apasionada de Roudaire, emitida con un arte prodigioso, resonaba deliciosa, mientras que las vocalizaciones de la cantante caían esparcidas como perlas sonoras en el fondo de un gran vaso de cristal. Veía la ancha frente, la barba gris del músico, y sus ojos fijos, mirando á lo alto, como en éxtasis ante una visión divina.

Tenía entonces Edmea sus momentos de duda. Hechizada por aquella música sublime, se preguntaba si aquellos hombres y aquellas mujeres, que se gastaban en una existencia de incesantes placeres, no eran, después de todo, los verdaderos sabios, procurándose goces deliciosos en su intimidad con los artistas de más renombre. Pero le bastaba pensar un momento para comprender que los artistas que oía no eran más que pájaros de paso, que se detenían por algunas horas en tan brillante y culta compañía, volviendo luego á continuar su trabajo. Para ellos era un exceso, mientras que para los que los rodeaban era lo ordinario, lo de costumbre, aquel incesante afán de placeres.

Alejábanse los artistas, huéspedes de un día, y cesando la influencia del prestigio de su talento, que había mantenido á toda aquella sociedad bulliciosa en admiradora quietud, volvían las cabalgatas á animar los bosques, con-

fundiendo con los verdes matices sombríos de los arbustos el rojo de las casacas de los cazadores y el azul de las amazonas. Resonaban las trompas de caza, y en los sitios más oportunos de cada uno de los cuarteles en que se dividía el monte, se disponían *lunchs* espléndidos rociados de vino de Champagne, y la alegría lo invadía todo, con sus gritos y sus carcajadas, perturbando la dulce paz de los pájaros en las ramas y en los nidos.

Otras veces se daban batidas, en busca de caza mayor, y sonaban los disparos, como si una numerosa guarnición estuviera haciendo ejercicio de fuego. Y Billet, embutido en su uniforme verde con vivos amarillos, adornado con un traje de máscara, como él decía, pasaba rojo, arisco, de un humor de los diablos, gritando en pos de sus batidores, que marchaban mal, "como un rebaño de torpes animales," y dejaba que la caza se fuera, en vez de llevarla á tiro de las escopetas de los convidados del "señor Barón."

Por la noche, veinte personas comiendo: los hombre de frac y corbata blanca; las mujeres escotadas; el gran comedor iluminado á *giorno*; brillante la plata, y los criados graves, sirviendo silenciosos, embriagados con el olor de los exquisitos manjares y de los ricos vinos. Y después, para poner término á la extenuante jor-

nada, el vals, que ponía á las mujeres bellas, alegres, y más desnudas que vestidas, en los brazos de los galanes, dando vueltas con infatigables pies, y sonriendo con miradas acariciadoras. Los maridos, en el gabinete, jugando al *poker* ó el *besigue chino*, animándose ó desalentándose, con verdadera placidez, mientras los jóvenes decían chicoleos á las señoras.

Enmedio de este tumulto, de esta feria, Edmea iba de un lado á otro, ayudando á su madre, muy reservada, sin bailar, tratada por todos con cortesía, pero con indiferencia, como una persona poco interesante, procurando mantenerse firme enmedio de aquella confusión, y dejando pasar la turbulenta ola, sin que llegase á rozarla siquiera.

El castillo parecía haberse convertido en una hostería elegante mundana. Cada tres ó cuatro días cambiaba el personal, y sucesivamente se oía toda clase de acentos. Al fin, en Noviembre pareció agotado el manantial que producía tal variedad de convidados, y fueron pocos los que vinieron; todas las amistades, todos los conocimientos, todas las relaciones habían dado el contingente posible de convidados, y Croix-Mort se encontró un día vacío, silencioso, sin el mariposeo, ni el ruido, ni la algarazara de la víspera, como, después de la fies-

ta, el esqueleto de los árboles de pólvora en la plaza pública.

El frío, aquel año, había sido muy precoz. Las heladas habían producido la caída de todas las hojas, y los arbustos aparecían negros, azotados por los ásperos vientos que sacudían las ramas secas con un ruido lúgubre. Los parterres amarilleaban y los rosales se despojaban de sus flores. La lluvia caía frecuentemente menuda y helada. Y en las chimeneas ardían los grandes troncos de peral, reservados para las habitaciones de las señoras.

Después de la excesiva animación, el profundo silencio del castillo, la gravedad sombría de la naturaleza, debían impresionar y hacerse notar más. Una especie de opresión pesaba sobre los Barones y sobre la misma Edmea. Los ojos y los oídos se acostumbran, á la larga, al movimiento y al ruido, y el súbito cambio causa estupor. Se produce la sensación del vacío. Se busca alrededor con inquietud, como si faltara algo. La costumbre era evidente que se había impuesto, y lo que al principio parecía insoponible, se echaba luego de menos cuando había concluido. En aquella vasta residencia, los tres habitantes parecía que se habían perdido, y se buscaban, como después de un naufragio los sobrevivientes dispersos en un islote desierto.

Regina y Edmea encontraron pronto su equilibrio. Organizaron su modo de vivir, y hallaron otra vez en la calma absoluta las más vivas satisfacciones. Pero Fernando, durante algunos días, parecía como un cuerpo sin alma. Se asemejaba á un perro extraviado que huele el aire en todas direcciones, en su afán de encontrar la huella de su amo. El amo de Fernando era el placer, que para largo tiempo se había alejado.

Sin embargo, pareció al fin conformarse con la soledad. Procuró distribuir su tiempo de manera que no le sobrara nada. Expresó á su mujer el deseo de que ella y Edmea se asociaran á sus distracciones, y lo pidió de un modo tan gracioso, que era difícil negarse á complacerle.

Su manera de ser respecto de Edmea se modificó sensiblemente. Le prodigaba grandes consideraciones y delicadas atenciones, como si tuviera empeño en serle agradable. Se acercaba á la joven cuando ésta se hallaba en el salón, se instalaba cerca de su silla, y conversaba con aquella; es decir, él se lo hablaba todo. No perdía jamás ocasión de dirigirle una galantería. Todo lo que ella hacía ó decía le parecía admirable. Usaba con ella una familiaridad cariñosa, que era á la vez propia de un hermano ó de un enamorado.

Á Regina le parecía encantadora esta intimidad; estaba muy contenta de lo que llamaba la amabilidad de su marido, y reprendía á Edmea, que recibía sus obsequios con una frialdad que se parecía mucho á la hostilidad.

—Querida mía—la decía Regina,—no eres razonable; no agradeces á Fernando los esfuerzos que hace para obtener que le trates con benevolencia. Tu actitud, hija mía, es muy inconveniente. Estás en edad de comprender que es preciso olvidar lo pasado y desechar tus prevenciones. ¿Qué quejas tienes del Barón? ¿De qué le puedes culpar ahora? ¿No es amable contigo?

Edmea, estrechada en sus últimas trincheras, frunció su entrecejo, y con acento duro contestaba:

—Demasiado amable, y eso me desagrada.

—Tú no puedes cambiar su carácter, y hacer que un hombre que ha dedicado toda la vida á la galantería y á la buena sociedad, deje de ser galán y cortés súbitamente, y sea huracán y frío. Podría muy bien no hacer ningún caso de tí, y cuando se afana en obtener tu simpatía, tú te ingenias para desairarle.

Edmea inclinaba la cabeza sobre su labor, y no decía nada. Pensaba, en su conciencia, que el hermoso Fernando se ocupaba demasia-

do en procurar agradarla. Había en la actitud de su padre político un fondo de osadía que la alarmaba un poco. Sin embargo, para complacer á su madre, se esforzaba en mostrarse menos arisca. No se retiraba ya temprano por la noche, como había hecho siempre. Quedábase en el salón, y dibujaba en su álbum, siguiendo el capricho de su imaginación, con una facilidad extraordinaria.

—Tiene Ud., verdaderamente disposiciones muy felices—le dijo una noche el Barón;—y será preciso que tome Ud. lecciones de un buen maestro este invierno en París.

Edmea se puso un poco encarnada, y sin levantar la cabeza, observó:

—No hay más que una dificultad para eso; y es que este invierno estaré en Croix-Mort, como los inviernos pasados.

Fernando protestó inmediatamente. «¿Cómo! —decía:—¡pensaba en continuar separada de su familia, y encerrada en su tebaida! Era imposible.

Había que pensar en el porvenir, y no vegetar en un rincón de provincia. Reflexionaría y modificaría su determinación. Su puesto era cerca de su madre. Él, por su parte, se consideraría feliz acompañándola en la sociedad, en la que, tan bella como era, obtendría gran-

des triunfos. ¿No debía ser él, el marido de su madre, su caballero?,

Oyendo á Fernando prometerle esta intimidad, Edmea sentía una invencible repugnancia. ¿Era posible que viviera al lado de aquel hombre, en una casa de París, cuando no se creía bastante separada de él en la vasta residencia de Croix-Mort?...

Fernando se acercó á ella á pretexto de procurar convencerla, y le cogió la mano. Edmea quiso retirarla; pero él la tenía bien asida. La hablaba á media voz, y su aliento le acariciaba el oído.

Edmea sintió súbito malestar. Había en la actitud de Fernando algo obscuro que la atormentaba. No se daba cuenta exacta de sus sensaciones, pero sentía un vago temor. Se levantó de pronto para desasirse, y, despidiéndose de su madre, se retiró.

Para respirar con libertad, la señorita de Croix-Mort había vuelto á hacer sus excursiones campestres, y una de las primeras que hizo fué á casa de su amado Párroco. Fué á la rectoría, y el buen hombre recibió con entusiasmo á la que llamaba siempre hijita de Dios.

En presencia del prudente y bondadoso anciano, Edmea respiraba libremente, y desechara de su imaginación las dudas y los temores

que frecuentemente la inquietaban. Llegaba á casa del Cura después de almorzar; encontraba á su amigo leyendo su Breviario, y le distraía de su piadosa ocupación. El Cura se recogía un poco la sotana por un lado, se ponía su ancho sombrero, y salía con la joven, hablando como siempre, visitando á los pobres, y recobrando ambos la alegría, tan lamentablemente interrumpida por las recepciones de otoño. No había sido posible llevar al sencillo y digno clérigo á aquella fiesta continua y desordenada. ¿Cómo había de mezclarse lo sagrado á lo profano? El excelente hombre, que no desdeñaba ciertamente las buenas comidas, las había echado de menos durante aquel tiempo; pero había orado por la salvación de todos aquellos locos, y les había perdonado cristianamente el trastorno y la privación que le causaban. En venganza, bromeaba con Edmea, aludiendo á la participación de la joven en el desorden habido en el castillo.

—¿Habrá Ud. acaso comprometido gravemente su salvación, hija mía? — le preguntaba.

—No, señor Cura—respondía Edmea con tranquilidad.—Todo lo que se ha hecho en Croix-Mort era frívolo, pero no culpable.

—Sin embargo, la gente del país dice que en

las cacerías se veían señoras vestidas de hombres: ¿es eso posible?

—Con falda, señor Cura, con falda un poquito corta para más comodidad, pero todo muy decente, se lo aseguro á Ud.

—No es menos cierto, mi amada señorita, que era un desorden y una falta de modestia muy chocantes... Las mujeres no deben hacer lo que sólo es propio de hombres.

Edmea sonreía maliciosamente, y para poner en aprieto á su excelente amigo, le preguntaba:

—¿Y Juana de Arco, señor Cura?

—¡Oh! ¡Juana de Arco!—exclamaba el clérigo.—Juana de Arco procuraba la salvación de la Francia... Diga Ud.: ¿le parece que combatir contra el enemigo nacional, por orden de los santos del paraíso, es lo mismo que asesinar inocentes animales?...

—Que son muy buenos para comerlos.

—Eso sí, lo confieso—replicaba el Cura riendo.—¡Ah, hija mía! Ud. me echa en cara las flaquezas de mi naturaleza miserable... La gula es un gran pecado...; un pecado capital que muchas personas cometen, y que Dios, así lo espero, será misericordioso, y lo perdonará...

Y hablando, discutiendo y riendo, el viejo

y la joven pasaban la tarde, yendo de casa en casa para consolar á los afligidos y socorrer á los pobres.

Frecuentemente, al volver encontraba Edmea á Billet, que con su olfato de sabueso había olido que la señorita estaba de paseo, y la esperaba escondido entre la maleza del bosque. Salía á su encuentro, como por casualidad, y cuando le decía que volvía de pasear con el Párroco, levantaba los robustos hombros, y gruñía como un jabalí. Un día no pudo disimular sus celos.

—La señorita—dijo—ya no tiene gusto en que yo la acompañe en su paseo. Todas las preferencias son para ese *negrillo*, que no la ha cuidado, ni la ha acompañado, ni la ha mimado cuando era niña, como yo lo hacía... Pero ya sé yo lo que hace la religión... Esos curitas dan á los cristianos un filtro para que los quieran...

—¡Serás animal, Billet!—le dijo Edmea, poniendo amistosamente la mano sobre el hombro del guarda.—Bien sabes que voy á ver á los pobres con el Párroco, y que estamos él y yo unidos por el vínculo de la caridad. Le estimo y le respeto, es verdad, porque él es quien me ha instruido, y ha sido muy bueno para mí; pero no le estimo más que á tí, lobo salvaje...

—Eso, eso me gusta que me diga la señorita

ta—respondió el guarda, con los ojos tiernos.—Es que, mire Ud., Juan Billet se dejaría romper los huesos por Ud... con muchísimo gusto. Y si alguno llega á intentar hacer á Ud. algún daño, no tiene Ud. más que decírmelo, y...

Edmea sintió una súbita angustia en su corazón. Fijó sus ojos con inquietud en el guarda, preguntándose si habría leído en su pensamiento para responder tan directamente á sus íntimas preocupaciones.

—¿Qué quieres decir?—le preguntó.—¿Sabes tú de alguno que se proponga algo contra mí?

—¡Yo!... No sé; pero aquí estoy yo, que tengo buenos ojos,—respondió Billet, sin querer explicarse más.

Fijó en la joven una tierna mirada de perro leal, y echándose la escopeta á la espalda, tomó el camino de su casa.

Los paseos de la señorita de Croix-Mort empezaron á contrariar singularmente al Barón. Habló de esto á Regina, que reprendió cariñosamente á su hija, porque se separaba de ellos, y se iba á corretear sólo por el campo.

—Voy á ver á mi amigo el Párroco. ¿Hago mal en eso?

—No, ciertamente; y si quieres verle, le invitaremos á comer el domingo; creo que á él le será muy agradable venir.

—¡Ah! ¡Ya lo creo!...—replicó Edmea, comprendiendo que había de ser una satisfacción para el buen hombre comer en el castillo.—Pero los paseos en que él me acompaña son muy saludables para mí.. Hace mucho tiempo que no paseaba, y ese ejercicio conozco que me prueba bien.

Entonces Fernando zanjó la dificultad proponiendo paseos á caballo. Recordaba que en otro tiempo la niña montaba gallardamente sobre los mulos de la labranza..., y manifestó tendría gran placer en acompañar á madre é hija, porque, seguramente, Regina querría ser de la partida. No se trataba de carreras á galope tendido como las de algunas semanas antes, sino de un ejercicio prudente y moderado.

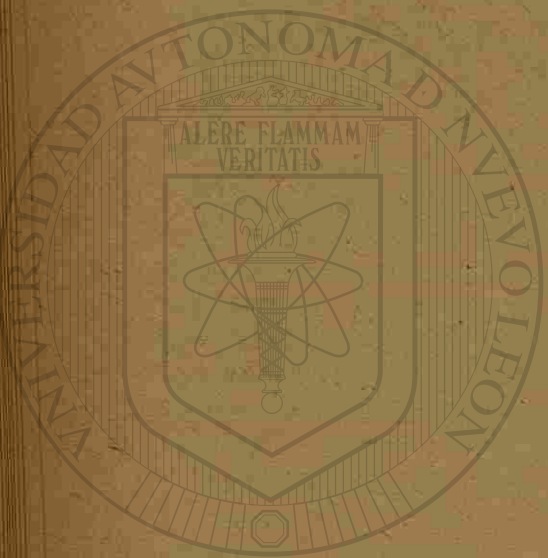
La Baronesa no se atrevió á negarse al deseo de Fernando; acaso le sería grato volver á recorrer con su marido los bosques que otras veces habían recorrido juntos, entretenidos en tiernos coloquios. La pobre no vió nada extraño en este súbito afecto de Fernando á Edmea. No se dió cuenta de que el Barón comenzaba á usar con la hija la misma conducta que había seguido con la madre. No le ocurrió la más leve sospecha. Pensaba tan poco en el mal, que si alguien le hubiera llamado la atención

sobre la extraña actitud de su marido, la hubiera indignado, pero no la hubiera alarmado.

En cuanto á Fernando, debe decirse que no tenía tampoco ideas muy claras sobre el camino que había emprendido. La atracción que experimentaba era instintiva é involuntaria. Llevado de la costumbre, inveterada en él, de ocuparse en la mujer, no bien hallaba alguna á su alcance, hacia la corte á Edmea, sin intención maligna, porque era joven y bella, pero principalmente porque ella hacia todo lo posible para hacerle comprender su antipatía. No había cálculo, y esta era su excusa, en las galanterías que prodigaba á su hija política. Seguía el instinto de su naturaleza, y si le hubieran preguntado de pronto:—“¿Pero va usted á tener el valor y la osadía de perturbar el corazón de esa joven?...”, hubiera protestado con horror.

Existe verdaderamente una especie de velo sagrado que envuelve á la joven y la defiende contra el cinismo de los pensamientos y la osadía de los actos. Fernando había resuelto friamente la conquista de Regina; era una distracción de calavera desocupado, y una especulación de hombre de mundo arruinado. Pero respecto de Edmea, estaba exento de toda premeditación.

Se dejaba llevar de un tierno sentimiento que no se le ocurría analizar, y consideraba que era amistad lo que ya era amor. Aquel *Lovelace* de profesión, obraba, en semejante circunstancia, con sencillez. Se abrasaba él mismo, sin advertirlo, poco á poco en la llama que tenía costumbre de avivar tan habilmente. El fuego le tenía dentro de sí mismo, y allí debía bullir sordamente hasta el día que una circunstancia imprevista le hiciera estallar terrible y asolador.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

En la primera salida á caballo no hubo incidente particular. Regina y Edmea dieron bizarramente la vuelta al parque, acompañadas de Fernando, y volvieron al cabo de dos horas. El movimiento y el aire libre habian animado al antes descolorido semblante de Regina. Su marido le dirigió con este motivo alguna frase lisonjera que la entusiasmó. Pero la mañana siguiente se levantó indispuesta, y comprendió que aquel ejercicio no era ya propio de su edad. Dijo á su hija con un poco de tristeza que debía montar sólo, prometiéndola seguirla en carruaje, lo que sería lo mismo para Edmea; y para ella mucho más cómodo. Pero sucedió que el carruaje no podía pasar por algunos sitios por donde los caballos pasaban perfectamente, y ésta fué una contrariedad en el paseo de aquel día.

—Veo bien—dijo Regina—que soy un estorbo para vosotros. Es una desgracia no ser siempre joven... Pero ¿qué quieres, niña mía? Lo que no puede ser, no puede ser. Salid los dos solos, y dejadme á mí en mi butaca, puesto que ya no sirvo para nada.

Pero su hija manifestó en un tono tan firme y decidido que se quedaría con su madre, que no hubo medio de insistir, y el ejercicio á caballo cesó desde el mismo día. Fernando, á quien contrariaba mucho esta interrupción, no demostró, sin embargo, ningún disgusto. Aceptó tranquilamente la privación, y se quedó en casa, no pareciendo aburrirse, y charlando con la misma verbosidad de siempre.

Y se ocupó menos en decir cosas agradables á Edmea, como si su galantería de los pasados días no hubiere sido más que un capricho pasajero. La joven sintió una especie de consuelo, y no pudo menos de agradecerle aquel cambio de actitud. Recobró un poco de confianza, y pensó si sus recelos no habrían tenido verdadero fundamento. Habló algo más, con menos sequedad, y no se presentó al Barón con aquel gesto airado y aquella gravedad con que parecía querer persuadirle de su poco afecto.

Para ocupar las noches, el Barón se había ofrecido á enseñar á Edmea á jugar al billar.

Ella se había negado, pero al fin se prestó de buen grado. Regina se instalaba en un diván debajo del cuadro, y armada de un bastoncito, iba marcando los puntos. Progresivamente se establecía entre ellos la vida de familia. Las inquietudes de Edmea se calmaban, y Fernando se conducía con ella como un buen amigo leal, ni más ni menos. El más perspicaz no hubiera encontrado nada que reprochar en sus palabras ni en su conducta. Era un hombre agradable, cortés y gracioso. Pero, ¿era criminal en él mostrarse lo que siempre había sido?

El tiempo, como si hubiera querido también añadir su encanto á tan pacífica y deleitosa existencia, era mucho más elemente. Un tardío veranillo de San Martín había serenado y despejado el cielo. El aire, áspero y seco, se dulcificaba, y los pajarillos, engañados por la dulzura de la atmósfera, cantaban en los arbustos. Una tarde, Regina, viendo á su marido ocioso y pensativo, dijo á Edmea:

—Hace una tarde hermosa; debíais pasear á caballo por el jardín: los caballos estarán aburridos en la cuadra.

Si Fernando hubiese cogido al vuelo estas palabras y manifestado su conformidad con esta proposición, Edmea hubiera probablemente reflexionado y se hubiera negado ciertamente.

te á seguir el consejo de su madre. Pero pareció él tan indiferente, tan indeciso, se apresuró tan poco á aceptar, que no tuvo ocasión de alarmarse la prudencia de la joven. Estimulada por su madre, se dejó convencer, y consintió en dar un paseo á lo largo del estanque, á la vista de las ventanas del salón. Un cuarto de hora después, iban los dos á caballo, al paso, por la orilla del río, ella delante, él un poco atrás, taciturno y como dormido.

Edmea notó con extrañeza la actitud del Barón, tan indiferente y poco expansivo, él, á quien tanto entusiasmaba el ejercicio á caballo, siendo, como era, excelente jinete. Tocó la joven ligeramente con el látigo á su caballo, que se puso al trote y avanzó un poco.

El no la siguió; conservó su paso lento, como si olvidase que su misión era escoltar á la joven. Ella, viéndose libre, y sin darse bien cuenta de lo que hacía, corrió vivamente, sin preocuparse de su compañero, y alegrándose de que no la siguiera. Pasó al trote el puente de la Divonnette, y se entró en el parque. Delante tenía una calle de árboles un poco pendiente, flanqueada de altos y negros abetos. Picó un poco al animal, y éste se lanzó al galope. Al llegar arriba, se detuvo un momento, y contempló la naturaleza, mientras el caballo

alargaba el hocico para refrescar su boca con la hierba.

Muchas veces habia venido á sentarse en aquel sitio, esperando á Billet, y había distraído sus ojos contemplando la inmensidad de la llanura matizada de bosques y cortada por los ríos, cuya corriente, al reflejarse en ella el sol, brillaba entre las largas hileras de juntos. Jamás le había sorprendido y encantado tan profundamente el paisaje que tenía delante de sus ojos. Un labrador, siguiendo lentamente el surco obscuro, se inclinaba sobre su arado, del que tiraban cuatro vigorosos caballos, cuyo sudor humeaba en el aire. El hombre les excitaba con un grito seco, y los animales apretaban los corvejones y hacían fuerza con el robusto cuello. Junto á un montecillo de tierra blanco, algunos hombres bajaban y subían, con el auxilio de un torniquete de madera, espuestas de tierra; y en el fondo del valle, en las lindes de los bosques, los corderos, bajo la guarda de un pastorcillo que silbaba alegremente, iban de aquí allá en demanda de la hierba amarilla y escasa. Más lejos, en el pueblo de Clairefont, se veía alzarse el campanario de la iglesia, en medio de la verdura de los jardines y de los tejados rojos de las casas. Y á lo largo de una pared gris, un vendimiador pasaba revista á

las estacas de sus vides. Era un precioso cuadro, bañado por una luz dorada. Reinaba una paz profunda, formada por la tranquilidad vigorosa de la tierra y la serena seguridad de los que la trabajaban.

Edmea, que no había salido de casa durante algunos días, gozaba deliciosamente de las bellezas de aquel paisaje incomparable. Largo tiempo estuvo allí inmóvil, acariciada por el viento que venía del valle.

Un ruido súbito la distrajo de su contemplación.

Se volvió con enojo, y vio al Barón, que subía al trote la pendiente por donde ella había llegado á aquel sitio. Se sintió contrariada por no haber podido sustraerse á la vigilancia importuna de su acompañante. Y, mitad deseo de estar sola, y mitad capricho de dar una sorpresa al Barón, recogió la brida y dirigió su cabalgadura hacia la línea circular que conducía al puente de la Divonnette.

Su largo velo, desprendido, flotaba á su espalda, y Edmea corría sobre un suelo elástico y suave de brezo, cubierto de musgo. No pensaba ya en Fernando, cuando le volvió á ver á su izquierda, en un sendero transversal, próximo ya á llegar donde ella estaba, porque al efecto había tomado el atajo. No quiso que

el Barón se le pusiera al lado, y continuó á galope. El Barón le gritó:

—¡Edmea, juicio; que la va á tirar á Ud. ese animal!...

Ella seguía corriendo, no castigando á su montura, pero excitándole con la voz, de suerte que cada vez era más rápida su carrera. Fernando, viéndola pasar así, huyendo de él y desafiando su enojo, cedió á un movimiento de vanidad, y quiso ganarla en velocidad, adelantarse á ella, y detenerla. El caballo que llevaba era un animal de sangre, muy vigoroso. De pie en los estribos, el cuerpo hacia adelante, con el aplomo de quien ha montado mucho, le hizo tomar el galope de carrera. No tardó en ser corta la distancia que los separaba.

Edmea, oyendo que se acercaba el Barón, sintió un miedo súbito, como si la persecución hubiera sido realmente cierta, amenazadora. En su cabeza, inflamada por el movimiento y la emoción, surgieron las más extrañas ideas. Imaginó que iba fugitiva, perseguida por implacables enemigos, y que su libertad dependía de la rapidez de su fuga. Si llegaba al punto la primera, estaba en salvo; allí encontraría asilo y protección. Pero si se dejaba alcanzar, estaba perdida. La impresión nerviosa que sentía parecía que la comunicaba á su yegua, que,

las narices humeantes, los ojos saltones, ar-
dientes y espantados, la cabeza baja y la boca
vertiendo espuma, empezaba á no obedecer á
la brida.

El Barón, más tranquilo, se alarmaba por
la violencia de la carrera, y juzgando que la
yegua de Edmea se desbocaba, no se atrevía á
gritar, temeroso de excitarla más. Iban con tal
velocidad, que el Barón veía al fin del camino
acercarse, como si se moviera y viniera hacia
ellos el puente estrecho y resbaladizo de la Di-
vionnette. "No puede detener al caballo—pensó,
—y si por desgracia el caballo tropieza y cae,
esa mujer perece. Es preciso á toda costa que
yo me adelante y la cierre el paso, antes de lle-
gar al río."

Hallábase detrás de ella; la cabeza de su ca-
ballo casi iba á tocar á la grupa de la yegua,
metió espuela, apretó las rodillas en un esfuer-
zo que le hizo ganar algunos metros, y con la
mano derecha cogió la brida de las de Edmea.

Ésta, roja de cólera y de temor, gritó:

—Déjeme Ud.

Él, rojo también, sin poder apenas respi-
rar, contestó:

—No sabe Ud. lo que hace.

—Lo sé muy bien—replicó exasperada...—
y le prohibo á Ud. que me detenga.

Iban muy juntos los dos, corriendo todavía,
pero con menos velocidad, ella desafiándole
con la mirada y amenazándole con la voz; él
sosteniendo firme la brida y negándose á sol-
tarla. En un instante, la joven, ante esta tena-
cidad, sintió exacerbarse su terror y su odio;
se vió ya en poder del hombre que temía y de-
testaba.

Quiso desasirse á todo trance, y levantando
el látigo, sacudió con rabia sobre la mano que
le impedía huir.

—¡Edmea!—gritó el Barón. Y violentamente,
cortando la boca de la yegua, la detuvo instan-
táneamente. La joven saltó sobre la silla, y hu-
biera caído, si él con brazo vigoroso, no la hu-
biese sostenido. Aturdida, ciega, á punto de per-
der el conocimiento, estuvo un segundo, sin
fuerza y sin conciencia de su estado, apoyada en
el hombro de Fernando, asiéndose instintiva-
mente á él. Habíase soltado su negra cabellera,
y Fernando se sentía embriagado de su perfume
dulce y penetrante. La miraba, recreándose en
su belleza y en su juventud; y olvidando dónde
estaba, quién era ella y no viendo nada más
sino que aquel cuerpo hechicero que palpitaba
junto á su pecho era el de una mujer adorable,
y en secreto adorada, perdió la cabeza, sus la-
bios tocaron con delicia los negros cabellos per-

fumados, y murmurando palabras incoherentes, la estrechó contra su corazón.

Edmea abrió los ojos, se vió en brazos de Fernando, le rechazó violentamente, y saltando á tierra, echó á correr con todas sus fuerzas hacia el río, loca, tropezando á cada paso por lo que la impedía correr la amazona, y exhalando gritos inarticulados. Llegó al parapeto del puente, y allí se detuvo; la pobre se ahogaba. Se apoyó en el pretil, comprimiendo con una mano su corazón, que rebosaba espanto y repugnancia. Fernando la siguió lentamente, como anonadado. Edmea le gritó con voz de angustia:

—¡No se acerque Ud.!

—¡Edmea!—exclamó, siguiéndola;—por caridad...

—Si da Ud. un paso más, me precipité en el río!...

Inclinada sobre el pretil del puente, iba á realizar su amenaza. Fernando se detuvo. Y allí estuvieron unos momentos, uno enfrente de otro, aterrados los dos, él por lo que había hecho, y ella por lo que había sufrido. Pasos rápidos entre la maleza les sacaron de su estupor. La joven lanzó una exclamación de alegría, reconociendo á Billet, que llegaba presuroso. Al ver á su señorita y al Barón, frunció el entrecejo, y corrió jadeante.

—¡Ah! ¿Era Ud., señorita Edmea, la que gritaba hace un momento?—preguntó asustado, al ver el desorden en que se hallaba su querida ama.

Y como Edmea, temiendo hablar demasiado y descubrir la vergüenza de lo que había pasado, callaba, prosiguió:

—¿Qué ha podido suceder á mi señorita, paseando á caballo con el señor Barón, que es tan buen jinete?

Fernando recobró el primero su sangre fría, y queriendo poner término á las preguntas del guarda, contestó:

—La yegua de la señorita se ha desbocado, y ha faltado muy poco para que la arroje al río.

—Pues pronto se ha serenado el animal—replicó Billet, señalando á la yegua, que, empapada en sudor, estaba á un lado del camino.—¿Ha sido al detenerla cuando se ha hecho el señor Barón esa herida?...—preguntó á Fernando, en cuya mano se veía una línea morada, profunda, como si hubiera recibido un sablazo.

—Si, deteniéndola,—contestó Edmea haciendo un esfuerzo.

—Pues no ha salido bien librado el señor Barón—murmuró Billet, con un tono tan irónico,

pudo llorar sólo y desahogar su oprimido corazón. Toda la fuerza de carácter que había demostrado para disimular delante de Billet y de su madre, la había abandonado, y era ya débil como un niño. Espantábale la idea de que tenía que verse otra vez en presencia de aquel hombre, cuyo recuerdo le hacía temblar. Encontrarse con él, soportar sus miradas, no algunos instantes, no una sola vez, para no verle luego más, sentarse con él todos los días á la misma mesa, en el mismo salón, hallarle en las escaleras, en los corredores, y verse expuesta nuevamente á sus audacias, esto era lo que esperaba la joven. Y se retorció las manos desesperada. ¿Era posible que no pudiera evitar tan cruel suplicio?

Buscó ansiosamente el medio de evitarlo. Pero, ¿cómo? Los dos estaban unidos á la cadena indisoluble de la familia. Él era el esposo de su madre; ella la hija. Su madre, la madre adorada, los unía de una manera implacable. El alejamiento del Barón, ó el suyo; no había otra solución: una ruptura completa é irreparable de los lazos que los unían.

Pero, ¿cómo procurar esta ruptura sin destrozar el corazón de la madre? ¿Cómo podía ella denunciar al Barón á su propia mujer? ¡Oh, todo antes que hacer saber aquella infamia á la

pobre mujer! Además, ¿cómo decírselo?... ¿En qué términos podía explicarse aquella monstruosidad, cuyo sólo recuerdo la indignaba tan profundamente?

Edmea soñaba, llena de cólera, atroces venganzas para castigar al miserable. La boca, crispada por una sonrisa de odio, los ojos rebosando ira bajo sus cejas negras, deploraba no haber tenido á mano un arma con que castigar la infamia en el acto, dejando sin vida al infame. Pero él vivía, y para defenderse de él encontraba mil dificultades. El único recurso que le quedaba era abandonar la casa, y refugiarse en un convento, ó persuadir á su madre de que ella y su marido debían volverse á París.

¡El convento! ¿Con qué pretexto? Todo el mundo sabía que no era muy religiosa. Fingir súbitamente una vocación decidida, era peligroso. Nadie la creería. ¿Á qué comentarios, á qué malicias no podría dar lugar semejante inesperada resolución? Una joven de su edad, renunciando de pronto al mundo, haría creer, por lo menos, que sentía las amarguras de un amor contrariado, ó que no era feliz en compañía de su madre.

Entregaría su vida á la curiosidad pública. Ya oía las malicias y los equívocos de todos aquellos ociosos que durante el otoño habían

sido huéspedes de Croix-Mort. ¡Qué alimento para su ociosidad mundana! Y, además, ella no podría vivir en el convento. La vida claustral, las celdas desnudas y frías, los prolongados rezos, el sonido monótono del órgano, los cánticos religiosos, toda la pompa solemne y vacía del culto, la helaba de espanto. No podría acostumbrarse, y en la piadosa casa de Dios entraría una rebelde, no una religiosa.

¿Y qué hacer? ¿Obtener de Fernando que regresara á París, pedirle esto como un gran favor? ¿Mostrarse humilde y suplicante, cuando debía mostrarse implacable? ¡Qué amargura y qué vergüenza!

En su oído sonó siniestra la campana que llamaba á comer, perturbándola en sus tormentosas meditaciones. Había llegado el instante de dar á su semblante un aspecto marmóreo para arrostrar las miradas del ser aborrecido. Procuró serenarse, é irresoluta respecto del porvenir, pero decidida en cuanto al presente, bajó al comedor.

La madre la preguntó afectuosamente si se había repuesto de sus emociones. Él no dijo palabra, ni la miró siquiera. Estuvo serio y preocupado durante toda la comida, y la Baronesa, sin comprender los precipicios que bordeaba, le dió broma jovialmente con motivo del

mutismo en que le veía. El Barón respondió de una manera evasiva, y quiso hacer esfuerzos para disimular, pero no pudo. Apenas terminó la comida, se levantó, fuese á la terraza, y empezó á dar paseos, fumando como de costumbre.

Edmea le veía pasar y volver á pasar, con la cabeza baja, por delante de la ventana. ¿En qué pensaría? ¿Qué monstruosas esperanzas acariciaría? Parecía abatido por un peso demasiado fuerte: el de su infamia.

Lo estaba, en efecto. Aquella sorpresa, más rápida que el rayo, que había puesto durante un momento á Edmea en sus brazos, desgarró el velo que hacía un mes obscurecía su mente. Habíale iluminado un relámpago. Había comprendido el sentimiento que le arrastraba hacia la joven, y esta revelación formidable le había anonadado.

Batallaban en él diversos sentimientos. Sentía compasión, vergüenza, cólera, mezclado todo esto con una especie de voluptuosidad atroz. Se consideraba un hombre cruel y desnaturalizado, y al mismo tiempo pensaba que Edmea era una mujer adorable. Se condenaba y se disculpaba á la vez. Producíase un conflicto terrible entre sus remordimientos y sus apetitos. Todo lo que aún había en él de puro y generoso se rebelaba, y todo lo que la mala vida anterior

había desarrollado en él de malsano y pernicioso le envolvía en una ansia espantosa é irresistible.

El angel bueno y el angel malo se disputaban aquella alma perturbada, y combatían con armas iguales. Una palabra amable pronunciada por Edmea, una lágrima casta de sus ojos, podían, en aquel momento decisivo, hacer caer de rodillas, arrepentido y regenerado, á aquel desgraciado, vacilando sin voluntad entre sus virtudes naturales y sus vicios adquiridos.

Volvió al cabo de cinco minutos, tiritando de fiebre más que de frío, y vino á colocarse cerca de la chimenea con los ojos bajos, en la actitud de un sentenciado que espera la ejecución de la sentencia.

Edmea estaba sentada cerca de su madre, delante de la mesa, trabajando, y su aguja se movía en sus dedos, mientras su corazón latía con violencia en el pecho. Regina hacía algún tiempo no podía estar más de una hora sin moverse, porque decía que, prolongando mucho la inmovilidad, sentía luego torpeza en las piernas. Fernando conocía esta particularidad, y espiaba el momento en que su mujer, para desentumecerse, fuera á dar una vuelta por la inmediata galería.

La joven se estremeció viendo á su madre

levantarse. Comprendió que iba á quedar sola, y dudó si seguiría á su madre. Fernando hizo un movimiento rápido para impedirselo, y viendo que ella iba á gritar, le dijo suplicante:

—Ruego á Ud. que no se marche... Es preciso que hable con Ud., y si no es esta noche, creo que no podrá ser nunca.

—¿Qué quiere Ud.?—preguntó, haciendo un esfuerzo para aparentar firmeza.

—No quiero más que la compasión de Ud.

Edmea le miró con ira.

—¿Merece Ud. otra cosa que el desprecio?

—Ya me odiaba Ud.—contestó tristemente; —desprecio ú odio, es igual.

—¿Qué otros sentimientos—replicó la joven—me ha de inspirar quien ha introducido aquí la perturbación y el mal? Antes de conocer á Ud., mi madre tenía salud, paz y ventura. Ahora está enferma, triste y desolada. Yo no tenía ni pesares ni inquietudes... Ud. me ha hecho conocer las tristezas y las amarguras. Y no era esto bastante; ha sabido Ud. hacerse de tal manera odioso, que no podré seguir viviendo en esta casa, que tiene mi nombre, si Ud. no sale de ella para no volver jamás.

La sangre se agolpó en la cabeza de Fernando, y aparecieron manchas rojas en su pálido rostro.

—¿No puedo esperar de Ud. más que violencia y cólera?—preguntó con amargura.—¡Ah! Soy muy desgraciado... Sufro tanto, que no puede explicarse... Si Ud. supiera lo que me inspira... No es afecto, es una adoración sobrehumana. Dígame Ud. alguna palabra menos dura... Déjeme Ud. esperar que llegará á perdonarme.

El rostro de Edmea reveló la expresión del odio más implacable, y crujiendo los dientes y con los ojos fuera de las órbitas, exclamó:

—¡Jamás!

—Hace Ud. mal—murmuró Fernando con voz sorda:—con un poco de bondad, haría usted de mí cuanto quisiera.

—Yo no quiero hacer nada de Ud.—replicó Edmea con furor;—no quiero ver ni oír á usted... Daría mi vida de buena gana por poder anonadarle á Ud. con una palabra. Si Ud. no es el último de los miserables y de los cobardes, váyase Ud. mañana de aquí, llévase á mi madre, si quiere, y no vuelva Ud. á presentarse nunca ante mi vista... ¿Consiente Ud.?

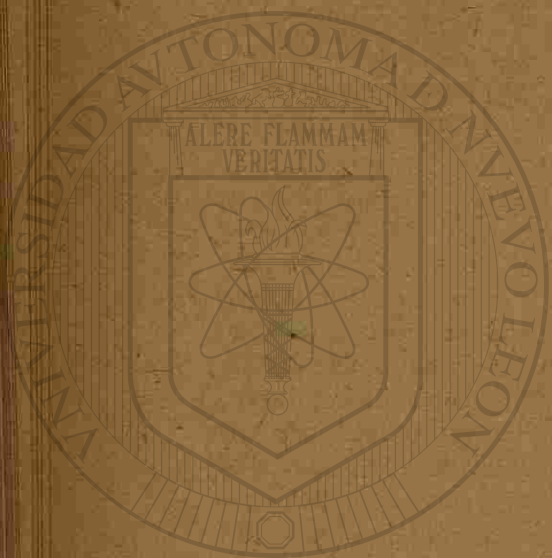
Movió Fernando la cabeza con una risa siniestra, como si se volviera loco, y repitió lúgubramente:

—Hace Ud. mal.

—Pues bien—añadió la joven;—puesto que

no puedo despertar en Ud. un sentimiento de honradez, sólo debo reclamar su prudencia... Le prevengo que me defenderé contra usted como si fuera Ud. un bandido, y le declaro que, á partir desde este momento, si solamente se atreve Ud. á dirigirme la palabra, le abofeteo delante de mi madre...

Regina volvía. Tarareaba con perfecta tranquilidad, sin sospechar siquiera la horrible escena que terminaba al entrar ella en el salón. Edmea no honró á Fernando ni siquiera con una mirada de amenaza, abrazó á su madre, y se retiró á su habitación.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

XII

Desde aquel día, Edmea vivió alerta. Estaba resuelta á sostener la guerra declarada, con toda la violencia que era en ella característica. Menos arrebatada, más habil, hubiera podido, como Fernando le había dicho, lograr mucho de él. Hubiera llegado á dominarle enteramente. Pero ella obraba en el sentido á que le obligaba su naturaleza. Sufría así las consecuencias fatales de su carácter independiente y sombrío. Cuando era niña, no había sabido enloquecer de amor á su madre con caricias y ternuras. Siempre había sido fría, reservada, y así no había conseguido hacerse dueña de la frívola y sentimental Regina. En el momento del matrimonio se había rebelado, empezando á luchar con una fiera singular y una osadía impropia de una niña. Y, en fin, con su implacable rigor acababa de empujar á los más peligrosos caminos á un insensato, que un senti-

miento de dulce y misericordiosa generosidad hubiera atraído seguramente al bien.

Tuvo la joven horribles accesos de desesperación. Encerrada todo el día en su "laboratorio", no estaba en disposición de trabajar ni tocaba sus pinceles. Sentada en un diván, los ojos fijos, pensaba en su horrible situación, considerándola en todas sus fases, y sin llegar á una solución favorable. Siempre ante ella, como un obstáculo insuperable, aparecía su madre, á quien quería, en cuanto fuese posible, evitar la terrible revelación de la común desgracia. No veía más que un medio de defensa: la clausura.

Bajaba á almorzar y á comer, y luego volvía á encerrarse. En su cuarto, cuya puerta cerraba con llave y cerrojo, respiraba mejor. Pero este aislamiento debía necesariamente extrañar é inquietar mucho á su madre. Su hija ya no quería estar en el salón, no dirigía la palabra al Barón, y esto cuando ya creía Regina que se había establecido entre ellos una intimidad amistosa. Todo aquello era anómalo, y Edmea preveía con angustia que su madre había de alarmarse.

Felizmente, á Fernando fué á quien primeramente pidió explicaciones su pobre mujer. Dominado por una irritación que había tenido que

disimular, éste no supo contenerse, y se extendió en amarguísimas quejas de la miserable existencia que sufría entre una mujer vana y frívola y una hija rebelde, sombría y muda. Maldijo el tiempo, que era duro, el castillo, que era lúgubre, y se mostró tan aburrido y desesperado, que Regina, desolada, le propuso volver á París al día siguiente. Creía complacerle, pero él se negó á aceptar tal proyecto. Entonces Regina no supo hacer más que llorar, y aumentó con sus lágrimas la exasperación de su marido, que le ocultaba el verdadero origen del estado en que se hallaba. Fué brutal, habló duramente á su mujer, y viéndola insistir en sus disculpas y sus lamentaciones, salió, livido de cólera, para no ceder á la infame tentación de poner la mano sobre ella.

La Baronesa se dirigió á Edmea, y le preguntó qué motivos tenía para su actitud respecto de Fernando. La joven aparentó asombrarse de lo que su madre le decía y no comprender sus observaciones. Ella era la misma de siempre. Quizá, estando preocupada con un trabajo que le interesaba mucho, tomaba alguna menos parte que antes en la vida común. Pero si todos en la casa tuvieran afición á ocuparse en algo como ella, no habría el mal humor que produce la ociosidad. Su recurso era la pintura.

El Barón tenía el de la caza. ¿De qué se quejaba su amable padre político?...

Se expresó con sumo tacto y gran moderación, haciendo esfuerzos para dominarse y no soltar las palabras que pugnaban por salir de sus labios. Y logró calmar las inquietudes de su madre, y convencerla de que la fermentación de la discordia no estaba en ella.

Entonces Regina no vaciló, y, abandonando todo disimulo, abrió su corazón á su hija. Le confió el tormento que la causaba la feroz tristeza de Fernando. La dejó entrever un poco del misterioso abismo de dolores en que se ahogaba su corazón, y pidió con lágrimas á su hija que la ayudase á obtener, no la felicidad, imposible para ella, sino un poco de tranquilidad. Edmea era la alegría del hogar. Si ella se eclipsaba, todo aparecía triste y sombrío. Y, en fin, la suplicó, como una prueba de su cariño filial, que viviera menos retraída, menos hosca, pues en esto consistía que hubiera paz en Croix-Mort.

Edmea oyó sin pestañear esta formidable exigencia. Sin duda se quería que transigiera con aquel de quien huía con toda la indignación de su ofendida castidad. ¡Y esto por amor filial! Con el corazón destrozado por la pena, pero con el rostro sereno, consintió. Re-

cibió con amargura las caricias de su madre agradecida, y, para obtener la seguridad y el reposo de la pobre mujer, se arriesgaba á comprometer el suyo.

Su reaparición en el salón desarrugó el ceño de Fernando. Una ráfaga de alegría brilló en su frente. No podía esperar nada; pero se alegraba viendo, aunque fría y amenazadora, á la mujer en quien pensaba incesantemente. Se sentó lejos de ella, cogió un libro, y empezó á hojearlo lentamente; después echó la cabeza sobre el respaldo de la butaca, y fingió dormir. Pero estaba bien despierto, y Edmea sentía que los ojos del Barón no se apartaban de ella, fijos é insistentes, como la idea cuya obsesión sufría sin cesar. Algunas veces, en el espejo de su mesa de labor, sin que él lo notara, le había observado furtivamente, y la expresión del rostro de Fernando la había aterrado. No la perdía de vista un momento; su mirada la seguía, la envolvía, y en ciertos momentos parecía acariciarla.

La existencia de la señorita de Croix-Mort se hizo penosísima, intolerable: siempre temiendo no sabía qué. Angustias continuas y vagas, á que todo contribuía en aquella triste mansión. Cuando casualmente, al bajar por una escalera, sentía que alguien venía detrás, Ed-

mea se precipitaba, para bajar antes, con peligro de caer y romperse una pierna.

Había en el corredor del primer piso, entre su habitación y la meseta de la escalera, un recodo oscuro, y no pasaba nunca por allí sin un miedo horrible. Un hombre hubiera podido fácilmente ocultarse en aquel sitio, y siempre temía ver salir de allí á Fernando como una aparición terrible. Por la noche, durante sus largos insomnios, temerosa al más leve ruido, atento el oído, percibía vagos rumores, misteriosos pasos en la galería donde estaba su habitación. Contenia la respiración para oír mejor, y creía percibir, detrás de la puerta, el murmullo de ahogados suspiros. Antes de acostarse tenía la previsión de mirar si el cerrojo de la puerta ó la cerradura presentaban alguna señal de violencia. Y después de adoptar todas las precauciones, se acostaba, dispuesta á defenderse hasta la muerte si era preciso.

La pobre, á pesar de todo su valor, no podía vivir, y comenzaba á enflaquecer y desfigurarse. Aquella constante tensión de su espíritu era el más doloroso de los tormentos. ¡Disimular, mentir y desconfiar, ella, que era la lealtad, la franqueza y la confianza mismas!... ¿No era mejor un estallido que pusiera fin á aquella lucha sorda y penosísima? Pero, ¿cuándo

se produciría este término consolador y espantoso á la vez? El mes de Diciembre, y el matrimonio no hablaba de volver á París. ¿Tendría Edmea que sufrir todo el invierno aquel odioso bloqueo?

Los únicos días que Edmea sentía algún alivio en su pesadumbre eran los domingos cuando el Cura venia á comer en Croix-Mort. En su presencia se animaba; la sonrisa reaparecía en sus pálidos labios, y sus ojos recobran la expresión tranquila y candorosa. Muchas veces había querido confiar sus horribles penas al Cura. Sería un gran consuelo para ella oír el consejo de aquel viejo, que tan tiernamente la amaba.

Llevábale á la terraza, temblando, febril, y á medida que llegaba el momento de hablar, su angustia crecía, y no podía articular palabra. Tenía vergüenza, como si en aquella funesta pasión de que era objeto hubiera algo infamante para ella. El buen hombre la decía:

—Pero ¿qué tiene Ud., mi querida señorita? Está Ud. intranquila. ¿Qué es lo que la mortifica?... Hace mucho tiempo que no me hace usted el favor de venir á pasear conmigo por esos hermosos campos.

Respondía de una manera evasiva, pensando en lo que no se atrevía á decir, y conteniendo

do las palabras de la horrible confesión que iban á abrasar sus labios.

En fin, un día, su corazón, rebotando ya amargura, estalló en convulsivos sollozos, que produjeron en el Sacerdote el más profundo estupor. Edmea se asió á su brazo para no caer, sofocada por una crisis nerviosa, y el pobre hombre, con los ojos muy abiertos, no sabiendo lo que la pasaba, decía con voz de angustia:

—¡Edmea! ¡Mi amada Edmea!... ¿Qué sucede? ¿Qué sucede?... Yo voy á llamar á su madre de Ud.

La joven recobró su energía para pronunciar un "¡No!", tan claro, tan fuerte, que el Cura presintió alguna misteriosa y terrible aventura. El Sacerdote reapareció en aquel momento, firme, entero y grave, con palabras de esperanza y de misericordia en sus labios, y dispuesto, en nombre del Divino Maestro, á consolar ó absolver.

Bajaron lentamente hasta la orilla del estanque, y se detuvieron junto á la escalinata del embarcadero. Los botes, amarrados con su cadena, se balanceaban llenos de hojas caídas de los sauces. Los cisnes nadaban arrogantes y vanidosos sobre la superficie del agua. Edmea recordó con tristeza el día en que, viéndolos, había tomado la resolución de mantenerse, co-

mo ellos, aislada y altiva con su melancólica pureza. ¿No profanaban en cierto modo aquella pureza los deseos inicuos que sentía que en redor suyo se agitaban? Volvieron á asomar las lágrimas á sus ojos, y el buen Cura se preguntó con espanto si un dolor semejante podía ser el de un corazón inocente.

—Dígame Ud. todo, hija mía...—dijo, ahogando un suspiro.—Aquí, como en el confesionario, puede Ud. estar segura del secreto.

Edmea adivinó la sospecha que había hecho nacer en el ánimo del Párroco; se ruborizó, fijó en él la mirada candorosa, y sintiéndose con más valor, le dijo.

—Un consejo es lo que tengo que pedir á usted, padre mío, y no es una confesión la que he de hacer en este momento... No me encuentro en culpa de nada. Y si Ud. me ve tan turbada, es porque, sin saber qué resolución tomar, tampoco sé á quién acudir, á quién volver los ojos.

Y ya sin vacilaciones, sin debilidad, reveló al anciano con perfecta franqueza la terrible realidad. El sacerdote la oyó silencioso, con visible emoción. El buen hombre, confidente de todos los malos pensamientos y de todas las acciones culpables, no había podido presentir tan temeroso y siniestro misterio. ¿Qué diría á

aquella joven, doblemente ofendida, porque á su propia ofensa habia que añadir la de su pobre madre? ¿Cómo haria para preservarla y defenderla? Quedó suspenso algunos momentos, lleno de angustia, durante los que creyó oír risas de demonios desafiando al cielo, y triunfando ya en la obra abominable comenzada.

—Nuestra miserable humanidad—dijo con tristeza—tiene la falta por punto de partida, y el crimen profanó su origen. El mal está dentro de nosotros, y nos hace sucumbir facilmente. Pero hay grados en la impureza, y yo no podía presumir que un hombre pudiera descender tan bajo... ¡Pobre niña! ¡Cuánto la compadezco por tan inmensa desgracia, y cuánto la admiro por su incomparable valor!... Es usted verdaderamente una santa, y Ud. desarmará á la iniquidad...

Con la mayor ternura, cogiendo afectuosamente las manos de Edmea, continuó:

—Es imposible que el cielo abandone á usted... Hay, no lo dude Ud., obstáculos supremos, que Dios suscitará oportunamente. Le imploraremos de todo corazón, y Él la defenderá, mi dulce y amada Edmea... Pero es preciso no dejarle todo el cuidado á la Providencia, y sería yo un loco si no aconsejase á usted

que adoptase todas las precauciones posibles para su seguridad. Ud. sabe cuánto la amo, y creo que, además de mis súplicas al Todopoderoso, puedo ayudar á Ud. de otra manera. ¿No cree Ud. que sería conveniente abrir los ojos de su señora madre? ¿Quiere Ud. que yo la hable?...

Pero Edmea, que hacia tanto tiempo tomaba las mayores precauciones para que la Baronesa no se enterase de nada, suplicó al Cura que no lo hiciera.

—¿Pues cree Ud.—continuó el Cura—que no podrá auxiliar á Ud. de una manera muy eficaz?

—No, señor Lavasseur; no puedo esperar ningún auxilio de ella... ¡Es tan debil y tan facil de engañar!... Ya ha sufrido bastante por ese desgraciado sin exhalar una queja... No puedo decir á Ud. todo lo que he sorprendido ó adivinado durante los dos meses de agitación y fiesta que han precedido á estas tristes semanas... No recelaban de mí, y se hablaba sin rebozo... ¡Si supiera Ud. cuántas humillaciones y cuántos ultrajes ha sufrido mi pobre madre!... Entre las mujeres que vivían bajo su techo, que se sentaban á su mesa, la abrazaban, la acariciaban descaradamente; las había que habían sido, ó eran, sus rivales... Me avergüenza tener

que decir estas cosas...; pero se hacia escarnio de mi madre cinicamente. Y ella, señor Cura, no lo ignoraba, estoy segura, porque habia días en que hacia trizas el encaje de su pañuelo, al mismo tiempo que sonreía... ¡Y ella lo sufría todo!... ¿Qué quiere Ud. que haga por mí, no habiendo sabido hacer nada por ella?... No, no; yo no le iré á dar ese tormento... Respetaré su última ilusión... Y no la diré nunca lo que pasa, hasta el día en que ya no encuentre absolutamente otro refugio que sus brazos.

Callaron uno y otro. El clérigo admiraba el valor de aquella mujer; y con sus ojos de hombre honrado, buscaba en torno de la frente pura de Edmea el nimbo de oro que se ve en las vírgenes mártires.

—Y á él, ¿quiere Ud. que yo le hable?—preguntó.—¿Quién sabe si, viendo que yo conozco sus detestables proyectos, no se avergonzará de sí mismo?... Los ojos de un hombre de bien son un buen espejo, hija mía... En los míos se verá perverso y aborrecible, y acaso se arrepienta y se enmiende.

Edmea movió la cabeza, dudando del resultado de lo que la proponía.

—Pruebe Ud., si quiere, padre mío, aunque no creo que consiga Ud. nada. Si he confiado á usted mis penas hoy, ha sido porque ya me sen-

tía sin fuerzas. Usted siempre me ha querido; y me ha conocido tan niña, tan inocente y tan venturosa, que estaba segura de que Ud. habia de tener compasión de mí.

—¡Ah, mi querida señorita, hija predilecta de Dios! ¡Ojalá pudiera yo librar á Ud. ahora mismo de toda pesadumbre, y devolverla la paz y la esperanza, aunque fuese á cambio de mi vida! Con gusto ofrecería yo este sacrificio al Señor... Yo le pediré que me inspire palabras que puedan persuadir y reducir á ese hombre... Mañana, cuando me vea Ud. llegar á Croix-Mort, salga Ud., y vaya á esperarme á mi iglesia. Cuando termine la conferencia, vendré á reunirme con Ud... Y, confianza y valor, hija mía.

Lentamente, sin hablar más, volvieron al castillo, esforzándose en dar á sus fisonomías la apariencia de la confianza y la indiferencia.

En el jardín de la iglesia, la mañana siguiente, Edmea se paseaba triste y pensativa. Seguía la hilera de plantaciones, despojadas ya de sus flores, que el jardinero, al mismo tiempo enterrador, cultivaba con el mismo instrumento que le servía para cavar las fosas. En el fondo, adosado á la pared del cementerio, habia un pabellón de emparrado, en el que, en estío, una viña virgen ostentaba sus hojas púr-

pura. Muchas veces había estado sentada allí la niña con el padre del Cura, el viejo pintor, su maestro, que ya reposaba bajo el musgo verde al lado de la iglesia que había restaurado y embellecido. Mientras el pintor y ella hablaban, contándole el viejo alguna sencilla historia, el Cura paseaba á la sombra de la pared, leyendo su Breviario. ¡Qué horas tan dulces y tranquilas había pasado allí! ¡Y qué lejos estaban ya! ¡Dichosos recuerdos de grátísima memoria, tan distintos de las penosas impresiones y sombríos temores que la atormentaban!

Detúvose ante la tierra despojada de su verdor y junto al tronco donde aún colgaban pámpanos secos por el viento del invierno, y se entregó á la ilusión de su pasado venturoso. Veíase niña; su criada Rosalía acababa de llevarla á dar su lección, y esperando que el señor Cura saliese por la puerta de la sacristía con su libro en la mano, oía en el taller al viejo, que con un diamante cortaba los trozos de cristal. Gozaba entonces la más pura alegría. Todo la parecía hermoso y bueno. Volvía luego á Croix-Mort, donde encontraba á su madre, bella y sonriente, que la abrazaba con efusión; comían las dos juntas, y por la noche, con los ojos entornándose, íbase á dormir tranquila en su cama, bajo

la blancura de sus cortinas, sin otra preocupación que la de no olvidar su oración. Ninguna sombra había en su espíritu; no conocía los temores ni las amenazas. Podía respirar libremente; todo era fiesta para ella, los seres y las cosas, y ante sus ojos no había más que purísimo cielo azul.

Abriose la puerta del jardinillo, y el ruido que hizo el Cura al abrirla la volvió á la realidad. Vió al sacerdote, sombrío como su porvenir, adelantarse hacia ella, y sus ilusiones de un momento se disiparon para no volver, como una bandada de pajarillos asustados.

El Cura cogió la mano de la joven, y se la apretó afectuosamente y en silencio. Siguieron andando algunos momentos, no apresurándose él á darle noticias que juzgaba desagradables, y ella considerando inútil preguntarle, porque había perdido toda esperanza.

En fin, el anciano suspiró, sin desahogar por eso su angustiado pecho, y mirando á Edmea con ternura, empezó así:

— He visto á ese desgraciado, y aún estoy, hija mía, horrorizado de lo que me ha dicho. Durante una hora he estado con él, procurando calmarle, convencerle, dulcificarle y moverle á sentimientos generosos. Entregado á una especie de penoso delirio, parecía no comprender-

me... Si no supiera que no tiene esa costumbre, habría creído que estaba beodo... Tan descompuerto tenía el semblante... Ha contestado á mis dulces y afectuosas palabras con violencias sin nombre, maldiciendo del cielo y de la tierra, acusando á su destino y desatándose en blasfemias... Ese hombre, hija mía, tiene el infierno en el corazón. Dice que sufre horriblemente, y creo que no miente... Sus acentos de dolor son desgarradores, y le he visto verter lágrimas, que el fuego de su rostro secaba inmediatamente. Los demonios deben sufrir así. Me ha dado miedo verle y oírle.

—¿Y de qué se queja?—preguntó Edmea con serenidad. —¿Puede suponerse que la causa de sus sufrimientos no está en él mismo? ¿Qué sangre corre por las venas de ese hombre? ¿Qué cerebro trabajado por la demencia lleva en su cabeza? ¿Qué refinada depravación es la suya? ¿Puede hallarse en semejante ser algo que sea humano? Es una bestia feroz, rugiente y cruel lo que Ud. acaba de mostrarme; pero no un hombre. En la lucha empeñada entre él y yo, ¿ve Ud., padre mío, un término que no sea trágico y espantoso? ¿Será preciso que me quite la vida para librarme de él?...

—No hable Ud. así, ¡por Dios! hija mía—le dijo el clérigo. —Matarse es un crimen, y usted

no le cometerá... Convencido de que por la dureza no lograría nada de ese insensato, he apelado al rigor...; le he amenazado... Le he dicho que si ponía á Ud. en un caso desesperado, acudiría Ud. á todos los medios de que puede disponer para castigar su osadía... Le he hablado hasta de hacer intervenir á la justicia... No sé si es que no estaba en su juicio, ó que no ha creído en lo que le decía... Ha seguido en sus horribles blasfemias..., y ni á mí mismo ha respetado. Sin embargo, yo le amaba cuando era niño..., lo mismo que á Ud. Pero él todo lo ha olvidado... Sólo me ha parecido que su razón recobraba alguna lucidez cuando le he trazado el cuadro de las angustias que Ud. sufre, de su profunda desesperación... Se ha calmado su cólera, ha estado un momento silencioso y abatido, y luego me ha dicho:—“Diga Ud. á Edmea que deseo hablarla, verla sin testigos, sola... Es preciso que yo tenga una explicación con ella... Su influencia sobre mí no tiene límites: es absoluta... Bien lo sabe... Lo preciso es que ella quiera hacer de mí lo que quiera... Pregúntele Ud. si consiente. En cinco minutos se arregla todo cuando se quiere.”—Le he contestado que Ud. no consentiría, que él era quien debía dar á Ud. pruebas de buena voluntad, y que la mejor prueba sería que se ausentara de

Croix-Mort... Al oír esto, ha reído diabólicamente, y ha exclamado:—“¡Quiere alejarme! ¡Y que yo me aleje con la idea de que me desprecia y me odia!... Bien sabe ella que yo no podría vivir con esa idea, y que pronto se vería libre de mí para siempre... ¡Eso es lo que ella quiere!” —“¿Puede querer otra cosa?” le he dicho.—Me ha mirado fijamente, y ha contestado:—“Sea; pero no me dejes engañar.”—Ha movido luego la cabeza violentamente, y ha repetido:—“No, no me dejes engañar; no, no.”—Y se ha retirado. ¿Qué pretende? ¿Qué significa su obscuro lenguaje?... ¿Se arrepiente de lo que ha hecho? ¿Quiere disculparse? ¿Sería conveniente que Ud. tuviera una entrevista con él? ¿Sería peligroso?... No me atrevo á dar á usted un consejo... Soy un pobre hombre, cuya vida ha corrido tranquila, sin emociones y sin peripecias... No tengo ninguna experiencia de las sutilezas del vicio... Todo lo que sé y lo que veo hace veinticuatro horas, me espanta... Creo que ese hombre es un loco, y no un ser en la plenitud de sus sentidos... Temo para Ud. las mayores desventuras, y no sé, infeliz de mí, cómo defenderla.

Edmea sonrió resignada.

—Tomaré la resolución de no poner el pie fuera de casa, de no alejarme de mi madre, y en

último caso apelaré á su protección... Pero en cuanto á ceder á la exigencia de esa entrevista, como Ud. le ha dicho muy bien, me niego en absoluto. Si empezase por ceder, Dios sabe todo lo que tendría que sufrir.

La joven salió del jardín, acompañada del Cura hasta la verja del castillo, y no se separó de ella hasta que estuvo bien persuadido de que nada tenía que temer.

Sin embargo, la Baronesa, aunque era poco recelosa, empezaba á sentir algo más que sorpresa, viendo la actitud que Fernando y Edmea conservaban obstinadamente. Si su hija no hubiera cedido nunca en la hostilidad que desde el principio había manifestado respecto del Barón, su actitud no hubiera exigido ninguna explicación. Pero durante algunas semanas, las relaciones entre los dos habían sido menos tirantes, menos ceremoniosas. Cierta familiaridad que se veía en ellos, hacía presumir una conciliación entre su hija y su marido. Pero cuando Regina se regocijaba de haber conseguido ver la armonía entre ellos, súbitamente había reaparecido la discordia. Y no sólo no podía esperarse que esta discordia cesara, sino que había de temerse se acentuara más cada día. ¿Por qué? ¿Qué había pasado? La pobre no se daba respuesta satisfac-

toria. Todo era obscuro, misterioso, inexplicable.

Se propuso observarlos, pero no pudo encontrarlos juntos. Se huían, ó más bien, ella lo notó, Edmea huía de Fernando. Algunos días antes había hecho una tentativa para volver á verlos juntos. Edmea, dominando su visible repugnancia, había vuelto al salón; pero allí estaba horas enteras sin despegar los labios, y sólo se mostraba expansiva cuando él salía.

Regina conocía la firmeza de carácter de su hija, y sabía que cumplía sin vacilación ni duelo sus propósitos. Para que no siguiera cumpliendo la promesa que le había hecho de recibir más benévola á Fernando, era preciso que tuviese una razón muy poderosa. Esta profunda antipatía se había manifestado después de la última salida á caballo. Ellos negaban, el uno y el otro, que hubiera pasado nada extraordinario aquel día, procurando convencerla; pero ella no podía convencerse.

Una profunda tristeza se apoderó de Regina. Envejecida casi instantáneamente, después de haber sido tanto tiempo joven y hermosa, veía claro ya en sus actos, y se culpaba amargamente de haber sacrificado su hija á su marido. Hubiera querido tenerlos juntos á

su lado, contentos, y reparar su injusticia con bondades y ternuras. Había soñado hacerse adorar por Edmea, y lograr que Fernando amase á Edmea como á una hermana menor. Siempre sentimental, forjábese una novela, y seguía el curso peregrino de su dichosa ficción, mientras que el destino implacable trabajaba en prepararle una terrible realidad.

todavía? ¿No tienes confianza en mí? Tú sabes que te amo, y que sufro horriblemente viéndote desgraciada. Vamos, hija mía de mi alma: dime todo. ¿Qué te pasa?

Edmea se puso lívida, brillaron las lágrimas en sus ojos, su corazón sintió un dolor como si se retorciera dentro del pecho, pero respondió con firmeza:

—No me pasa nada, madre mía. No se atormenta Ud. Si algo hubiera, se lo diría.

—¿Pero no comprendes, hija, que más me alarmas procurando tranquilizarme?... Tus palabras no pueden calmar mi angustia. Vamos, ¡por Dios! háblame francamente... te lo suplico, te lo mando... ¿Vas a desobedecerme?

Edmea abrazó a la pobre mujer, la prodigó las más tiernas caricias, pero no habló. Quería callar hasta que le fuese imposible guardar silencio, y sostenida por una fuerza extraordinaria de voluntad, cumplía firmemente lo que se había propuesto.

La comida pasó como de costumbre. Fernando charló con una fingida animación, que era muy penosa de oír, sobre todo para Edmea. Después se marchó a fumar, y la Baronesa y su hija subieron a sus habitaciones respectivas.

Eran las nueve. El cielo, que había amena-

zado todo el día, lleno de nubes grises, bajas y pesadas, blanqueó, y empezó a descargar nieve sobre la tierra. Un silencio profundo reinaba en la noche, y los copos blancos, que ni un soplo de aire movía, caían rectos, apretados y lúgubres, como si se apresuraran a cubrir la tierra con un inmenso sudario.

Después de haber dado, según costumbre, alguna vuelta por la habitación, yendo de la chimenea a la ventana y de la ventana a la chimenea, la Baronesa se sentó, cogió una novela que había empezado a leer, y quiso continuar leyendo. Se acostaba muy tarde, porque la infeliz no podía dormir. Pocas páginas había leído, cuando dejó caer el libro sobre sus rodillas, y fijando sus ojos en el fuego que brillaba rojo en la chimenea, quedó absorta en una profunda meditación.

El tic-tac de la péndola la acompañaba con su ruido monótono, mientras que sobre la arboleda del parque la nieve caía lenta y activa. Recordaba que cuando niña, Edmea gustaba mucho de correr sobre la alfombra de nieve, diciendo que la nieve era su amiga. Y en aquel placer de niña, su hija se tendía donde más nieve había, lo mismo que un lobatillo recién nacido. Billet le había hecho una especie de trineo, forrado de pieles de zorros, y, horas en-

teras, el salvaje guarda, sudando, tiraba del trineo para divertir á su querida señorita. Frecuentemente, el trineo volcaba en una zanja, y entonces las risotadas de la niña sonaban como cohetes. Regina las oía distintamente, y suspiraba con el corazón oprimido.

Después la nieve desaparecía, y volvía el parque á mostrar su espesa verdura. La señorita de Croix-Mort ya no era niña. Paseaba seria y grave, y de pronto tenía accesos de loca alegría. La madre pensaba que un día sería preciso casarla. Y justamente un joven elegante se presentaba, sonriendo, ostentando una preciosa barba de oro. Era Fernando el apuesto desconocido. ¿Regina no se preocupaba del porvenir de su hija?... ¿Aquel bizarro y galán vecino, no le traía allí la Providencia? Y ella, como madre previsora y discreta, preparaba la realización de su pensamiento. Aproximaba poco á poco á los dos jóvenes, invitaba de vez en cuando á Fernando, y con ojos vigilantes le seguía, mientras él paseaba con Edmea por la terraza... ¡Qué porvenir tan dichoso le preparaba su unión! Niños que correrían á su alrededor, con las mejillas rosadas, los cabellos rubios, charlando y riendo... Abuela todavía hermosa, ¡con qué orgullo los pasearía, halagándole la idea de que pudieran las gentes

creer que eran sus hijos, y ufana, pudiendo decir: "No, no, son de mi hija, y yo soy su abuela, su abuelita!,"...

De pronto la decoración cambiaba otra vez, y aparecía el salón del castillo de Croix-Mort. Los mismos personajes estaban en él reunidos: ella, Edmea y Fernando; pero violentos, fríos, hostiles, evitando mirarse y sin hablarse nunca. Nada de intimidad, nada de ternura, ningún niño, encanto y alegría del hogar. La realidad desnuda, vista en todo su horror; un marido cansado del matrimonio, y sacudiendo violentamente su cadena; una mujer secretamente martirizada, y sufriendo sin quejarse; una hija furiosa, devorada por un odio inexplicable. Esto era la realidad, lo que ella había hecho en su locura, lo que lloraba amargamente, y jamás podría reparar.

Lloró en la soledad de su habitación, y luego, poco á poco, se calmó, y cayó en una especie de sopor.

Era media noche cuando despertó sobresaltada, bajo una violenta impresión de terror. Su lámpara se extinguía, y el fuego se apagaba en la chimenea. Escuchó ansiosamente, y oyó una queja, un largo suspiro, leve ruido de pasos en la galería que conducía á la habitación de su hija. Estuvo atenta, y no oyó más.

Ideas que jamás le habían ocurrido, turbaron su espíritu. Concibió súbitas, horribles sospechas, tuvo dudas que quiso aclarar inmediatamente. Y sin luz, procurando no hacer ruido, abrió la puerta, y salió. Reinaba obscuridad completa. Anduvo á tientas, silenciosa y escuchando. Había recorrido más de la mitad de la galería, cuando, al acercarse delante de la puerta de Edmea, una sombra que parecía arrodillada, se levantó y desapareció. La Baronesa se detuvo temblando. ¿Qué significaba aquello? quería seguir más adelante, pero temía darse á conocer hablando y llamando. Pero era preciso que entrara en el cuarto de su hija. Allí estaba el misterio; ella lo adivinaba antes, y ya tenía la completa certidumbre.

Súbitamente retrocedió. Había un medio de llegar á la habitación de Edmea sin que nadie lo pudiera notar. En la fachada del primer piso había un balcón largo, de un lado á otro. La Baronesa volvió á su cuarto, se envolvió en un mantón, abrió sus vidrieras, y, andando sobre la nieve, ya espesa, llegó á la ventana del cuarto de Edmea. Vió la habitación debilmente iluminada, y una forma confusa, en pie, delante de la chimenea. Tocó con el dedo en el cristal, sin obtener respuesta. Volvió á llamar, pero más fuerte.

La figura que había visto corrió como loca y aterrorizada.

Entonces se apoderó de Regina el ansia de terminar la aventura; y moviendo violentamente la vidriera, gritó:

—¡Edmea!... Soy yo... ¡Abre, abre!

Con los esfuerzos que hacia se rompió un cristal, cayendo sin ruido sobre la alfombra... Pasó la mano por el hueco del cristal, abrió, y entró vivamente. Un grito desgarrador de angustia se oyó en la habitación:

—¡Madre! ¡Socorro!... ¡Madre mía!...

Y la señora de Croix-Mort, con los ojos llenos de espanto, apareció delante de Regina.

Las dos mujeres se miraron sin aliento una y otra. En fin, Edmea recobró un poco de sangre fría, llevó su mano á la frente para secar su helado sudor, y murmuró:

—¡Ah! ¿Era Ud., madre mía?...

—Sí, yo; y tú me llamabas..., y te has asustado viéndome...

—No esperaba que Ud. viniera por el balcón. He tenido miedo... ¿No es natural?...

—No; porque tú gritabas: "¡Socorro!", ¿Contra quién pedías socorro?

Contrájose el semblante de Edmea, inclinó la cabeza, y se sentó sin contestar.

—¡Siempre ese mutismo!—exclamó la Baro-

nesa con cólera.—¿Tú te ocultas de mí?... ¿Tú disimulas?... Pues estáo quiere decir, hija, que tú eres culpable.

La joven, al oír estas palabras, se irguió. En sus ojos brilló una llama de indignación, y asiendo á su madre con violencia por el brazo, e dijo:

—¿Ud. sospecha de mí?... ¡De mí, madre, de mí!... Pues bien: puesto que Ud. lo quiere saber todo..., no hable Ud., espere Ud., y lo sabrá.

Estuviéronse quietas, en pie, silenciosas, evitando mirarse, como si temieran leer sus impresiones en sus rostros. Pasó largo tiempo, y después, en la galería, se oyó leve ruido de pasos: el que venía se detuvo delante de la puerta, exhalando suspiros: “¡Edmea! ¡Edmea!”, decía con voz de incomparable angustia.

Las dos mujeres escuchaban; la una, que ya nada temía, con profunda tristeza; y la otra con estupor. La madre miró á su hija como pidiéndole explicaciones. La hija, sin hablar, abrió la puerta de su gabinete de vestir, y señaló una silla colocada debajo de una ventanilla estrecha y bastante alta que caía sobre la galería. La Baronesa subió ligera á la silla, miró con ansiosa curiosidad, y ahogó un grito. En el desventurado que á la puerta del aposento virginal suspi-

raba y llamaba gimiendo, había reconocido á su marido.

Todo esto fué luminoso y rápido como un relámpago. Recordó todos los dolorosos incidentes de las últimas semanas. Comprendió lo que le parecía inexplicable, y el suplicio que su hija sufría heroicamente, sin una queja, sin un suspiro; y abrumada por tanta generosidad, se inclinó como si fuera á arrodillarse, diciendo en voz baja á su hija con desesperación:

—¡Perdón, hija mía; perdona á tu madre desdichada!

Edmea levantó á su madre, la abrazó con efusión, y las dos estuvieron como petrificadas, sin llorar, sin moverse, poseídas de horror.

Era un cuadro fantástico aquella habitación apenas iluminada, cuya ventana entreabierta dejaba entrar la nieve glacial, y en medio de la que las dos mujeres estaban abrazadas, como queriendo defenderse mutuamente del infortunio. La madre recobró la primera el sentimiento de la realidad; se desprendió de los brazos de su hija, y en voz baja le dijo:

—Demasiado has sufrido tú ya, pobre hija mía... Ahora yo. Déjame hacer, y no temas nada. Vete por donde yo he venido. Enciértrate en mi cuarto, y no abras á nadie más que á mí.

La llevó al balcón, y luego se dirigió con paso firme á la puerta de entrada. Descorrió los cerrojos, dió vuelta á la llave, y salió á la galería. Oyóse una sorda exclamación, seguida instantáneamente de voces irritadas y violentas que se alejaban. Después, todo quedó en silencio.

Edmea, fatigada como si hubiera estado empeñada en una lucha terrible, latiéndole violentamente las sienes y el corazón, se dirigió al cuarto de su madre, y entró por el balcón, que estaba entreabierto; y, no pudiendo ya sostenerse en pie, cayó sobre el sofá sin fuerzas y sin conocimiento.

¿Cuánto tiempo estuvo sumida en un sopor que le pareció reparador? No lo hubiera podido decir. La voz de su madre que la llamaba la hizo salir de su postración. Se levantó vacilante, fué á abrir la puerta, y volvió á sentarse, sin preguntar nada á su madre.

La Baronesa, muy pálida, pero firme y resuelta, se acercó á ella, y con la angustia en el rostro, le dijo:

—Partirá mañana, y no le volverás á ver.

Y con una emoción que no pudo dominar, hablando y llorando á la vez, continuó:

—¡Oh criatura estúpida y funesta, mala madre!... Todo lo que tú sufres, yo, yo he sido

quien te lo ha hecho sufrir. ¿Cómo he de obtener que tú me perdones jamás? Porque yo, yo sólo soy responsable de las pruebas á que te ha sometido ese hombre, ese miserable, que ha traído la infamia á mi casa... Á ese hombre, yo soy quien le ha traído aquí. ¡Y te he sacrificado por él; he cometido la locura de creer que tenía el derecho de volver á empezar á vivir, cuando todo mi porvenir, el solo honrado y bueno, le tenía en tí, hija de mi corazón! Dios es quien me castiga, muy cruelmente, pero con justicia. Y ahora, ¿qué va á ser de mí, abrumada bajo la pesadumbre de este remordimiento, devorado el corazón por el temor de que tú no puedas olvidar mis faltas?

Se ahogaba, sufriendo una crisis nerviosa, que estremecía todos sus miembros. Edmea tuvo que calmarla; que consolarla, ella, la víctima; pero vió toda la flaqueza de aquella pobre alma; le agradeció la energía de que al fin había dado prueba, volviendo á ser madre en aquel momento supremo y reuniendo todas sus fuerzas para defender á su hija. Por este instante de valor le perdonó todos los tormentos que le había hecho sufrir. Le prometió consagrar su vida entera á consolarla y á devolverle la paz del espíritu. Oyendo sus sollozos, meciéndola en sus brazos como una niña, consiguió dormirla,

y cayó ella misma, apoyando la cabeza en un almohadón empapado en lágrimas de la madre, y postrada por el cansancio y la emoción. Despertáronse ambas oyendo el ruido de un coche en el patio. Corrieron el balcón, y en la débil y amarillenta claridad de una mañana de invierno, vieron al Barón bajar por la escalinata. Volvióse á mirar la fachada del edificio, puso una maleta que llevaba en la mano en el pescante de la berlina, y montó en ésta. Una ráfaga de aire levantó una nube de nieve, y cuando el horizonte se iluminaba, el que les había hecho tanto daño había desaparecido.

Los primeros días que siguieron á la partida del Barón parecieron deliciosos á Edmea. Recobró la calma y la seguridad. Sus exigencias respecto de su destino no eran excesivas; sólo quería tener el derecho de vivir tranquila. No deseaba siquiera ser dichosa; no creía que esto fuera posible. Con melancolía se decía que hay seres que nacen destinados á sufrir, como otros á gozar, y su ambición se limitaba á obtener el reposo.

Su madre, que, sostenida por los nervios, se había mostrado un momento firme y valiente, no tardó en caer en el más profundo abatimiento. Estaba postrada moral y físicamente. No bajaba ya de su habitación, y permanecía horas

enteras tendida en la butaca, con los ojos fijos, pensando en sus penas. No se atrevía á decir nada, pero su hija leía en sus ojos el amargo recuerdo de la vida pasada. En una especie de sueño, favorable á la fantasía, evocaba los recuerdos de las fiestas, y sonaban en sus oídos los compases del baile. ¿Quién sabe? Quizá sentía no tener á su lado al hombre fatal, al hermoso Fernando, el de la barba de oro, que ella había amado, aunque le era infiel, como si experimentase una secreta satisfacción de orgullo viéndole triunfar siempre en el amor.

Una tarde, al volver de paseo, Edmea entró en el cuarto de su madre, y vió que tenía los ojos encendidos. La preguntó cariñosamente, pero no obtuvo más que respuestas vagas. Edmea insistió. Y entonces, llorando, la pobre mujer confesó que había recibido una carta de su marido. Estaba desolado, enfermo, y suplicaba indulgencia. La vida le parecía imposible... No sabía qué hacer... Todo lo que había desconocido y ultrajado, sentía haberlo perdido... Y la cuitada lloraba, enternecida por las lamentaciones del desterrado. Edmea, muy sombría, dió algunos pasos sin hablar, y luego, deteniéndose delante de su madre, con amarga ironía y áspera voz, la dijo:

— Pues bien, madre; vaya Ud. á reunirse con él, si le hace á Ud. falta...

Se arrepintió instantáneamente de su vivacidad. Su madre, indignada, protestó. Nunca se separaría de su hija. Nada había de común ya entre ella y aquel desdichado. Sin embargo, al mismo tiempo que le condenaba, no podía menos de compadecerle. Y su rigor no excluía la piedad.

Después de este incidente, la joven experimentó secretas inquietudes. Temió que su madre fuera debil un día; quizá el tiempo completaría la obra de perdón ya comenzada... Pero, sucediera lo que sucediera, para ella ninguna transacción podía ser aceptable, y tomó la resolución de desaparecer ella para siempre, el día que Fernando reapareciera en Croix-Mort.

XIV

Después de la escena violenta que había precedido á su partida, Fernando quedó en un estado que no puede explicarse. Los nervios sobreexcitados, el cerebro exaltado, pasó el resto de la noche pensando como un loco, queriendo reflexionar y no pudiendo fijar sus pensamientos, que se agitaban en su mente como hojas llevadas por el aire de la tormenta.

Batallaba entre la vergüenza de haber sido descubierto y la ira de sentirse dominado. Había bajado la cabeza bajo las sangrientas inculpaciones que le dirigía aquella mujer que él consideraba tan debil y tan vana. El que á todo se atrevía, el tirano, que no conocía otra ley que su capricho, había quedado sin fuerza, sin resistencia, ante un pobre ser despreciado, súbitamente fortalecido por el sentimiento del deber. La virtud, la moral, palabras que le hacían reír, le habían paralizado, á él, el cini-

— Pues bien, madre; vaya Ud. á reunirse con él, si le hace á Ud. falta...

Se arrepintió instantáneamente de su vivacidad. Su madre, indignada, protestó. Nunca se separaría de su hija. Nada había de común ya entre ella y aquel desdichado. Sin embargo, al mismo tiempo que le condenaba, no podía menos de compadecerle. Y su rigor no excluía la piedad.

Después de este incidente, la joven experimentó secretas inquietudes. Temió que su madre fuera debil un día; quizá el tiempo completaría la obra de perdón ya comenzada... Pero, sucediera lo que sucediera, para ella ninguna transacción podía ser aceptable, y tomó la resolución de desaparecer ella para siempre, el día que Fernando reapareciera en Croix-Mort.

XIV

Después de la escena violenta que había precedido á su partida, Fernando quedó en un estado que no puede explicarse. Los nervios sobreexcitados, el cerebro exaltado, pasó el resto de la noche pensando como un loco, queriendo reflexionar y no pudiendo fijar sus pensamientos, que se agitaban en su mente como hojas llevadas por el aire de la tormenta.

Batallaba entre la vergüenza de haber sido descubierto y la ira de sentirse dominado. Había bajado la cabeza bajo las sangrientas inculpaciones que le dirigía aquella mujer que él consideraba tan debil y tan vana. El que á todo se atrevía, el tirano, que no conocía otra ley que su capricho, había quedado sin fuerza, sin resistencia, ante un pobre ser despreciado, súbitamente fortalecido por el sentimiento del deber. La virtud, la moral, palabras que le hacían reír, le habían paralizado, á él, el cini-

co... ¿Cómo podía haber caído él en tal cobardía? Y como la serpiente aplastada bajo el pie de la mujer, se revolvía furioso de su impotencia: todo se derrumbaba en rededor suyo. La familia en que, después de los desórdenes de su juventud, había encontrado un refugio, el puerto de salud, le arrojaba de su seno. Y se veía lanzado de nuevo á todas las borrascas de la vida. Un enojo más profundo se apoderó de él; una postración más completa le abrumó. Se sentía vacío, acabado; se juzgó inútil para sí mismo, dañoso para los demás, y se preguntó si no valía más llegar sin perder tiempo al desenlace obligado de la intriga humana.

Se detuvo enfrente del espejo, sonrió amargamente á aquel desesperado que le miraba con ojos de loco, y fijándose en el hueco que formaban sus cejas en medio de su frente, se dijo que parecía hecho á propósito para recibir una bala. ¿No era este el medio más sencillo, más rápido y más digno de salir de una vez de todas sus dificultades, de todos sus enojos?

Á todos convenía este fin de todo: á él, que descansaría eternamente, y á las dos pobres mujeres, que respirarían al fin libres del miedo y del horror que les inspiraba.

Cogió un revólver en el cajón de su mesa, le acarició maquinalmente con sus dedos, y le acer-

có á su rostro. Unos pasos que sonaron en el techo le detuvieron en la ejecución de su intento. Los criados se levantaban. Miró el reloj; eran las seis. La noche había pasado, y el día alboraba. Se figuró en un instante lo que iba á ocurrir; al ruido de la detonación, todo el mundo acudiría asustado; el tumulto, los gritos, su mujer y Edmea salpicadas de su sangre, y el escándalo, añadiendo un horror más al de su trágico fin.

Recobrose, y resolvió evitarles esta última prueba. Había prometido marcharse, y era preciso cumplir su palabra. Se iría muy lejos, para que no pudiera identificarse su persona, y, dando la libertad á sus dos víctimas, saldaria su espantosa deuda. Se sintió un poco más tranquilo después de tomar esta resolución generosa. Llamó para mandar que engancharan la berlina; hizo su maleta, y partió para París.

París tiene una atmósfera especial, que no está probablemente compuesta de una proporción de oxígeno y de ázoe semejante á la del aire ordinario, porque la vida en París es más ardiente, más arrebatadora que en ninguna otra parte. Este aire aturde y excita fuertemente á los que no están acostumbrados á él. Es el elemento esencial de la actividad de aquellos cuyos pulmones están hechos á su combustión

devoradora. El parisiense alejado algún tiempo de París, languidece y se debilita. Y en cuanto entra en la zona donde se deja sentir la acción de este aire particular, reaparece su vivacidad, sus ideas se modifican, y vuelve á ser el mismo que era antes.

Fernando, á pesar suyo, sufrió esta ley. Cuando vió en el horizonte la masa gris erizada de techos desiguales, de chimeneas enormes, envuelta en una niebla de humo que anuncia á París, cuando atravesó los edificios del ferrocarril, los almacenes, los cocheros, los depósitos, los andenes, y vió las locomotoras silbando terriblemente y arrastrando los vagones llenos de las provisiones necesarias para dos millones de seres vivientes, apoderose de él una agitación febril, y sintió impaciencia de llegar. Él, que al partir decía: "Hago ahora la primera etapa del viaje del que no se vuelve jamás," saludó á París con la alegría de un *touriste* que hace un viaje de recreo.

Cuando puso el pie en el asfalto de París, tuvo un instante de arrobamiento. Entrosó, llevando su maleta en la mano, sin cuidarse de tomar un coche. El movimiento y el tumulto le aturdíán, y se encontró al cabo de un momento en la esquina de una calle, mirando á unas mujeres que subían á un ómnibus.

Pensó que perdía la cabeza, y viendo cerca un coche, llamó al cochero, y se hizo conducir al Círculo. No podía ir á su casa, porque ésta se hallaba cerrada, y sus criados habían quedado en Croix-Mort. En el tercer piso del Círculo había habitaciones á disposición de los individuos del mismo que suelen habitar en el campo. Allí, á lo menos, estaba seguro de encontrar un buen servicio y el *confort* que en vano hubiera querido hallar en un hotel.

Almorzó, se vistió, pasó por casa de su apoderado, dió una vuelta por los Campos Elíseos, distribuyó algunos saludos, y á las cinco volvió á casa. Recibiéronle con alegría sus camaradas; anunció que estaba sólo de paso en París, y luego, hablando con los demás, se animó como en sus buenos tiempos, pasó el día alegremente, comió caro y bueno, y á las nueve ya estaba en su butaca del teatro de Variedades.

Solamente hacia doce horas que se había prometido no sobrevivir al naufragio de su vida conyugal, y estaba en una sala de teatro, oyendo con deleite los alegres aires de la música, y aplaudiendo las canciones de la *diva* á la moda.

Al salir del teatro, volvió al Círculo á pie. Hacía un frío seco. Nada de nieve como en Croix-Mort. Siguió por los *boulevards* fumando

su cigarro, encontró algunos amigos, se dejó llevar, cenó, pagó, jugó mucho, y á las cuatro de la mañana se acostó, rendido de cansancio, pero radicalmente curado de sus deseos de morir.

Al despertarse, á las diez de la mañana, en aquella habitación del Círculo, quedó sorprendido de encontrarse allí... Pronto recordó la situación... Experimentó un dolor sordo, recordando la escena trágica de la noche en el castillo, y con orgullo insano se felicitó de haber tenido la fuerza de no dejarse dominar por la desesperación y el desaliento. Fernando pensaba: "Yo no sé cómo he podido dudar de mí; aún no está muerto mi corazón. La vida me reserva todavía gratas sensaciones; no estoy tan agotado, no estoy tan gastado como yo mismo creía. Puesto que ellas me han arrojado de su casa, las olvidaré."

Hizo todo cuanto de él dependía para lograr este resultado y olvidar lo que le preocupaba, y se entregó con exceso á su existencia de otros tiempos. Pero, en medio de la locura, tuvo terribles momentos de lucidez. El atractivo que parecía ofrecerle otra vez el mundo del placer, desapareció prontamente, y vivió sombrío, cansado, exasperado, desatándose en violentas ironías contra los demás y contra sí mis-

mo, incurriendo en excentricidades, que, en medio del desorden mismo de las noches de orgía, chocaban y sorprendían mucho á sus amigos. De pronto su alegría parecía frenética, gritaba, lo rompía todo, y luego caía en una profunda tristeza, de la que nada le podía distraer. Hacía la corte á las muchachas, las llenaba de regalos, y luego las despedía violentamente con groseras invectivas. Se le podía considerar un condenado agitándose en sus cadenas ardientes, sin conseguir romperlas.

Durante la orgía, cuando había bebido con furor, y creía que su inteligencia se apagaba en la embriaguez, veía aparecer súbitamente la imagen de Edmea, pura, dulce y melancólica. Se levantaba entonces sin decir palabra, y seguía al fantasma en la soledad y en el silencio, maldiciendo su miserable suerte, pero encontrando una dolorosa voluptuosidad en pensar sólo en la que le odiaba.

Quiso emplear su tiempo de modo que no tuviera un minuto desocupado; pero no pudo librarse de la terrible obsesión. Lejos él de Croix-Mort, su pensamiento no se apartaba de allí. Acompañaba á Edmea por las calles del parque, la veía á caballo, esbelta, graciosa, galopando delante de él, y parecía que el corazón se le iba á romper en pedazos. Luego se figuraba estar en

el salón, y veía á las dos mujeres sentadas al lado de la mesa, trabajando á la luz de la lámpara. La ilusión era tan completa, que creía oír su voz.

Cayó en una profunda melancolía; no salía de casa, y pasaba los días enteros inmóvil, contemplando la aparición que se complacía en evocar. Entonces fué cuando escribió á Regina las cartas que tan vivamente la conmovieron. Después de quince días de vida desordenada para engañarse á sí mismo, comprendió que lejos de Croix-Mort no podía vivir. Puso en tortura su imaginación para discurrir un desenlace favorable para su situación; pero había un obstáculo insuperable: la aversión invencible de Edmea. El mayor heroísmo, la abnegación más sublime, ¿harían menos ignominioso su amor, y posible lo imposible? Conocía demasiado bien á la joven para poder sospechar siquiera que pudiera llegar á ser infame... Y si él hubiera podido triunfar de ella, ¿la hubiera amado?... ¿No era su ferroz resistencia la que le enloquecía? Gastado, corrompido, viciado, tenía sed de aquella fresca, suave é inexpugnable virginidad. Tentábale aquella nieve inaccesible; hubiera querido envolverla en lodo.

Fernando había llegado al último límite de la irritación cerebral. Un poco más, y el resto

de lucidez que le quedaba sería anulado por la demencia furiosa. Vivía inconsciente de sus actos, dejándose llevar á la ventura, siguiendo á sus amigos á todas partes como un cuerpo sin alma. Habíase notado la extravagancia de su carácter y los cambios repentinos de su actitud; una alegría loca sucedía á una tristeza sombría, un abatimiento completo, y luego un fantástico regocijo... Todo esto sorprendía hasta á aquellas personas cuyo trato él frecuentaba, que no se distinguían ciertamente por su formalidad, y para quienes el desorden era la normalidad de su existencia. Sin embargo, la última proeza de Fernando fué demasiado notable para que no llamase poderosamente la atención de sus amigos, que, hasta después de algunos días, no pudieron explicarse bien las cosas de que no tenían antecedentes.

Fué la noche de Navidad cuando se produjo el incidente en una cena. Acometido de un afán devorador de divertirse, como en los primeros días de su llegada á París, Fernando pasó la noche en el baile de la Ópera, que en aquella época era muy brillante y estaba muy concurrido. Allí, en el salón, en los palcos, en la sala de descanso, hizo alarde de una verbosidad que nunca se le había notado; bromeó, intrigó, y á las tres de la madrugada fué en

alegre compañía á cenar en la *Maison d' Or*.

Allí se encontraban algunas de las más bellas *horizontales* y de las más amables actrices de París. Se sentó entre Fanny Mangin y Cecilia Letourneur, y durante la primera parte de la cena coqueteó con ellas de la manera más alegre y más libre. Después, la fiesta fué animándose: el *Champagne* bebido y derramado sin medida trastornó las cabezas, y se empezó á divagar locamente.

La conversación recayó sobre las mujeres, y un escritor de gran fama quiso demostrar, á modo de paradoja, que en amor lo único envidiable era el placer. Desarrolló su tesis con una profusión de argumentos, que, por decirlo así, chisporroteaban brillantes como los cohetes de una fiesta de fuegos artificiales. Entusiasmado con el éxito y excitado por el vino, proclamó la superioridad del amor libre, y, en medio de frenéticos aplausos, divinizó á la cortesana.

La pintó imperante de un trono, temida y adorada, sobre las ruinas de la sociedad y de la familia, extendiendo su influencia sobre todo, hombres y cosas, encadenando á sus pies á los soberanos, sobre los cuales reinaba por los sentidos, corrompiendo, en interés de su influencia, á los hombres de Estado de mejor reputación

de austeros, traficando con las monarquías y las repúblicas, vendiendo los secretos, comprando las conciencias, y teniendo, en fin, bajo la almohada impura de su lecho el cetro del mundo.

Hubo aplausos y *hurras*, gritos y exclamaciones de entusiasmo; y, en medio de aquel estruendo, Fernando, muy tranquilo en apariencia, se puso en pie. Todo el mundo creyó que iba á bordar sobre el mismo tema variaciones más diabólicas aún; pero no; con voz vibrante exclamó:

—Todos los que aplaudís sois idiotas é insensatos. No hay nada poderoso como la virtud, y nada que triunfe como la castidad. Mirad las criaturas que teneis á vuestro lado y á quienes pagais vuestros placeres. Son esclavas de vuestro capricho. Dadles un puñado de monedas, y les hareis lamer el polvo y el lodo en el suelo. ¡Singulares soberanas estas, que están al servicio de todo el mundo! Tienen el poder del mal; convenido. Y eso, ¿qué prueba? ¡Hacer el mal! Nada es más fácil. ¡Hacer el bien!... Eso sí que es difícil.

Se interrumpió él mismo con una carcajada lúgubre.

—Oye, tú—exclamó Fanny Mangin:—antes eras más divertido. Mira, niño; á estas horas,

la moral está acostada, y no se la debe despertar.

—Dejadle, dejadle hablar, —dijo uno de los comensales.

—El señor de Ayères está cambiado hace algunos días; debe haberle flechado alguna ingenua.

—¿Una ingenua?... ¡Una dama joven!...—exclamó Cecilia Letourneur.—No puede ser; ya no hay de esas. Yo he sido la última, y he valido cien mil francos, que le han venido muy bien á mi respetable señora madre...

—¿Es verdad que estás enamorado, pichón?... —repuso Fanny.—¿Es bonita tu virgencita? ¿Cómo se llama? Ya nos la enseñarás, ¿eh?...

Oyendo estas palabras, Fernando se puso pálido como un muerto. Le pareció que una mano sacrilega acababa de profanar su ídolo tocándolo. Cogió su copa, la arrojó sobre la mesa, donde se rompió, y con la mirada y con la voz insultando y desafiando á todos aquellos calaveras á quienes divertía su cólera, exclamó:

—¡Hato de brutos y de mujerzuelas; me daís asco! Y no caeré en la abyección de estar un minuto más en vuestra compañía.

Levantose un coro de voces irritadas ó bur-lonas alrededor de Fernando, que friamente se

dirigía á la puerta. Antes de salir al corredor, oyó la voz de Fanny Mangin, que decía:

—Pues, señor, el hombre está mal educado de veras.

Y Cecilia Letourneur añadía:

—Es que está tocado el infeliz... ¡Á su salud, amigos; á su salud, que buena falta le hace!

Aunque todos los que habian asistido á aquella escena hubieran podido atestiguar que había hablado loco, ó beodo por lo menos, lo cierto es que Fernando era entonces completamente dueño de su razón. Se iba lleno de asco, hastiado, como había dicho. En el mejor momento de la fiesta, cuando en todas las cabezas se agitaban los cerebros y saltaban como los tapones de las botellas, había visto la imagen de Edmea, pálida y triste, alzarse semejante á un blanco fantasma, y en un instante había mirado con otros ojos la orgía en que tomaba parte. Las fisonomías excitadas de los hombres, los hombros desnudos de las mujeres, los brazos ciñendo los talles, y los labios buscando con ansia la carne, todo aquel espectáculo del desenfreno galante, que tantas veces había presenciado, le causó profunda repugnancia. Sintió venir á sus labios los insultos y las injurias, y con agria satisfacción los arrojó todos á las caras de sus compañeros de crápula.

Pero ya había acabado todo; para él ya no había ilusión posible. No podía estar un día más en París. Á la vida enojosa que llevaba, prefería el aislamiento. Mejor quería concentrarse en su monstruosa ternura, aunque hubiera de encontrar la demencia ó la muerte. Quería volver á ver el país donde Edmea vivía, respirar el mismo aire que ella, ocultarse, espiarla y verla, aunque fuese de lejos y sin que ella lo supiera. Porque no quería ni espantarla ni atormentarla.

Partió el mismo día. Obrando prudentemente, tomó un billete para una estación que estaba á seis leguas de la en que se detenía habitualmente para ir á Croix-Mort. Allí nadie le conocía. En una posada comió, y en un mal cabriolé, en una noche muy obscura, se hizo conducir á dos kilómetros de *La Vignerie*. Á pie se dirigió á su casa, despertó al jardinero, le mandó no decir á nadie que había llegado, y tranquilo como no lo estaba hacía mucho tiempo, esperó el día.

Las semanas que acababan de pasar debía contarlas Edmea entre las más felices. Esta felicidad era, sin embargo, relativa; pero después de agitación tan violenta como en la que Fernando la había obligado á vivir, la calma y la seguridad le procuraron un reposo moral del

que estaba sumamente necesitada. Volvió á su apacible y agradable vida. Lanzó de su espíritu las ideas vengativas y odiosas que le habían atormentado, tuvo el derecho de no prever la infamia, perdió la experiencia del mal, y sintió con delicia nuevamente todos los goces de su inocencia.

El solo punto negro que había en su cielo era la tristeza profunda de su madre. La Baronesa comía, dormía, andaba, hablaba, y sin embargo, no se podía asegurar que vivía. Ejercía automáticamente todos los actos de la vida; pero no existía en ella la voluntad. Se dejaba llevar como un niño; no decía jamás "¡no!"; pero tampoco decía jamás "¡sí!."

Su indiferencia era completa respecto de todo lo que la rodeaba; personas y cosas. Un solo punto lúcido había en su cerebro: el recuerdo. Continuamente recordaba aquel año pasado en París en el torbellino de los placeres, unida á aquel buen mozo, que, solo esta vez, había vuelto á la ciudad de las fiestas.

En el gran salón de Croix-Mort, medio acostada, según costumbre, mientras su hija trabajaba, Regina veía como en un espejo la avenida de los Campos Elíseos, y á cada lado los castaños de móviles ramas á impulsos del viento del invierno, llena de paseantes que marchaban

con paso rápido y sonoro sobre el asfalto, y de coches que subían en apretadas filas hacia el Bosque. Ella iba en su *landau*, envuelta en pieles, mecida por el suave y ondulante movimiento del carruaje. Reconocía al paso personas que la saludaban sonriendo. Su única preocupación era lo que podría agrandar á Fernando. Por la noche comida de ceremonia, y luego al baile. Y oía el agradable ruido de la cristalería y la loza en el banquete, el murmullo de las conversaciones en voz baja en el fondo obscuro del comedor, concentrándose todas las luces en la mesa, radiante de cristales de colores, botellas de caprichosas formas, platos, fruteros y flores. Los trajes escotados, confundidos con los fraques negros, ostentaban sus variados colores; los abanicos, moviéndose sobre los pechos como alas de pájaros enamorados, y agitábanse las cabezas nobles y graciosas, haciendo brillar los diamantes. Luego, la entrada en los salones, invadidos de invitados graves, hablando con aire misterioso en los huecos de las puertas, mientras que la sonoridad de la orquesta repetía las más bonitas piezas de la última opereta. Y asida al brazo de su caballero, lanzábase en el torbellino del vals, con los ojos vagos, la respiración anhelante, dando vueltas y vueltas en aquel aturdimiento que era su vida.

De pronto Edmea se levantaba, y hacía ruido con la silla. Regina abría los ojos, y toda la visión encantadora se desvanecía. Como cuando cae el telón en el teatro, la decoración, los personajes, todo desaparecía. Y volvía á verse en el salón frío y triste de la antigua casa solariega, sola con su hija. Entonces inclinaba su cabeza sobre el pecho, extinguíanse sus miradas, y experimentaba la sensación penosa de la sepultura, sin esperanza en aquella lúgubre tumba.

Edmea había procurado reanimar el abatido espíritu de su madre. Se había esforzado en distraerla, dándole conversación, paseándola, entreteniéndola. Pero la Baronesa apenas contestaba, se dejaba conducir indiferente, y no trataba siquiera de disimular el hastío mortal que la postraba.

Sólo tenía unos momentos de placer en el día: cuando leía el periódico que le hablaba de París y le contaba las cosas del mundo, los rumores de bastidores, y le describía los bailes y las representaciones. Experimentaba la satisfacción del prisionero á quien se habla de libertad.

Y siempre, en sus ojos, que parecía querían ver más allá del horizonte, Edmea descubría el recuerdo de la agitada existencia que había hecho de una mujer sana é inteligente una pobre criatura enferma y atrofiada.

La joven había tomado su partido, resignándose á vivir sin pensar en el porvenir, no queriendo saber lo que sucedería el día siguiente, y gozando de la tranquilidad del presente.

Había vuelto á sus paseos por el bosque, que presentaba un cuadro severo y sombrío á su melancolía. Hacía enganchar, como en mejor tiempo, su *poney* á la *charrette*, y con el Cura iba á visitar los pueblos inmediatos, seguida de un concierto de bendiciones, y pensando tristemente en sus penas cuando todos le deseaban una felicidad tan grande como su caridad.

Cuando en compañía del clérigo pasaba por un camino difícil, donde el caballo hacía esfuerzos para tirar del carruaje, enseguida aparecía Billet, como si saliera de un misterioso antro, y con una fuerza á que nada resistía, el guarda sacaba el caballo y el carruaje del mal paso.

Se hubiera podido creer que el guarda redoblabla la vigilancia con que seguía los pasos de su señorita. No se presentaba muchas veces, pero siempre estaba alerta, en un radio de quinientos pasos, cuando Edmea salía al campo. Muchas veces, al oír ruido entre las ramas, el Cura se alarmaba y miraba con temor á su compañera, pero Edmea sonreía.

—Es Juan, señor Cura, que anda rondando

por aquí... ¿Quiere Ud. que le silbe?... Verá usted cómo aparece.

Y la hija de los bosques ponía los labios de una manera particular, produciendo un estridente silbido. Al instante se presentaba en la linde el guarda, contento de que se le llamase, y se unía á ellos, como un perro que se ha escapado y que teme le vuelvan á atar y á llevar á la casa donde no está su amo.

Sin embargo, el Cura no podía desechar sus temores. Temía ver aparecer de un momento á otro al que llamaba el mal hombre. No se atrevía á comunicar estos temores á la joven. La veía impasible, y parecía que le había olvidado. Pero algunas veces, en su mirada descubría una llama súbita, semejante á la luz de un faro iluminando la noche, y que revelaba el pensamiento de la joven. Comprendía entonces que Edmea no quería hablar del hombre á quien odiaba tan profundamente, pero que el fuego de sus rencores hervía vivo siempre en su corazón.

Otros indicios hubieran podido confirmar la convicción del anciano. Jamás la señorita de Croix-Mort iba hacia *La Vignerie*. Cuando se acercaba, no mucho, á los bosques que rodeaban aquella casa maldita, aparecía una sombra en su rostro, y callaba grave y preocupada, co-

mo si pasase cerca de un cementerio. En efecto: ¿no era allí donde se habían enterrado todas sus ilusiones y todas sus esperanzas?

Jamás pronunciaba el nombre de Ayères, ni aún hablando de su madre con personas extrañas. Decía: "La señora...". Y, en fin, no confesaba hacia algún tiempo, temiendo, no el deber de confesar todos los sentimientos violentos que se agitaban en su pecho, sino por no remover, confesándolos, todas sus iras, todos sus rencores.

El Párroco iba á comer en el castillo dos días por semana. Pero no lograba arrancar á la Baronesa de su atonía. Le recibía con la mayor indiferencia. Oía la conversación sin tomar ella parte, y no se animaba más que cuando el Cura, defiriendo á las instancias de la señorita de Croix-Mort, consentía en jugar á las cartas. Se jugaba entonces al *écarté*, y caro. El sacerdote decía á Edmea:

—Hija mía, Ud. me hace cometer grandes pecados. Me aficiono al juego, y codicio la ganancia.

—¡Bah! Todo es para los pobres, señor Cura... La intención es buena... No se preocupe usted...

Y cuando ella había reunido el dinero de todos, lo ponía en la mano del Cura, y le decía:

—Tome Ud., señor Cura, y mañana por la mañana haga Ud. penitencia por mí.

El anciano estrechaba la mano de la joven, la miraba con ojos de cariñosa admiración, y se preguntaba qué podía reprocharse á aquel angel extraviado sobre la tierra.

El día de Pascua, después de una comida excelente, el Párroco estaba instalado delante de la mesa de juego, y jugaba con la Baronesa. Detrás tenía la chimenea y enfrente una ventana que daba á la terraza. Edmea, sentada cerca de su madre, trabajaba en su labor, esperando el momento de remplazar á quien perdiera. Mientras la Baronesa barajaba, el Cura miraba maquinalmente á la ventana, cuyas cortinillas, por casualidad, estaban descubiertas.

De pronto palideció, sus manos temblaron de tal suerte, que chocaron los naipes en sus dedos, produciendo un ruido seco, y sus ojos quedaron fijos, inmóviles, como si tuviera gota serena. Apoyada contra el cristal, creyó haber visto, diabólica y amenazadora, la cabeza de Fernando. Habíanse cruzado su mirada y la de la aparición, y todo había desaparecido instantáneamente.

El Cura, trastornado, comenzó á jugar de un modo tan extraño, descartándose sin ton

ni son y haciendo tales torpezas, que Edmea le dijo:

—Hoy no está Ud. en el juego; se conoce que piensa Ud. en otra cosa, y valdrá más que lo dejemos para otro día.

El clérigo no contestó. Miraba á la ventana, procurando, en vano, descubrir sobre el fondo negro la terrible visión. Se preguntaba:—“¿Habrá vuelto? ¿Estará oculto en el parque?... ¿Qué proyectos puede traer?... ¿Cómo me aseguraré de que ha vuelto ó de que ha sido todo una ilusión?”

Pretextó estar muy cansado, y á las diez, bien envuelto en su manto, tomó el camino de la iglesia, guiado por el jardinero, que le acompañaba siempre hasta la plaza de la iglesia con una linterna. Hacía una hermosa luna, y había caído otra nevada. Se veía como de día. El clérigo, al llegar á la verja, dijo á su acompañante:

—He olvidado algo allá arriba, y vuelvo en un momento.

—Si el señor Cura quiere, yo iré.

—No, no; tú no lo encontrarías. Espérame aquí un minuto.

Se dirigió sólo hacia el castillo, andando con precipitación. Quería tener la prueba de que no había soñado al reconocer el rostro

del Barón detrás del cristal. Si había venido, sus pasos estarían señalados en la nieve de la terraza.

Latiéndole violentamente el corazón, lleno de ansiedad, el anciano avanzó con precaución para no ser visto, temiendo tener que dar explicaciones. Dió la vuelta al castillo, y con asombro descubrió sobre la blanca y helada alfombra de nieve la huella de un pie calzado. La huella venía desde la espesura del parque hasta la ventana, donde la nieve pisada denunciaba que el Barón se había detenido allí, y se perdía, en fin, en dirección del puente de la Divonnette.

El Cura quedó inmóvil, discurriendo qué haría. Su primer impulso fué entrar en el castillo y prevenir á Edmea. Pero todas las luces estaban ya apagadas en el piso bajo. Las señoras, que estarían ya en sus habitaciones de arriba, se alarmarían, le preguntarían, querrían saberlo todo, y todo habría que decirlo á la Baronesa al mismo tiempo que á Edmea. Esto era peor acaso que el peligro.

El Párroco se dirigió de nuevo á la verja lentamente, reflexionando, y resolvió volver antes del almuerzo el día siguiente, á decir á la joven que no debía salir de casa. Jamás Edmea salía por la mañana. Volvió á su iglesia muy

agitado, pasó una noche penosísima, se levantó la amanecer, dijo su misa, y al dar las nueve ya estaba en Croix-Mort.

Su acompañante de la víspera, el jardinero, fué quien le recibió. Dejó de barrer la nieve, que hacía resbaladizos los escalones de la entrada principal, y saludando al Cura, le dijo:

—Si busca Ud. á la señorita, señor Cura, hacia el parque va ahora mismo.

El clérigo palideció, zumbaron sus oídos, latieron sus sienes, y sintió el dolor de un fatal presentimiento. En el instante vió la siniestra cara del Barón pegada al cristal de la ventana, sus ojos rebosando pasión amenazadora, las huellas de los pies impresos en la nieve, y en aquel camino seguido por el malvado, la de los pasos ligeros de la hija de Dios.

Y preguntó:

—¿Hace mucho que ha salido?

—Ni siquiera cinco minutos; pero iba corriendo, porque llevaba mucha prisa.

—Pues ¿adónde va?

—Á la vera del soto, en casa de la Thibaude, que ha parido esta noche antes de tiempo, y dicen que está muy mala. Y tempranito vinieron á avisar á la señorita... Como es tan buena y tan caritativa...

El Cura no oyó más. Se remangó la sotana hasta la cintura, y, apretando el paso, corrió en seguimiento de la joven, deteniéndose algunas veces para gritar: "¡Edmea!", sin obtener respuesta. Había salido del parque, y seguía el camino del soto, sobre la nieve mezclada con lodo, en la que no reconocía ya la huella de la señorita de Croix-Mort. ¿Habría pasado por el camino derecho, ó habría tomado el atajo? El viejo miraba á todas partes, y en los senderos abiertos por los leñadores y los carboneros no descubría el más leve indicio que le pudiera guiar. Daba gritos. El silencio pesado de la extensión cubierta de nieve absorbía sus gritos, y nadie le contestaba.

Edmea, como le había dicho el jardinero, había salido muy apresurada. Iba á casa de una pobre mujer que servía algunas veces en el castillo, y cuyo marido era un trabajador que iba de pueblo en pueblo y trabajaba donde podía.

Llevando bajo el abrigo su botiquín, iba todo lo de prisa que podía. El parque se extendía todo blanco delante de ella. Pasó el río, que aún no estaba helado, y se internó en el bosque. Haría media hora que caminaba, cuando le pareció oír ruido entre la maleza. Detúvose un segundo, y exclamó:

—¿Eres tú, Billet?...

El ruido cesó, pero no apareció la figura tranquilizadora del guarda, como de costumbre: "Sin duda es algún cervatillo que muerde la corteza de los árboles," se dijo Edmea, y siguió andando de prisa para ganar el corto tiempo que había perdido.

Iba sobre la nieve espesa, silenciosamente, como sobre una alfombra, escuchando atenta y algo preocupada. Otra vez oyó ruido entre las ramas en la misma dirección. Edmea se detuvo por segunda vez, y gritó:

—¡Billet!

Su voz se perdió en la espesura del bosque mudo. Entonces sintió profundo terror. ¿Quién la seguía?... ¿Quién se ocultaba para seguirla?... Todos los trabajadores la conocían, y cuando ella pasaba, en vez de esconderse, salían á saludarla y á bendecirla. ¿Será algún merodeador, algún cazador furtivo?... No; tal era la vigilancia de Billet, que ninguno de ellos se atrevía á penetrar en sus dominios.

Aceleró el paso como si huyera. Todo estaba sombrío, triste y solitario, y á lo largo del camino seguía oyendo el ruido que hacían las ramas por entre las que pasaba el que silenciosamente la seguía. Subíasele la sangre á la cabeza, y apenas podía respirar. Tenía miedo. Pero, resuelta y vigorosa, miró en de-

redor para enterarse del sitio en que se hallaba.

Había entrado en el camino que conduce á la Vieuville. Á la izquierda se extendía la llanura, donde se encontraría en mejor situación y con más espacio... Un sendero había para bajar al llano. Entrose en el sendero, y se dispuso á correr. Había saltado una pequeña zanja del camino, cuando vió aparecer, saliendo de la espesura, una sombra negra delante de ella.

Los pies de la señorita de Croix-Mort parecían clavados en el suelo. Dió un grito, é hizo un gesto de horror. Acababa de reconocer á Fernando.

Diez pasos los separaban. Se miraron, ella temblando, aterrada delante de aquel espectro; él pálido, sombrío, como espantado de lo que hacía. Levantó las manos, suplicantes, é inclinandose, se dejó caer de rodillas sobre la nieve del sendero, murmurando con sollozos:

—¡Edmea! ¡Oh, Edmea!

La joven dió un grito de terror, y, volviéndose, se lanzó á la ventura, corriendo con todas sus fuerzas, sin gritar, conteniendo el aliento para apresurar la huída. Él la siguió, implorando siempre, murmurando palabras que ella no oía. Y excitado por la huída de Edmea, hacía esfuerzos para alcanzarla. Pero el miedo

daba alas á Edmea, y la distancia se ensanchaba entre ella y su temible perseguidor. Y oía al monstruo, que corría tras ella, repetir con voz ahogada y ronca:

—¡Edmea! ¡Por piedad!... ¡Edmea!

Su cerebro se abrasaba, su pecho parecía que iba á desgarrarse... Pero una fuerza sobrehumana la impulsaba. Todavía llevaba ganado bastante terreno, cuando, atravesando un arroyuelo, resbaló en el hielo y cayó... Se creyó perdida, y pensando en el único ser de quien en aquel trance podía esperar socorro, gritó con acento desesperado:

—¡Billet! ¡Billet!

Fernando contestó á este angustioso grito con una risa de loco, y franqueó el espacio que le separaba de su víctima.

No tuvo tiempo de llegar á Edmea. Saltando del bosque al camino, Billet acababa de aparecer. Puso una mano en el hombro de Fernando, y le hizo retroceder, y con la otra ayudó á Edmea á levantarse. Fernando, viéndose descubierto, perdió la cabeza. Su rostro se descompuso, sus dientes se apretaron con furor, y con una horrible imprecación, se abalanzó al guarda.

Billet sostuvo la acometida, y, arrojando la escopeta, que le impedía moverse, abrazó á su

adversario, sujetándole por la cintura, gritando:

—Señorita, no tenga Ud. miedo.... No se me escapa.... ¡Váyase Ud.!....

Pero Edmea, que no podía más, permaneció inmóvil, mirando con espanto á los dos hombres, que luchaban lanzando rugidos como dos fieras.

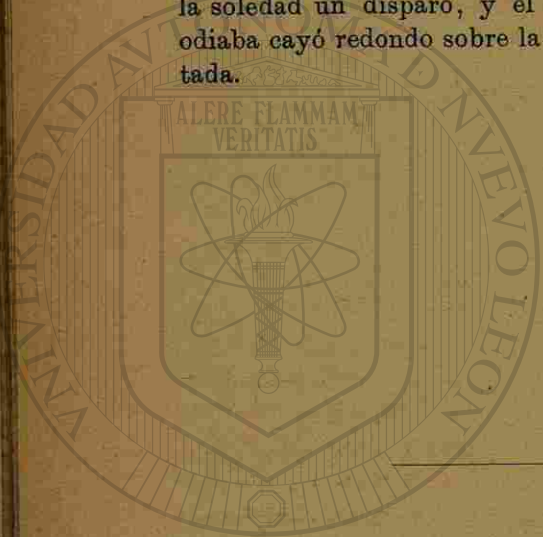
Billet tenía un vigor atlético; pero la rabia centuplicaba las fuerzas de Fernando. Consiguió hacer perder pie al guarda, le levantó, y agarrados rodaron los dos sobre la nieve.

La casualidad en la caída favoreció á Fernando; estaba encima de Billet, y, con una alegría feroz, sujetándole con ambas manos por el cuello, procuraba estrangularle. El guarda hizo un esfuerzo para levantarse con un violento y doloroso movimiento; pero no consiguió desasirse de las garras del Barón. Su garganta no pudo articular más que un sordo grito de agonía. Edmea, loca, desesperada, buscó un arma, una piedra, un palo.... Vió la escopeta caída cerca de la zanja, la cogió con un grito de triunfo, y apuntó á Fernando, exclamando:

—¡Infame, suéltale, ó te mato!

Fernando no respondió, y apretó las manos

que ahogaban al guarda. Una nube de humo pasó delante de los ojos de la joven, se oyó en la soledad un disparo, y el hombre á quien odiaba cayó redondo sobre la nieve ensangrentada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

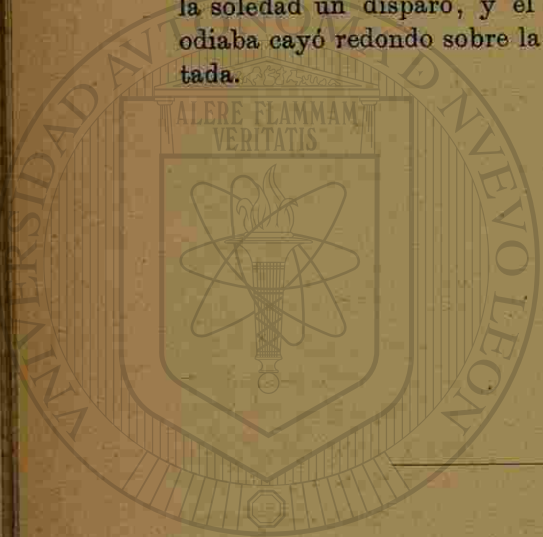
DIRECCIÓN GENERAL DE

XV

Cuando, después de seis semanas de enfermedad, la señorita de Croix-Mort recobró el conocimiento, vió cerca de su lecho á su madre de luto riguroso, y á su criada Rosalía también vestida de negro. Se la dijo había tenido una fiebre cerebral. Quiso preguntar, pero se le impuso silencio. Era preciso que descansara, que no pensase nada, que de nada se preocupase, si no quería recaer, con gran peligro de su vida.

Estuvo muchos días postrada en una especie de somnolencia, esforzándose por vencer la pesadez que la abrumaba, y no pudiendo conseguirlo, sin poder levantar sus brazos enflaquecidos, y queriendo, en vano, coordinar sus ideas en la cabeza, que le parecía vacía como el fondo de un pozo inmenso. Una preocupación constante la agitaba; saber donde estaba Billet; qué había sido de él.

que ahogaban al guarda. Una nube de humo pasó delante de los ojos de la joven, se oyó en la soledad un disparo, y el hombre á quien odiaba cayó redondo sobre la nieve ensangrentada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XV

Cuando, después de seis semanas de enfermedad, la señorita de Croix-Mort recobró el conocimiento, vió cerca de su lecho á su madre de luto riguroso, y á su criada Rosalía también vestida de negro. Se la dijo había tenido una fiebre cerebral. Quiso preguntar, pero se le impuso silencio. Era preciso que descansara, que no pensase nada, que de nada se preocupase, si no quería recaer, con gran peligro de su vida.

Estuvo muchos días postrada en una especie de somnolencia, esforzándose por vencer la pesadez que la abrumaba, y no pudiendo conseguirlo, sin poder levantar sus brazos enflaquecidos, y queriendo, en vano, coordinar sus ideas en la cabeza, que le parecía vacía como el fondo de un pozo inmenso. Una preocupación constante la agitaba; saber donde estaba Billet; qué había sido de él.

Cada vez que pronunciaba el nombre de Billet, su madre gemía y lloraba, y Rosalía, con severidad, la decía:

— Señorita, hace Ud. mucho daño á su pobre madre.

Entonces Edmea se callaba, pensando:— “¿Por qué no me quieren responder? ¿Qué me ocultan?”

Una escena recordaba únicamente: la de Billet luchando sobre la nieve con Fernando, y livido, morado, ahogado, cuando sonó la horrible detonación... Oía un disparo, veía el fogonazo, y nada más... Después quería recordar más... ¡Nada! Se agitaba en una obscuridad impenetrable... El mal hombre debía haber muerto, porque su madre y su criada estaban de luto... Pero ¿qué había sido de Billet?

A principios de Marzo reapareció el sol, la temperatura fué más suave, y el médico permitió que se levantase la enferma. Lleváronla delante de la ventana, y volvió á ver con alegría la terraza, el estanque, en el que nadaban los hermosos cisnes, y las masas sombrías de los árboles del parque. Su madre estaba sentada cerca de ella, y leía un periódico. De pronto dejó escapar un grito ahogado, palideció, y arrojando con horror el papel impreso, salió con el pañuelo delante de sus ojos.

Edmea, sorprendida, miró el periódico que estaba en el suelo. Sospechó que debía contener la clave del enigma que ansiaba descubrir. Se levantó con dificultad, dió algunos pasos, cogió el papel, volvió á su butaca, y empezó á leer.

De pronto atrajo toda su atención este nombre: “Billet”. Y al principio del artículo, que llevaba el epigrafe *Tribunales*, leyó las siguientes líneas:

“La semana próxima se verá la causa formada al guarda Juan Billet, acusado de haber asesinado á su amo el señor barón de Ayères.”

Edmea se puso en pie, con un grito que atrajo alarmadas á la Baronesa y á Rosalía. Y mirando á su madre profundamente, señalando al periódico, la dijo:

—¿Ha leído Ud. lo que anuncia ese periódico?

Y como la viuda retrocedía sollozando, continuó Edmea:

— Que vayan á buscar al Juez... No dejaré yo que se condene á un inocente...! No, no; no es Juan Billet el culpable de esa muerte... ¡Mirad, mirad la mano que le mató!...[®]

Y en actitud trágica, levantó la mano, y la sacudió, como si la viera, con horror, empapada en sangre.

La Baronesa lanzó un ¡ay! desgarrador, y salió como loca. Rosalía quiso calmar á su señorita; pero no pudo lograrlo. Si no se encontraba al Juez, Edmea quería que viniera su amigo el Párroco. Reclamaba su presencia con tanta firmeza, con tal violencia, que hubo que ceder y enviar á buscarle.

El anciano vino cerca de noche, y encontró á la joven en una horrible agitación. Tuvo que contarle todo lo que había pasado; que había encontrado á Billet, que la traía desmayada en sus brazos; que el guarda se había declarado espontáneamente autor del homicidio; que había sido preso, y que él mismo, durante la instrucción, había insistido en su primera declaración.

El hecho no había sido presenciado por testigos, pues el guarda no había dicho que allí estuviese la señorita de Croix-Mort. Unos leñadores declararon haber encontrado el cadáver del barón de Ayères, atravesando el camino de Clairefont, y cerca del muerto la escopeta de dos cañones de Billet, que aún tenía un tiro sin descargar.

El Párroco había imitado la discreción terrible del pretendido matador. Había comprendido que el fiel servidor, aun á costa de su vida, quería alejar de su ama toda sospecha

infamante. Y el buen Sacerdote, lleno de remordimientos, estuvo veinte veces á punto de decir la verdad, y sin embargo había guardado silencio.

Edmea oyó al Cura sin pronunciar una sola palabra. Cuando hubo terminado, movió la cabeza, y con lágrimas en sus ojos, dijo dolorosamente:

—¿Y Ud. ha permitido esta injusticia? ¿Ha creído Ud. que yo consentiría en semejante sacrificio?... ¡Pobre Billet! ¡Tan bueno, tan fiel!... Yo debo reparar el mal que él se hace voluntariamente. Llame Ud. á mi madre, y que me preparen coche: Ud. mismo me acompañará, mi querido amigo, á ver al Procurador general.

—Pero, hija mía, en el estado en que se halla Ud., es comprometer su salud y su vida.

—Billet ha comprometido su cabeza.

—No tiene Ud. fuerzas para hacer ese viaje ahora.

—Dios me las dará.

Y ante su madre, inmóvil y muda de horror, Edmea partió con el Cura.

La misma tarde, dictábase auto de libertad en favor de Billet.

El asunto, después de una discreta investigación, fué considerado como un suceso casual, según el dictamen del fiscal. En el mundo ju-

dicial conociéronse las circunstancias en que el barón de Ayères había sido muerto; pero la energía y la sinceridad que demostró la señorita de Croix-Mort, le conquistaron todas las simpatías.

La joven que tanto había padecido moral y físicamente, se restableció muy lentamente. Durante largo tiempo, lánguida y pálida, pareció que se habían agotado todas sus fuerzas.

Cuando se la volvió á ver en Croix-Mort, sus cabellos, negros antes, eran ya blancos. Entre ella y su madre, á primera vista, no había diferencia.

Las dos mujeres continuaron viviendo en Croix-Mort, y no salían nunca más que los domingos para ir á la iglesia, tristes, frías, silenciosas, y separadas siempre por la sombra ensangrentada del buen mozo de la barba de oro.

